

JUAN ILLINGWORTH

FICCIONES I REALIDADES

—Cuentos i artículos varios—



GUAYAQUIL

Imp. LA REFORMA Casa Editorial JOUVIN-35794

1923

EL DEDO MALO
○
LOS RIGORES DE LA SUERTE

EL DEDO MALO

0

LOS RIGORES DE LA SUERTE

RELACION NOVELESCA

I

Sí; el *dedo malo*, la *Cenicienta* de la casa. Cualquier estropicio que en ella acaeciera — ya se sabía — le era imputado, sin previa inquisición de la verdad. Contratiempos, retardos, desencantos i faltas mil, de esta o aquella especie, la tenían a élla como única autora, al decir de las personas con quienes vivía; contándose, entre las más pertinaces en asegurar semejante inverosimilitud, su mismo padre, si bien no lo fuera tanto como su madrastra i Luísa — la hija de aquélla.— Como éstas sí era imposible imaginarse a nadie, en el prurito insaciable de echar a mala parte cuanto decía i hacía la mísera Virginia. Si llegaba el 9 de Octubre i los trajes que se debían lucir en el gran baile del *Club de la Unión*, no se habían terminado por completo en la mañana del clásico día, culpa era de *esta despaciosa, de esta dormilona de Virginia*. Si la casa hacía tres días que no se barría, no era precisamente por-

que Margarita (la sirvienta) estuviera en cama con pulmonía, sino exclusivamente porque esta Virginia, con sus humos de gran señora, creía degradarse ante la sola idea de que sus manitas — *¡sus manitas de princesa!* — llegaran a empuñar la escoba o el plumero. Si a la hermosa Luísa se le antojaba — porque echara de ver que días seguidos paseó por la tarde, frente a sus balcones — que César Rodríguez (mancebito al uso i que al parecer gozaba de gran influencia entre las bellas) se había prendado de sus gracias, culpa del *estafermo de Virginia* había sido que no volviera a parecer por allí: ¿quién la metía a asomarse también al corredor? Claro: Rodríguez, por no ver su cara de pito, *fea hasta dar náuseas*, se había ido con la música a otra parte. ¿Que doña Conce — la madrastra — ha amanecido con el asma desencadenada? No hai que preguntar a quién se debe: Virginia, siempre Virginia: ¿pues no tuvo la infernal idea — *¡esta infame, este monstruo!* — de dejar las ventanas del dormitorio de la señora de par en par abiertas?

I a todo tenía la pobre muchacha que agachar la cabeza i decir amén: el menor conato de contradicción, los más leves preludios de incrédula sonrisa, el más tímido ahogado suspiro de cansancio o desesperación, hubieran desatado sobre su cabeza, a boca de costal, una tempestad de amenazas i denuestos, que había que dar gracias a Dios cuando no eran seguidos de otras cosas todavía peores; porque doña Conce, al to-

marse de la cólera, cegaba, i si decía de una hasta ciento como una fregatriz, como a tal también, se le ponían las crasas manos ágiles i fuertes, a las veces...

Las peloteras las principiaba doña Conce o Luísa; pero, fuera lo que fuera, podíase contar con que, a dos por tres, acudiría la ótra en su ayuda; poniendo así, entre las dos, con descompasadas voces i a roso i velloso, cual no digan dueñas, a la chica. I lo peor era que la desafortunada no tenía a quien recurrir. En aquella casa nadie tomó nunca su defensa ni otras miradas se le dirigieron que las que enciende el enfado o las que lanzan, de soslayo, el odio i el desprecio. Su padre ni a dos tirones osaría levantar el gallo delante de su segunda mujer, a quien — bueno es que se sepa — consagraba un amor de perro faldero: tan sumiso como fiel, tan profundo como miedoso. El, que con su tiranía i desenvuelto calaverear, fué la única, sino la principal causa de la temprana muerte de Angela Otero — su primera esposa i madre de Virginia — (mujer de alma mui bella, más delicada que una sensitiva i a quien jamás comprendió él) estaba ahora hecho un calzonazos, que mui bien pudiera dar en que entender al bobo de Coria, con toda su mentecatez, por obra i gracia — sin duda — de los formidables atractivos de doña Conce, que — haciéndole justicia — tenía buenas barbas. Lo cierto es que desde que de ella se enamoró como un tonto, enajenado por su desbordante e incitadora corpulencia, la pasión

no había dejado de estar en perenne combustión en su pecho de tísico. Sus amigos notarón el cambio reparabilísimo que en él se había operado, i hacían la observación, no descaminada, de que se había vuelto cándido, que siempre estaba en Babia, mirando las musarañas, silencioso i sonriente; que los ojillos pardos i rojizos le bailaban sin término, gozosa i picarescamente; i, en fin, que era ya lo que se llama un hombre... de buena pasta, por no decir otra cosa.

Aseveración esta que no tendría pero que ponersele, si no fuera del caso decirlo todo, sin ambages ni contemplaciones. D. Julián no sólo hacía la vista gorda a la enemiga que se mostraba a su hija, no tan sólo la miraba con indiferencia o tácita aprobación, sino que la apoyaba con vehemencia, con toda la vehemencia de que eran susceptibles su debilitado organismo i su apocado carácter. Clamara doña Conce contra su entenada, i viera esta, en el acto, aproximarse al suyo el rostro violáceo i demudado de su padre que, jadeante i casi asfixiado por la ira, descoso de improperarla a voz en cuello, sentíase poco menos que impotente para pronunciar los rudos vocablos, con que, a fuerza de ser groseros e innobles, se dijera que se atragantaba; logrando, sólo a pedazos, arrojarlos sobre su hija; a quien se dejaba al fin arrodillada en cruz, o después de haberla obligado a besar la mano de su propio verdugo... Esto cuando era pequeña: en la actualidad se habían suprimido

estos actos de humillación, i el padre se marchaba bufando, inmediatamente después del sermoneo.

En el cerebro desbarajustado de don Julián apenas si había ideas; i si sería aventurado decir que lo tenía vacío, no así el dar por seguro que lo tenía seco como una esponja... seca. Pensamientos no sabía tener, sino de amor a su esposa, de odio i destrucción para las personas que ella detestara o que la disgustaran, i de una gratitud sutil i arcana — de que él mismo no se daba precisa cuenta—hacia su predecesor, el primer marido de doña Conce, por haberse reducido a dejarle su lugar, a cederle una felicidad, a la que tal vez no concedió jamás la ilimitada valoración en que él la apreciaba. ¡I hai que creer que el tal difunto — ganadero de mala suerte i de escasísimo caudal — obró como mejor le estaba, al tomar soleta para el otro mundo, porque también doña Conce se lo agradecía. ¿I como nó si, al dejarla viuda, le proporcionó ocasión de aprehender en la red de sus buenas prendas a todo un Cirera, que era bastante rico, que había hecho esclavo de su voluntad, i con quien, colgada de su brazo, había sido llegar i besar su entrada en la llamada buena sociedad? Sí; doña Conce se lo agradecía de corazón; i el muerto, si apuramos la cosa, debía estar reconocido de este sentir de su viuda, puesto que mucha parte tenía en él la satisfacción de ver a su hija, la linda Luísa, figurando entre las parejas indispensables en todo sarao que, con viso

de notable, hubiera en Guayaquil; saraos en los que — por sabido, se calla — una corte de adoradores le arrastraba el ala; siendo para doña Conce causa de gozo íntimo el observar a su hija traída i llevada en palmas por todo el mundo, en tanto que Virginia pasaba la noche entera notada apenas, en el rincón más obscuro de los salones.

¡La pobre Virginia!... Si no hubiera sido por el primo Fernando, la triste no pudiera soportar muchos años la vida que llevaba, desde las segundas nupcias de su padre. Seis años tenía ella cuando estas se efectuaron, i no olvidó en su vida el día aquél, de lo mucho que en él lloró, i de la sensación de medrosa repugnancia que despertó en ella doña Conce; cosas todas que se grabaron indeleblemente en su infantil memoria, más que por nada, por haber coincidido con la primera reprensión brutal de que la hizo objeto su padre; acardenalándole un bracito con un rabioso pellizco, al tiempo de intimarle su deseo de que cesase de llorar, *¡chiquilla más bestia!*

Nunca pudo hacer buenas migas con Luísa, ni aun en los primeros tiempos — cuando de pronto se hallaron reunidas, bajo el mismo techo, por el casamiento de sus padres, i cuando ambas eran simples rapazas que no alzaban mucho del suelo; pues la hija de doña Conce sólo era un año mayor que Virginia. Jamás frizaron: Luísa era mui vanidosilla, mui paparrabias, i echó con el tiempo un genio de todos los diablos, por lo dominante, orgulloso e intransigente; mientras que la hija de Cirera era el reverso de la

medalla: la mansedumbre, la tristeza i la timidez mezcladas i personificadas. Mimada aquélla por su madre hasta lo inconcebible, i aun por su padrastro — que lo hacía por complacer a ésta — cada día fueron haciéndose más francas i distintas sus aborrecibles cualidades, casi intolerables para Virginia, que llegó a verse, en ocasiones, tratada por ella poco menos que como doméstica.

¡Oh! Si no fuera por el primo Fernando...! El primo Fernando era hijo de un hermano de doña Angela Otero: de don José María. Era un verdadero buen muchacho. Le llevaba cuatro años a Virginia, i por ella había sentido siempre fraternal inalterable cariño, como criado — puede decirse — con ella i en la misma casa; gracias a lo mucho que se quisieron don José María i doña Angela, i a lo unidos i conformes que anduvieron siempre, no pasando día sin que el uno fuera a casa de la otra, o viceversa. Desde que don Julián llevó a cabo su segundo enlace, era Fernando el único Otero que ponía los pies en casa del nuevo matrimonio; porque los parientes todos de doña Angela habían mirado de mal ojo, i con profunda indignación, ese casorio, que, a voz en grito, calificaban de insania i torpeza; osando algunos hasta afirmar que don Julián fue criminalmente embriagado la noche de la boda por doña Conce, para prevenir que a última hora, el desdichado cayera en cuenta de la necesidad que iba a cometer. Ni pintado querían ver, pues, a Cirera; i si, en la calle, por este portal

le divisaban venir, por el ótro echaban más que de prisa. Pero don José María, por un sentimiento de afectuosa lástima hacia Virginia — que consideraba caída en una olla de grillos — no sólo no impidió, sino que excitó a su hijo a visitar a su prima lo más frecuentemente posible; reflexionando que la chica era una cosa i don Julián otra, que aquélla era hija de su inolvidable hermana, i en fin, que Fernando era un niño sin responsabilidad alguna, al cual no debía de hacerse partícipe de enemistades ni resentimientos.

Pocos eran; pues, los días en que Fernando dejaba de ir a ver a su prima. Juntos pasaban muchas horas, que, mientras fueron pequeños, empleaban en toda suerte de juegos, i, más tarde, en más serias diversiones. A los unos i a las otras con verdadero afán se unía Luísa, amansada, en momentos tales, como por milagro; milagro de mansedumbre general en la casa, por lo visto; porque mientras Fernando estaba presente, desde doña Conce hasta una colérica lora, que ésta tenía, todo el mundo parecía más bueno que el pan i más suave que un guante.

Razón tenía, pues, Virginia en querer a su primo i anhelar por tenerlo a su lado cuanto tiempo podía: a su presencia se desarrugaban entrecejos que estaba acostumbrada a ver fruncidos i amenazadores, i dejaban de sonar en sus oídos palabrotas más ofensivas i afrentosas que el látigo: ella sólo vivía verdadera vida durante las visitas de Fernando. ¡Oh! Si no fuera por el primo!...

II

Pero el primo Fernando, a medida que más hombre iba haciéndose, más escatimaba sus visitas a la casa de don Julián; i, por ende, más raras vinieron a ser las horas de paz con que podía contar la hijastra de doña Conce. Esto sucedió cuando Fernando, jovencillo ya de diez i nueve o veinte años i estudiante de tercero de jurisprudencia, empezó a ser concurrente asiduo de la *Peluquería de Guillamet*, a andar derretido por cuantas chicas de buen palmito veía, i a no pensar en otra cosa que en festines i visitas; por manera que su nombre se imprimió, más de una vez, en letras doradas, como miembro del *Comité*, en las tarjetas de invitación a bailes dados en los salones del *Club de la Unión*. Se comprende, pues, que maldito el tiempo que le sobraria para dedicarlo a Virginia: con ir allá de higos a brevas, daba por cumplido su deber de primo cariñoso, que procede consiguiente.

Entre tanto, Virginia estaba semanas i aun me-

ses enteros entregada, inerme i desfalleciente, al odioso maltrato de las personas en cuya compañía un destino cruel la obligaba a vivir. Cuasi mujer ya, habíase desarrollado trabajosamente; i parecía endeble i enfermiza a quienquiera que en ella fijara la atención. Era bastante espigadita. Tenía dos cosas admirables: el pelo i las manos; el primero, abundante i naturalmente rizo, de un color castaño puro i uniforme, le llegaba hasta poco más abajo del talle; las segundas, pequeñas, pero no excesivamente, eran larguitas, de forma intachable, con dedos dignos de ser engastados en oro i pedrerías. Pero era fea: una cara de pito, como decía Luísa, con la circunstancia de que había momentos — cuando el miedo o el espanto la dominaban, por ejemplo — en que podría tomársela por bizca. Hai que reconocer, sin embargo, que se vestía i componía con mucho gusto, como que era mui hábil en modas, costuras i bordados. Cualquier florecilla que se prendiera en el traje o en la cabeza, cualquier cintajo que se pusiera al cuello, por el mero hecho de haberlos tocado su mano, adquirían, al parecer, cualidades que antes no tuvieron o recobraban la primacía i el mérito perdidos: novedad, gracia, belleza, perfume... Lo que más hacía subir de punto su fealdad era un cicatriz ligera — no llamativa, pero si un poco chocante — que tenía en el labio superior. ¡Si se fuera a contar la historia de esta cicatriz...! Ya se habrá adivinado: brutalidades de doña Conce.

¡Episodio digno de la belicosa Musa de Ho-

mero! ¡Cuánto más famoso fueras, oh Vate, si, en vez de cólera del hijo de Peleo cantaras la que, en ocasión tan solemne, rugió en el pecho de mi señora doña Conce, de imperecedera memoria! ¡Lástima grande — de que no se consolarán los venideros siglos — que tragedia tan sublime haya de ser narrada por la inexperta i tímida pluma mía... Haría poco más de un año que la mencionada dama había casado con don Julián, cuando esto sucedió; i Virginia, naturalmente, no era más que una chiquilla... Pues has de saber, lector benigno, que esta chiquilla se había aficionado grandemente de ... — no lo adivinarás — de cierto pollo, pollo de verdad, *giro-negro* por más señas, que en la casa había. Era el tal un pollastro precioso, al decir de su enamorada: ¡qué cresta la suya! Era una rosa color de escarlata; pero ¡qué rosita i qué color! Cosas de verse parece que eran su plumaje gualdo, negro i blanquizco, sus patas amarillas i sus famosas guías. ¡Oh! si Virginia hubiera podido dar oídos a la persuasiva i tentadora invitación, que tenazmente le hacía su deseo, las horas muertas se pasara prodigándole los más tiernos cuidados, al par que los diminutivos más dulces i expresivos, con inflexión de voz suavísima i, por la fruición, baja i trémula! Que no se desvivía por un ingrato, probábalo la constancia del pollo de seguirla por toda la casa, i la obediencia con que acogía sus menores mandatos.

—Gallito lindo de mi corazón, canta — solía decirle.

I el *gallito lindo*, que a aprender comenzaba a jugar la voz, mirábala atento, parpadeaba, se ponía serio, estiraba el encarnado pescuezo, i.... allá va eso: ¡cocoró-cóoo....!

Pues cádate que a la tragamallas de doña Conce se le antojó que mejor estaría el animalito en una olla, que libre i feliz en el solar; i, sin más pensarlo i allí mismo, decretó su degüello. Decir cómo se le encogió el corazoncito a Virginia, no es para contado: baste con que diga que la pobre no fué poderosa a contener las lágrimas, de que tuvo llenos los ojos todo aquel día, i que su profunda pena fué pregonada por tan lastimosos ayes i sollozos, que parecían no tener fin.

En esto, exaltósele la bilis a la señora i echó a Virginia una fuerte reprimenda, que se aparejaba a terminar con buen golpe de sopapos. La niña, comprendiendo sus intenciones, quiso ponerse en cobro, huyendo por el corredor que daba al patio. Sin dejar de soltar sapos i culebras por la boca, la temedera madrastra la siguió; desalándose; hasta que el acaso se puso de su parte, haciendo que la huidiza cayera de hocicos, al tropezar en las desigualdades de una tabla, quizás más roída por la polilla que las otras del piso. Más tardó la mísera en dar en tierra, llorando que se las pelaba, que la fiera mujer en tirarse sobre ella i principiar a quitarle los mocos, a tontas i a locas, con saña extraordina-

ria. Una vez sacia, quiso abandonar su presa, cuando súbitamente, una nube sanguinolenta pasó veloz ante sus ojos: se puso como ciega i deseó tener fuerza i valor suficientes para estrellar a la muchacha contra el suelo... El caso fué que la cabeza de Virginia chocó en las tablas; i que, al punto, el rostro se le manchó de sangre: parece que un clavo saliente — que la polilla, poco a poco, iba poniendo en libertad — le había roto feamente el labio...

¡Pobre Virginia! Todos los días podían escucharse en casa de don Julián Cirera diálogos borrascosísimos, cuyos ecos hacían crugir el maderamen de las habitaciones. A mi me consta que, cierta mañana, la ex-viuda del ganadero sostuvo con su entenada el diálogo que en seguida copio, ganoso de que se conozca uno de los más originales:

—¡Virginia!... ¡Virginia!... ¿Dónde se habrá metido esta maldita muchacha?

La llamada no tardó un minuto en presentarse, jadeante, i enjugándose las manos en la falda del traje.

—¿Qué estabas haciendo, ah? ¿No oías que hace una hora que me desgañito llamándote? ¿Te hacías la sorda, eh? ¡Que reviente!, te estarías diciendo.

—Pero si...

—¡Silencio, o te doi un tapaboca!... Si te conozco, si te conozco, hipócrita... Anda, insolente, atrevida... Tu padre tiene la culpa de que seas tan mañosa.

—Pero si yo...

—Te he dicho que te calles, ¿entiendes? No me calientes la sangre: hum... ¡, vamos a ver: ¿qué estabas haciendo?

—Como Ud. me...

—Si vas a echar alguna mentira, prepárate.

—Como Ud. me mandó que pusiera agua en los lavadores...

—¡Mientes! yo no te he dicho que hagas eso a esta hora: bien que lo sabes. Lo que hai es que tu padre hace la vista gorda a tus maldades; lo que hai es que no te gusta hacer nada; lo que hai es que eres una atrevida, una insolente, ¡ una perezosa... perezosa...

Doña Conce acompañó estos dos últimos vocablos de tremendos pellizcos, tales que por poco atenacea el brazo derecho de su hijastra.

—Pero si yo... pero si Ud...

¡ La desgraciada joven pugnaba, aunque sin éxito, por contener el raudal de lágrimas que le arrasaba los ojos.

—¡Hum! Empezó el llanto. Mira: como me vengas con esa música, verás dónde vas a dar. ¡Hum!... No me busques, no más te digo. A ver: ¿qué gesto es ese? ¿Quiéres burlarte de lo que te estoy diciendo, eh?

—Yo no he hecho gestos, ni me estoy burlando — replicó la hija de don Julián, exasperada ya por la incalificable injusticia de que era objeto—. Ud. se incomoda sin motivo: yo no he estado haciendo sino lo que Ud. misma me

mandó; pero a Ud. todo lo que yo hago le parece malo.

Mui raras veces contestaba a su madrastra de esta suerte. Por lo común, la escuchaba, dándose un punto en la boca, llorando silenciosamente; o, tranquila, con aspecto resignado, pero un tanto cuanto fosco. Al oirla, pues, doña Conce abrió desmesuradamente los ojos, como escandalizada; luego, se le arrebató la sangre, i con una voz que parecía que trituraban los dientes, antes de dejarla escapar, exclamó:

—¿Conque te pones brava, eh? Ahora vas a ver; ¡Julián!... ¡Julián!...

—¡No lo llame, por Dios, madrina! ¡No lo llame, por Dios! Yo haré lo que usted quiera pero no lo llame, no lo llame — suplicó, loca de terror i desesperación, Virginia, la repentina indignación que mostrara ida del todo de su pecho, de su rostro i de su acento, i anonadada enteramente por la tristísima pena que le causaba el furor con que su padre solía reprenderla.

—¡Julián!... ¡Julián!...

Virginia no tuvo tiempo de reiterar sus de-sóidas súplicas: allí, en el umbral de la puerta, estaba su padre. Allí estaba don Julián, aviejado sobre manera durante los últimos años, con su magro i exiguo cuerpo, enclenque traza i espantadiza catadura. Mientras doblaba *La Nación*, en que había estado leyendo; miraba inquieta i airadamente delante de sí, por encima de los espeuelos caedizos, que montados traía — no mui garbosamente por cierto — sobre la nariz agui-

leña i sonrosada. Antes de que pudiera abrir la boca, su mujer se abalanzó a él i tomando trágicas actitudes, con desentonos por los que no hubiera trocado los suyos la *guaricha* más fogueada, díjole, más con las manos que con la lengua:

—No puedo, no puedo ya aguantar las insolencias de tu hija. Esto va a acabar conmigo; porque estos disgustos me matan. I tu tienes la culpa, tú, tú; porque ni te haces respetar, ni haces que me respete esta mocosa estúpida, lisa. . . .

—Cálmate, tranquilízate, hijita — baló el gurrumino.

Luego al punto, la transformación notada en él en casos semejantes, se presentó. El cascaciuelas es ya un energúmeno, que pone miedo: lucha con la rabia que silba en su pecho, como el muchacho que, con todo género de esfuerzos, quiere echarse a cuestras un fardo tan pesado que apenas consigue moverlo del suelo. . . . Se encarró con su hija; separó con violencia las manos que ésta se había llevado al rostro, i haciendo presa de sus débiles muñecas, las retorció nerviosamente, al mismo tiempo que comenzaba a recriminarla cruelmente, con tartamudeo desahisado i fatigoso. La calificó de ingrata i de atrevida; la llamó tonta i deslenguada; impúsole con inhumana machaquería, que debía servir de rodillas a su madrina, i que no tenía que chistar para nada i por nada. . . . Virginia había cerrado los ojos; i en su semblante, junto con una palidez subida, se advertía una inmovilidad de

muerte: el espanto, a menudo, cuando es intensísimo, se asemeja al sosiego. ¡Bendito terror que, con zumbido de vértigo, entorpecía totalmente los oídos de la desvalida niña, no permitiéndoles casi enterarse de las maléficas frases de don Julián! — ¡Cómo se reprochaba la infortunada, con callado indescriptible despecho — no tan grande, empero, como su melancólica desolación — el haber quebrantado su propósito de ser humilde i muda, para no provocar los desafueros de su padre, que a ella tanto le dolían i tanto la avergonzaban!

Pero la cosa no quedó ahí: faltaba que Luísa metiera su cuchara. Era imposible; i no hubo que aguardar mucho. Hace al caso que se sepa que la bella i fantasiosa entenada de don Julián había dado margen a la escena que se acaba de relatar, llamando la atención de su madre hacia unos camisones, cuya costura estaba encomendada a Virginia, i que, a su entender, ya debían estar concluídos. Presenció, con orgullosa indiferencia, la marimorena; i escuchó, como quien oye llover, el implacable baldonar, primero, de doña Conce i después, del marido de ésta; pero, así que este último se marchó, i Virginia principió a llorar con roncós e indómitos sollozos, puso gesto melindrando, i prorrumpiendo en estas palabras, dichas así con imperio como con acritud:

—Mamá, manda afuera a ésa: fastidia bárbaramente con su pucheros i berridos.

I Virginia Cirera oía la áspera voz de su madrestra que — *pro tribunali* — le ordenaba lar-

garse con la música a otra parte; orden que, maquinalmente, se apresuraba a cumplir.... I entonces, en medio del caos de ideas que reinaba en su mente, surgía como única estrella de un cielo entenebrecido, la imagen del primo Fernando. ¡Ah! ¡Si el primo Fernando supiera....!

III

¡Vida más insoportable la que llevaba la malaventurada Virginia!... ¡Ah! si ella no había nacido para santa, digo que santos no ha habido ni habrá en el mundo!....

Era ya una jovencueta de quince abriles; i su existencia corría siempre igual, sin que la desesperante monotonía que la rodeaba se hubiera alterado nunca. Seguía siendo ferozmente maltratada, siempre relegada al último puesto: era el *dedo malo*, en fin, ahora como antes!...

Cierta vez a doña Conce le dió un ataque de asma de los buenos. De enfermero hacía naturalmente, don Julián; i del lado de ella no se apartaba un momento. El le hacía aire con un abanico chinesco, i le propinaba los calmantes que son de rúbrica; pero el ataque no cedía ni un ápice, i, a ojos vistas, la asfixia era por momentos más i más inminente. Don Julián comenzó a perder el tino i a entrar en ciudado: acabando por tomar el sombrero i declarar a su mu-

jer que iba a traer al doctor. Dejó la enferma al cuidado de Virginia, que allí había estado ayudándolo. En la caripareja de Luísa no había que pensar; porque su inutilidad era bien conocida, tanto como lo mucho que le repugnaba ocuparse en lo que no era de su particular agrado: mientras esto sucedía, en el corredor de la calle podía encontrarsele, ajena a lo que en el interior de la casa acontecía; viendo pasar con erradizos i adormilados ojos el tranvía, o atalayando el paseo de algún pisaverde que se pavoneaba en el portal de enfrente.

A poco de la partida de su marido, recordó doña Conce que no había tomado una medicina de las muchas que, para su dolencia, le habían prescrito, en distintas ocasiones, diversos facultativos. Con una seguridad caprichosa de niño mimado, autojadizo i quejoso, afirmó que si le dieran a beber esa poción, obra de escasos minutos sería el ponerse buena del todo. Dijo que la querían matar; i manifestó que tenía urgencia de que aquella bebida le fuese administrada, porque si no — estaba cierta, mui cierta — se moriría. En el cajón tál de la cómoda cuál debía hallarse la milagrosa receta, encima de todo i entre unos pañuelos de seda: era un papel azul. Díose Virginia prisa en buscarlo i, una vez habido, en ponerlo en manos de su madrina. Tornóselo ésta refunfuñando:

—¿Qué haga yo con esto?... La bebida, la bebida es la que quiero.

—Voi a ver si Margarita ha regresado de la

iglesia, para que vaya a la botica; si no, le daré a Fidel...

Este Fidel era el criado.

—Nó, nó, nó; ese Fidel es un bruto, quién sabe que disparate va a cometer: tú me quieres matar.

—Talvez Margarita ya...

—¡Qué Margarita!.... Ni habrá vuelto todavía. I, mientras tanto, el tiempo se pasa i yo me muero.... I tú me matas, tú, por ese orgullo, por esa presunción. ¿No tienes piés? ¿No puedes coger una manta i llegarte a la botica, que está aquí no más?... Pero, ¡cuándo! La presunción antes que todo. ¿Cómo te ibas a privar del gustazo de verme tiesa entre cuatro cirios, eh?

—Nó, nó, madrina; no se incomode: puede hacerle mal. Iré, si usted quiere... Sólo que como todavía está lloviendo i papá se llevó el paraguas...

—Pues yo no oigo llover.

—Nó: lo que es llover mucho, nó llueve: garrúa sí.

—Bueno. ¿Es decir que no quieres ir, eh?... Pues haz lo que te dé la gana; pero da gracias a que estoi como estoi, que si nó, a patadas te haría ir. Yo no puedo ver a la gente caprichuda i soberbia... Anda, no más te digo, nada...

El rifirrafe parecía a dos dedos de llegar a encrespada tremolina; porque la de Cirera estaba de mui mala data i principiaba a encorajarse. Pero la abnegación de la niña cortó en agraz la

reyerta; reprimiendo su legítima indignación, sus temores i escrúpulos; con la celeridad posible, arrebuñándose en el primer mantón con que toparon sus manos; i echando por la escalera, con taconeo apresurado i trémulo, sin reparar siquiera en que la falda de su vestido estaba a las once... ¡I todo no era más que un capricho de doña Conce; porque la verdad era que desde que su marido se fué la mejoría del ahogúo había comenzado a ser visible...!

Acababan de sonar las ocho en el reloj de la Catedral. Tenía, por eso, Virginia que la involuntaria caminata fuera enteramente inútil; pues como día domingo que era, quizás las boticas estarían ya cerradas: tendría entonces que caminar no pocas cuadras para dar con la *de turno*, que, según recordaba haberlo leído en *La Nación*, era una de las farmacias de la calle del Malecón. Dios querría que llegase a tiempo: felizmente la *plaza de Bolívar*, donde estaba la droguería más cercana, no distaba mucho.

La lluvia había sido incesante desde el amanecer, como si las nubes quisieran en unas cuantas horas verter sobre la tierra toda el agua con que, a cortas dosis, debían mojarla durante cuatro o cinco meses. Guayaquil era, pues una Venecia; pero una Venecia empantanada. La calle aquella *del Chimborazo* ponía pavor: era un lodazal espeluznante, bajo el que desaparecía lo mismo el angosto i desnivelado empedrado central, que las losas de las bocacalles. De trecho en trecho, veíanse diminutos i cenagosos lagos,

en cuya superficie apenas se reflejaban, mortecinas, las luces de las casas i algunas del alumbrado público; i corrían abriéndose en todas direcciones, arroyos innumerables con humos de riachuelos, que unían estos i aquellos charcos... Por los portales, tenebrosos, a causa de estar inservibles varios faroles del gas municipal, transitaba poquísima gente, toda del pueblo, excepción hecha de algún mozalbete, — probablemente de aquellos que, al cerrar la noche, gustan de andar a la briba — i de una tal o cual beata, que se marchaba cautelosa, tomando la vuelta de su casa, acaso desde el templo donde a la sazón se estaba haciendo la novena del Corazón de Jesús “para obtener de él que el cóleramorbo no invadiera la República”... Perros feísimos, flacuchos i silenciosos se encontraban a cada paso, ya zancajeando uno tras otro, de aquí para allá, ya hartándose i atragantándose con los desperdicios de comida, que, entre inmundicias i brozas — procedentes de las tiendas i casas — formaban peregrinos montículos, con que se había como festoneado las aceras, i que — ínterin pasara por allí un desvencijado carretón del *Aseo de Calles* que cargase con ellos — estaban intoxicando, con emanaciones fétidas i pestilentes, la brisa húmeda i desagradable que bajaba del Santa Ana.....— La lluvia continuaba; pero era un cernido palpable i visible apenas.

Cuando Virginia pisó el portal de la calle, sintió que hasta el corazón le penetraba un frío mui intenso: hallarse, por primera vez, de noche,

sola i entregada a si misma, en medio de la calle, la puso triste i la hizo estremecerse de miedo. Envuelta desde la cabeza hasta la mitad de la falda en la *manta* negra, dejando únicamente fuera de sus pliegues los ojos i la nariz, avanzó con presteza, ganosa de verse, acto seguido, en la *plaza Bolívar*. Bien pronto, su corazón, con grato i repentino sosiego, latió gozoso; allí en la vía pública, no la maltrataría nadie; allí no tenía madrastra que la injuriase i que motejara cuanto hacía; allí si, como se le antojase, podía reir i podía llorar; allí era libre, allí podía ser buena a sus anchas, tan buena como había ambicionado siempre serlo... Pero la sonrisa que había entreabierto sus labios no duró mucho tiempo: la soledad i el desamparo en que se hallaba le inspiraron congojosa melancolía: pensó en su destino i casi lloró. Los errabundos i hambreados canes que pasaban a su lado, haciendo sonar las uñas en el entablado de los portales, le infundían envidia; e igual sentimiento despertaron en su alma las sucias fruterías serranas, metidas en sus tenduchas, como el cerdo en su pocilga. Pero, más que los perros i las serranas, le pareció digna de sus inocentes aspiraciones la vida — que se figuró descansada i pacífica — de una especie de *odalisca*, morena i joven, que se mecía indolente en una hamaca, colgada de través en un cuartito mui limpio i empapelado de blanco, tras del cual se entreveía otra piccita más pequeña, ocupada de todo en todo, o poco menos, por un lecho matrimonial...: segura-

mente era un niño de misteriosa felicidad; con sus cortinas blancas y transparentes en la puerta que daba a la calle... Al ir Virginia a atravesar ésta, para seguir el portal de la plaza, tuvo que detenerse i aguardar que pasara el tranvía, que se avanzaba a toda corneta: allí iba la *conductor*, con su vestimenta semi-claustral, recibiendo impertérrita lluvia i viento. A ésta juzgó merecedora de ser envidiada muchísimo más que los perros, las fruteras i la mujer de la hamaca. Debía ser buena cosa aquel trabajo honrado i, hasta cierto límite, independiente. ¡Oh! Si ella se atreviera; si la dejaran!... Sonó a este tiempo, la fusta del auriga, respondiendo a su excitante chasquido el chapotear de las anhelosas mulas en el agua i en el lodo, i... el carrito se fué de vista: sólo la luz roja de su linterna se dividió a lo lejos, en la obscura extremidad de la vía.

La plaza estaba sola: las macilentas luces de su alumbrado parecían pasmadas de friolenta humedad; i el silencio que en ella imperaba era tan sólo interrumpido por el monótono i plañidero ayea de las ranas, que, en los lagunajos i en el cieno que medio cubrían las invernales hierbas, se zambullían.

Virginia llegó a la botica, sin tropiezo: estaba abierta todavía. Presentó con mano trémula la receta. El mancebo se puso a reconocer frascos aquí i allá; tomando de éste sólo unas gotas, de aquél varios granos, hasta que la mixtura estuvo completa i a punto. Cogió la hijastra de doña

Conce la limeta que la contenía, pagó lo que el farmacéutico le dijo que debía, i se dió prisa a regresar a su casa.

Por el camino, los mismos pensamientos que le asaltaron a la ida, le inquietaron la imaginación. Conforme se iba avvicinando el término de su extraña e involuntaria excursión sus piés se movían más lentamente: se dijera que deseaba gozar, con calma, de cuanto la calle ofrecía a su atención. Pero la vía pública no correspondió a sus ansias: los perros se hacían unos a otros crudísima guerra, entre mordiscos, ladra i amenazantes gruñidos; disputando por la posesión, talvez, de unas pútridas tripas de ave, acaso de unas agayas de róbalo: en la única frutería que se hallaba aun abierta, una mujer, verosíblemente una madre — desgredada, pringosa i mal cubierta por sus harapos de balletón — pegaba furiosamente a un muchachuelo, que chillaba, poseído de tremendo berrenchín; mientras un hombre, quizás el marido i el padre, dormía tendido a la larga en la acera: la *odalisca* había cerrado su puerta; pero, tras ella sonaban voces varoniles, groseras risas, i alguna palabrada burda y soez: la tal puerta, como si fueran piedras i no vocablos lo que contra ella chocaba, parecía próxima a saltar, hecha astillas...

Con los piececitos empapados de agua, i penetrada toda de malsana humedad, llegó Virginia Cirera, triste i cabizbaja, al zaguán de la casa de su padre. Parada en el umbral, suspiró profundamente i, sin saber cómo ni por qué, se le

vino a la cabeza el nombre de Francisca Ramírez, a quien conoció en el *Colegio de los Sagrados Corazones*, i de quien, en meses pasados, oyó decir que se había huído de su casa con Carlos Morales, su antiguo galán... También sin saber cómo ni por qué, pensó entonces en su primo Fernando; i acto continuo, como si realmente lo buscara, con angustioso afán dirigió la vista a uno i otro lado de la calle...

IV

Como acaese casi siempre en asuntos de la laya, el modo de ser íntimo de la familia de D. Julián era desconocido totalmente de amigos i enemigos; pues si corría de boca en boca tal o cual regocijada anécdota, tocante a la omnipotente tiranía que sobre el bragazas de su marido ejercía doña Conce, las más de las veces pecaba por *inexacta i trabucada*. I no hubiera sido justo pedir a nadie precisos i minuciosos conocimientos de la verdad; porque ante el mundo todo, la señora de Cirera era mui otra de la que el piadoso lector ha visto i oído en domésticas interioridades. La aversión, el rencor vitando que tenía a la hija de su consorte estaban circunscritos al trato puramente familiar i sin testigos extraños, sin que por esto dejaran de manifestarse en cualquiera parte i ocasión, si se creía contar con el secreto i la impunidad. Dentro de la casa, no se le daba un ardite de que Virginia anduviera miserablemente vestida i calzada; pero, en

pública plaza, tenía particular cuidado de que se presentara como le correspondía, casi al igual de Luisita. I hasta se irritaba, no poco, cuando Virginia se resistía a concurrir a algún sarao o a alguna función de teatro; lo cual sucedía con bastante frecuencia, porque la tal no tenía, en verdad, mucha inclinación que digamos a la coreografía i al visiteo.

A los bailes iba siempre temblando i con las manos frías. I, justipreciando exagerativamente su falta de habilidad i de atractivos físicos, acrecía de valor para, con la indiferencia de la impaciencia, verse puesta en ridículo, si — como era probable — comía pavo la mayor parte de la noche; siendo blanco de miradas i sujeto de cuchicheos. Pero, lo que ella decía: “¿a qué mozo se podía exigir, en extricta justicia, que fuera tan compasivo, tan abnegado, tan de mal gusto, que por sacarla de penas, se sacrificara valsando con ella?”...

Cuando conseguía quedarse en casa, hurtando el cuerpo a algún *thé dansant*, se sentía dichosa; i lo primero que hacía era respirar con desahogo libérrimo. Aguijoneábanla deseos de saltar i correr, ni más ni menos que una chiquilla; i de buena gana se hubiera tirado al suelo, cuan larga era, para rodar sobre él, como impelido leño, por toda la casa. Pero luego, esta desatinada alegría cedía su puesto a ideas tranquilas i serias: quería aprovechar, concienzudamente, esos momentos de inestimable libertad, dando rienda suelta a sus más caras aficiones; i ya era la marca de un

pañuelo — que se proponía regalar a su primo — lo que la tenía ocupada hasta la una o dos de la noche; ya la lectura de un libro — *El Mártir del Gólgota*, verbigracia — lo que, hora i horas, la tenía clavada en la silla, delante de una mesa, en que libro i codos descansaban. Mas, en esos instantes, no eran siempre pensamientos jubilosos o sosegados los que se le ocurrían: a menudo, sus preciosas manitas se quedaban inmóviles sobre el pañuelo; frecuentemente, la mirada de sus luminosos ojuelos se desviaba de las páginas del libro, i su carita pálida i levemente morena, asombrada por el profuso *fleco* que le ocultaba la frente, tomaba un aire melancólico i pensativo: era que imaginaba a Fernando, sonriente de dicha, llevando entre sus brazos, al compás de interminable vals, a Pepita Sánchez, a María Mirces, o a Luísa...

Mas, he aquí que, en breve, comenzó para la hija de don Julián la época más feliz de su vida. Fernando principió a presentarse en casa del señor Cirera, con notable menudeo. Por aquel entonecs, era ya lo que se llama un mozo de chapa, bienpareciente, doctor *in utroque*, i con barro a mano; siendo, en consecuencia, imán de las miradas de más de tres damiselas de lo mejorcito de Guayaquil; pero él, dándola ya de hombre formal i de mundo, se hacía de pencas, i... se dejaba querer.

Los domingos por la tarde i dos o tres veces por la noche en la semana, era cuando el joven por regla general — acudía a casa de su prima.

Tenía un carácter jovial, i fama — no desmentida — de franco i dicaz, como grande amigo de guasas i bromitas picarescas que era. A Virginia le hacía mucho títere: oíale hablar con gran copia de retozos de risa, la cual parecía buscar salida por todos los poros de su cuerpo: cada una de las palabras por él dichas se le antojaba un chiste delicioso, o una sentencia tan aguda como sensata digna de remembranza eterna; pues abrigaba la certeza de que sólo él podía tener ocurrencias tan preciosas. Prodigábale, en cuanto era posible, atenciones i cuidados de indulgente madraza, más que de juguetera hermanilla; i no fué una vez Fernando a casa de su tío sin que ella advirtiera que el *chaquet* estaba pidiendo a gritos el cepillo, o que el lazo de la corbata había que rehacerlo, o que era menester asegurar algún botón del chaleco. I como cuando era chica, succdía que Virginia, mientras su primo estaba allí, dejaba de ser la cuasi sirvienta — a quien se aguanta a más no poder — para ser lo que debía: la hija del dueño de la casa...

Ya se ha dicho que Fernando — que no tenía pelos en el corazón — correspondió siempre, con ingenuidad intachable, el cariño de su primita; i tanto más era así cuanto que sentía por ella algo semejante a la más tierna compasión; porque, en todo tiempo, sospechas i vistumbres tuvo, mui vagas por desgracia, de las desventuras de Virginia; desventuras estas que el mancebo deploraba; pero que, por lo demás, miraba como naturales e inevitables, dado el lugar que la niña

ocupaba en el hogar de su padre, i dadas las genialidades — que él juzgaba sólo un tanto molestas — de doña Conce. Que Virginia jamás le fió el pecho a este respecto, parece innecesario consignarlo.

Luisa, su madre i, por un igual, D. Julián, era evidente que, a pendón herido, le bailaban el agua delante al primo: no desechando ripio para demostrarle el alto aprecio que de él hacían. Virginia creyó acertar, pensando que tanto untarle el casco al novel abogado provenía de que las brillantes cualidades de éste se habían conquistado a todos en la casa i se sintió orgullosa, como si de algo propio se tratara...

Repito que fué la época más dichosa para la entenada de doña Conce! La felicidad se echaba de ver en ella de mera ojeada, como que su delgado, pero airoso cuerpo, se encargaba de pregonarla, ostentando redondeces antes apenas señaladas en él; como que su simpático rostro decía sanidad i frescura, i como que arreboles suavemente sanguíneos — afluyendo a sus aterciopeladas mejillas — eran toques de relativo vigor, en medio de su palidez peculiar e intachable.

I la cosa no era para menos; porque hubo un mes — largo de talle — en que la niña fué mirada por su madrastra con otros ojos, i en que esta señora se mostró desacostumbradamente... bondadosa. Trayéndole la mano por el cerro, i con una dulzura de voz de que Virginia la creyó incapaz de usar para con ella, doña Conce em-

tear i manoteo a manta, de mil i una interesantes trivialidades i naderías. Las niñas se pasaban de listas i, como eran tijeras de las buenas, le cortaban un sayo, en un Jesús, a todo bicho viviente. De pronto, algo se dijeron al oído Matilde i Amalia... el caso es que se dieron del ojo socarronamente, i volviendo la última la cara hacia Virginia, le dijo, casi echando el cuerpo sobre ella:

—Oye tú; i a todo esto, ¿cómo es que te tienes tan callada la novedad que hai en tu casa?

—¿Novedad?... ¿Qué novedad?

—¡Vaya! ¿Te quieres hacer la sueca? — preguntó Matilde.

—Te aseguro..... No sé a qué te refieres.

—Pero, hija, ¡que con unas amigas como nosotras guardes tanta reserva!

—Te lo aseguro, María: yo no sé qué quieren ustedes decir.

—¡Para el que te crea! Te figuras que somos cándidas, i que no vivimos en el mundo? Pero, hija, si no hai cosa más pública!

—Díganme qué es, pues; porque no lo sé — afirmó Virginia.

—¿Qué no lo sabes? ¡Caramba!....

—¡Como si se tratara de una gran cosa...!

—insinuó, con cierto desdén, Amalia — Creo que no tendría nada de particular que nos dijeras que Luísa está para casarse con Fernando Otero.

Jamás pudo recordar la hija de D. Julián lo que contestó a Amalia Ulloa. Al escuchar las desenfadadas palabras de ésta, quedó como sorda;

como deslumbrada i abatida por un torrente de luz, que cayera de lo alto sobre su cabeza, difundiendo eléctricas claridades en torno; a favor de las cuales sus pasmados ojos veían nuevos i no sospechados horizontes, i muchedumbre de hechos — inexplicables hasta entonces i ya olvidados — claros i distintos en sus pormenores más sutiles: ¡la mina había volado! Ella sólo se acuerda de haberse despedido con tres luego, pretextando no sabe qué; de haber andado por los portales casi a tonta-paredés; de haber estado en inminente riesgo de tropezar con los rieles de los tranvías de la calle del *Teatro*; i de haber llegado a su casa más fatigada que si hubiera caminado cinco veces la distancia realmente recorrida. No podía pensar, no podía darse cuenta de qué le pasaba: en su cerebro las ideas habían desaparecido; i en él únicamente un recuerdo surgía de cuando en cuando, siempre igual, siempre insistente: hacía memoria de que, no muchos meses antes, hojeando con su primo un álbum, exclamó éste, con la mirada fija en el retrato de la hijastra de don Julián: *¡Qué bonita es Luisa!* I que ella le arrebató el álbum, i que sintió un malestar mui grande; malestar que se repetía más vivo, más insufrible cada vez que la exclamación aquella resonaba en el fondo de su alma.

Al pisar el rellano superior de la escalera de su casa, dirigió ansiosamente la mirada a la sala. ¿Por qué temblaría todo su cuerpo, como si de improviso se ateriese?... Allí estaba

Fernando; i allí, junto a él, estaba también la bella, la atraidorada Luisa. A Virginia le pareció que aquel tenía entre las suyas una mano de esta... Lo cierto es que tan embebidós estaban en su coloquio, que ni subir la sintieron.... Agarrada ella a la baranda, que defendía por tres lados el hueco de la escalera, se desojaba, mirándolos sin pestañear ni cansarse, mientras se lo permitió el llanto que, apenas anunciado por el picor de los lagrimales, surcó en resbaladizas gotas sus mejillas enrojecidas... Mas, ¿a qué ese lloro? Si el primo Fernando se casaba con Luisa, bien hecho estaría. No, que no: Fernando sabía lo que hacía; i era bueno, buenó, bueno.....

V

Al día siguiente, amaneció Virginia con una fiebrequita. ¡Qué ardentía! ¡Qué dolor de cabeza! ¡Qué boca tan seca! — Que quieras que nó, tuvo que guardar cama; pero, vamos, la cosa no sería grave; pues así el médico lo había pronosticado...

¡Los días que pasó la hija de D. Julián!... Al principio, lloró mucho, cuidando — eso sí — de que nadie se enterara; pero su espíritu se fué serenando poco a poco. No se percataba de sus sentimientos; i si, por acaso, se interrogó sobre sus lágrimas i su tristeza, no se atormentó un punto por responderse. Invadida estaba por una melancolía, análoga a la nostálgica, que la convidaba a la inercia i al no ser. Sentía anhelosa necesidad de lanzarse en el vacío i de entrégarse, adormilada, a las perezosas nubes, que le ofrecían cómodo, sublime lecho; o bien dejarse arrebatar por el soporoso oleaje de un océano sin riberas ni remansos..... Pero ya que el alcance

de lo uno i de lo otro estaban fuera de lo posible, hubiera deseado permanecer toda su vida en su angosto cuarto, rodeada como estaba por dulce i apacible semi-oscuridad, acurrucada, en su camita tibia i blanda. Los ratos que no lloraba i estaba sola (que eran casi tódo el día) derramaba el pensamiento distraídamente. Ocupábase en contar los rayos de sol que se colaban adentro; en contemplar un instante, a través de ellos, a una araña que, con ayuda de sus zancas, hacía difícilísimos alardes de su habilidad como consumada gimnasta, columpiándose sobre invisibles hilos que parecía haber tendido desde un cuadro de N. S. de las Mercedes hasta los cordeles de la hamaca; en ver las escaramuzas i alegres carreras de dos ratoncillos, que se asomaban a tiempos por los intersticios que entre sí dejaban los baúles; en prestar atención al ir i venir de los carros urbanos, procurando regularizar su pasaje, por el sonar de la campana del reloj de la Catedral...

Dos días hacía ya que estaba enferma. La triste, aplicando el oído a cuantos ruidos llegaban a su cuarto, percibió el que la familia hacía — terminado el almuerzo — entrando en el dormitorio principal, contiguo a la pieza que ella ocupaba; i oyó que doña Conce, al sentarse en la gran hamaca que allí había, exclamó, con voz crespá, como continuando una conversación:

— ¡Qué te crees! ¿Acaso mi hija no es digna, i mui digna de Fernando?....

Virginia no pudo contenerse: quiso escuchar;

escuchar pronto: ¿qué decían de su primo? Se incorporó en el lecho; i se arrodilló en el colchón hacia los piés. Cogiéndose de los hierros del catre, sigilosamente levantó por ese lado el *toldo*, que a éste cubría: allí se encontraba, cerrada, la mampara que ponía en comunicación su aposento con el de la mujer de su padre. Trémula de emoción, a la par que de debilidad, la joven alzó apenas, cautelosamente uno de los visillos...: en la misma enorme hamaca, en que se había arrellanado su madrastra, se había recostado su buen padre... Luísa mecíase, perezosamente, en una hamaquita, que se colgaba en el marco de la puerta opuesta a la mampara del cuarto de Virginia. Doña Conce estaba mui agitada: sus saltones ojos relampagueaban i su cara estaba purpúrea, aquella cara redonda, que lo parecía más por el peinado, prolijamente alisado, que la buena señora usaba: sus carnosos labios se movían con rapidez i temblorosamente, ora para hablar a chorretadas, ora para dar largos chupetones al cigarro, *Daule* legítimo, que estaba fumando. El descote de su vestido, mal cubierto por un pañuelo de seda, permitía testimoniar el intranquilo anhelo de su exuberante seno... Decididamente, la esposa de Cirera no podía con su genio: por un quitame allá esas pajas i a todo ruedo, ya se le tenía sulfurada i diciendo, a presentes i ausentes, el nombre de las pascuas.

—Pero Concita, no te enojés: si no hai motivo — apuntó D. Julián, a quien no llegaba la

la camisa al cuerpo, i que, por esconder su miedo, no hacía más que mirarse atentamente las uñas, o contraerse a limpiar, con pretencioso cuidado i repetidamente, los lentes, que se ponía i quitaba, a cada rato.

—¿Que no hai motivo? Eso te parece a tí; pero, ¿podrás negar que, mui claro, me diste a entender que Luisita recibía un gran favor, al casarse con tu sobrino? ¿Lo negarás, vamos a ver?

—Hija, no te acalores. Aunque yo he estado mui lejos de decir eso, no quiero contradecirte; pero...

—Sí lo dijiste, hombre, sí lo dijiste. Ten siquiera valor para sostener tus palabras. Aprende de mí, que en lo que una vez digo, firme, firme i firme.

—Pero si es una candidez — saltó aquí Luísa, fijando, por un momento, en los interlocutores sus ojos azules, i levantando su linda cabeza de cabellos rubios i ensortijados, demasiado ensortijados, acaso—. Una candidez disputar por una tontera como ésta. El se casa conmigo porque le da la gana, i yo con él por la misma razón; pero, ¡vaya! yo no he ido a rogarle que me de su mano, ni...

—¡Bueno hubiera sido! ¿Tú rogarle a él? Bien que te suplicó, bien que te lloró que correspondieses a su cariño. Pero, ¡caramba! si lo que a mí me pudre es que éste (dando un manotón a su cónyuge) tenga la pepita de sacar a relucir noblezas i majaderías. ¡Nobleza! Serán tú i la

familia Otero todo lo nobles que ustedes quieran; pero, vamos, ni yo ni mi hija somos cualquier cosa, i te desafío a tí i al más pintado a sacarme trapitos que avergüencen. Sábetete que mi padre i el de Luísa fueron mui honrados, mui honrados i mui trabajadores, ¿entiendes? I si nó lo crees, anda i pregúntaselo a todo Vines i a todo Baba.

—No haga Ud. caso, mamá; deje no más.

—Pero, hija de mi alma, si yo no disputo — afirmó, afanosamente, D. Julián, todo compungido i palideciendo, más i más, a cada palabra de su mujer.—Tienes razón en cuanto dices: cálmate, i acábese todo.

—¡Quererme humillar así! — prosiguió doña Conce, sin avenirse a oír, siquiera, a su marido—. ¡Nobleza! ¿I quién es don José María Otero? ¿Quién es?... ¿Porque tiene plata, será que es noble? I, antes de que sirviera a Veintemilla, ¿quién era? Un pobrete, un limpio...

—Concita, eres injusta, dispensa que te lo diga. José María siempre tuvo algo, como toda la familia; i en cuanto a nobleza...

—Cállate mejor, hombre, cállate. ¡Si todo es pura charla! ¡Nobles! ¡Bonitos nobles los que tenemos en Guayaquil! Mira: yo sé la vida i milagros de mucha gente, que anda por ahí, tirando prosa i dándola de mui decente, cuando, ¡caramba!, por nada del mundo me dejaría yo ni limpiar los zapatos por ella. ¡D. José María Otero! Sí, mui caballero, ¿i las cochinas que cometió cuando estuvo de Gobernador en.....? ¡Jesús! cállate mejor, lengua, cállate: al fin i al cabo,

va a ser suegro de ésta, i más vale no hablar... Dame fósforos.

Encendió el cigarro; aleó unos minutos, i, al parecer, ya más calmada, funó en silencio un rato, como dando tiempo a que la cólera se le asentase. Al fin, interrogó a su marido, en esta forma:

—I, en resumidas cuentas, ¿qué te dijo, pues, Fernando sobre el casamiento? Porque lo que a mí me habló anoche fué tan poco, con frases tan entrecortadas, que... Yo hubiera querido más expansión, más franqueza de su parte.

—Como té referí, esta mañana nos encontramos en la calle; i, sin andarse por las ramas, me comunicó sus proyectos. Nada: que había decidido casarse con Luísa, que...

—¿I no te dijo qué cara había puesto su padre al darle la noticia?

—Pues... nó.

—Pues, sí. Apuesto a que algo te contó, referente a lo furioso que diz que se ha puesto el viejo Otero, al enterarse de lo que su hijo se proponía hacer: segurísima estoi.

—Te afirmo que si algo de eso me ha contado Fernando... no lo recuerdo — respondió D. Julián, mintiendo con tan poquísimo aplomo, que aun otro, menos sabido que doña Conce, le hubiera conocido el juego.

—Te repito que sí. Todo se sabe. Ve: a ésta (designando a su hija) le relataron de pé a pá, en casa de Rosita González, toda la historia del enojo de don José María. ¿No es cierto, Luísa?

—Ya lo creo — respondió esta, interrumpiendo la operación de sonarse las narices, en que estaba ocupada.— ¡Maldito catarro!

—Esta noche, al acostarte, has de tomar una buena tisana — aconsejó doña Conce; i rápidamente su portentosa locuacidad volvió a acometer al esposo: — Ya ves, pues, que lo del disgusto es ciertísimo; i en cuanto a que Fernando te haya hablado de su padre, tampoco me cabe la menor duda: cuando a mi se me pone una cosa, no hai más.

—Pero si yo no niego que Fernando me haya hablado de él!

—¡Hombre! ¿Querrás decirme que no aseguraste?...

—Aseguré, únicamente, que no me dijo palabra del disgusto que mencionas... i así fué la verdad. Pero tocante a hablarme de su padre, me habló: ¡ya lo creo!

—No te entiendo. Vaya, que eres majadero: ¿qué significa...?

—Tu misma me quitaste la palabra de la boca, en el momento en que te iba a dar cuenta de todo eso.

—En fin, bendito de Dios, explícate, termina pronto, i déjate de pamplinas.

—En dos palabras está dicho: me comunicó que el domingo vendría nuestro don José María, en persona, a pedirte la mano de tu hija.

—Pero, Julián, por Dios, ¡que tan callada te hayas tenido la noticia!

Luísa había abierto los oídos, i sus ojos ful-

guraban muy vivamente; pero no dijo esta boca es mía.

—¿He tenido acaso tiempo de decírtela? — arguyó el mandilón de D. Julián—. Esta mañana fué que hablé con Fernando; vino aquí a las diez i media; inmediatamente, el almuerzo; i aquello no era cosa, me parece, de hacértela saber allí delante de los criados. Empecé a contarte; i tú...

—¿Conque Otero se ha amansado? — dijo doña Conce, con acento que acusaba profunda sincerísima complacencia, eludiendo contestar a su esposo, i arrojando en la escupidera el cigarro, convertido ya en pestífera colilla.— Era indudable que, queriendo tanto a su hijo, no resistiría mucho las zalamerías de éste. ¡Ah! ¡Bien lo había yo previsto!

—Sí; así ha sido; pero debes convencerte: José María es un hombre inmejorable, excelente. Yo no puedo menos de reconocerlo; i eso que conmigo no se portó muy bien, cuando mi segundo matrimonio....

—Vaya, hija — i doña Conce se inclinó sobre su marido para que Luísa se enterase mejor de sus palabras—. Vaya, hija, esto es hecho: te me casas.

Era de ver el rostro de la respetable dama, al expresarse de tal manera: advertíase en él una mezcla extraña de la emoción maternal, gozosa i melancólica a un mismo tiempo, propia del caso, en lucha con el júbilo incommensurable, que le producía el triunfo de sus viejos planes, estu-

diados i acariciados día i noche, i puestos en práctica astutamente, con recelos i precauciones sin cuento. Hasta pálidas se le pusieron las gordinflonas i amoratadas mejillas.

—¡Bah! ya lo sabía — se contentó con responder Luisita.

—Sí: yo también lo sabía — masculló, doña Conce, como contestando a ideas, que allá en la mente le rebullirían.

—Lo cierto es que este Fernandito es un magnífico muchacho — asentó Cirera, desmerezándose i como quien insinúa una cuestión, que se propusiera resolver en seguida—. De todo se acuerda, en todo piensa; pensando siempre lo mejor, lo más adecuado, lo más...

Doña Conce había clavado sus vivaces pupilas, con mirada escrutadora, en D. Julián, cual si quisiera adivinar adónde iría a parar éste, con semejante preámbulo. Luisa también por su parte, fijó sus ojos en su padrastro, i abrió las ventanas de la nariz, como husmeando algo... D. Julián, que siempre que su mujer o su entenada lo miraban de modo tan inquisitorial, se ponía nervioso e inquieto, como si le hubieran caído pulgas, se levantó de la hamaca, a la vez que seguía diciendo:

—Tiene un corazón... generoso, un corazón... de oro — I mientras palabritas mansas, uno diciendo i otro pensando, soltaba estos conceptos, paseábase, con visible inquietud, por la habitación; deteniéndose cerca de esta cómoda o de aquella mesa, dijérase que arreglando o exa-

minando los argamandijos que sobre esos muebles había, en unión de dos esculturas religiosas, a las que sendas cubiertas de vidrio defendían contra las injurias del tiempo i de las moscas.

—¡De veras, que tu modo de hablar es original! — exclamó doña Conce, impaciente—. ¿A qué viene todo eso? Si tienes que decir alguna cosa, échala a volar; pero, no vengas con tanta candidcz i tanto titubeo.

Don Julián pensó que, ciertamente, era mucha la cobardía suya; pues, en substancia: ¿de qué se trataba? De nada que pudiera, si bien se veía, atraerle las iras de su mujer i de su hijastra. ¿Iras? Hombre, bueno fuera: ¿qué había de causar ira o enojo cosa tan simple!— I se dejó caer:

—¡Este Fernando! ¿Crearás, hija, que me ha anunciado que, en cuanto se case, tiene intenciones de ir, con su mujercita, a dar una vuelta por Lima, i que desea que... que Virginia, precisamente, vaya con ellos?

¡Pobre don Julián Cirera! ¡El trabajo que le costó decirlo! Bien presumía el para-poco la polvareda que se iba a levantar; pero, quiso engañarse: ¿no había de mostrarse hombre, alguna vez?

—¿Que Virginia vaya con ellos? — repitió doña Conce, en són de pregunta, levantándose—. Yo quisiera saber para qué...

Soltó la taravilla. Mejor se estaba una sola, que mal acompañada. ¡Virginia! ¿I para qué serviría Virginia, durante el viaje?... Mal-

sinó de ella con abundante palabrería; poniéndola de morlaca i de marrullera, que no había por donde cogerla. La mala voluntad i el odio, que siempre tuvo a su hijastra, se mostraron entonces en sentencias amargas i sarcásticas, ultrajantes i burlonas. . . . Estaba visto que Luísa no se podía ver libre de semejante enredadora, necia i malcriada, que no sabía sino hacerle tiro a la pobrecita. ¡Qué! ¿Se pretendía fuesen la maza i la mona? Pues nó, nó en sus días. ¡Ir al Perú con la niña zangolotina prendida de la cintura! Eso — ¿no lo veía don Julián? ¿no lo veía Fernando? — era ni más ni menos que ponerse en ridículo i aguar, voluntariamente, i sin qué ni para qué, un goce, una diversión. Nó, nó i nó! Virginia no iría; ella, doña Conce, se resignaba a seguirla aguantando, conforme lo había hecho en tantos años; aun cuando ella tenía bien sabido que esa muchacha toda su vida sería raiz de muchos i tremendos males. Pero su hijita, su Luísa, no tenía por qué sacrificar, tan injusta i bobamente, su libertad, sus gustos, su. . . . su. . . .

La truculenta señora se sofocaba, ante lo que ella ya creía su sobrestante desgracia, i las hinchadas venas de su cortísimo cuello, parecían próximas a estallar. . . Luísa hacía con un mondadientes, la policía de su dentadura; mirando al cielo raso, con aire de exagerada indiferencia, aunque con el entrecejo bastante fruncido. . . D. Julián, de pié delante de una có-

moda, hojeaba sobre ella, con mano insegura; un *Almanaque de Bristol*...

—Ve: te juro por lo más sagrado, que nada, nada deseo tanto como que tu bendita hija se case algún día, cuanto antes, i se largue — voceó doña Conce, hecha un basilisco—. Diera algo, porque pronto, mañana, hoi mismo encontrara un tipo, que la quisiera i se la llevase. ¡Con cuánto placer respiraría entonces!

—¿Casarse ella? Já, já, já, já... — I la hermanastra de Virginia se cayó de risa, con tan grande estrépito que parecía que le hacían cosquillas.

Cirera se puso intensamente amarillo i el cuerpo le comenzó a temblar terriblemente: ¿de miedo? de indignación?...

—Naturalmente Concita — balbuceó — lo que tú quieras... lo que tú quieras... ¡Si sabes que se hará tu voluntad!...

Doña Conce i su hija, hai que reconocerlo, habían dado en caperuza a D. Julián.

Los dimes i diretes, de seguro, se hubieran prolongado más todavía; llegando, quizá, tan apreciables personas a envedijarse; mas, por dicha, en ese momento se oyeron pasos, sin duda de alguien que se aproximaba; i doña Conce divisó, a Fernando Otero, que venía por el corredor del patio. Todos se serenaron, repentinamente, al oír a la de la Cirera, que decía:

—Adelante Fernandito, adelante.

I el joven Otero se presentó en la puerta del dormitorio. Al dejar el sombrero sobre una silla,

se llevó la diestra al cabello i se lo atusó, como al descuido i con naturalidad irreprochable. Sonreía dichoso, cuando fué de una parte a otra, saludando a doña Conce i a don Julián; i su sonrisa tomó expresión abiertamente cariñosa cuando se acercó a Luísa, i cuando le preguntó, bromeando, al extenderle la mano:

—I la esposa mía... ¿cómo está?...

Entretanto, Virginia escuchaba ansiosamente, del otro lado de la mampara aquella, inmóvil, en la misma postura, en que se colocó al principio, en atisbo... De cuando en cuando, una especie de escalofrío le estremecía el cuerpo medio desnudo, i entonces el catre crujía. Fué quedándose como embebecida i su mirar volvióse incierto: a veces, fijo i luciente, a veces, errante i apagado. La fiebre de que ya había amanecido exenta ese día, le había acometido de nuevo i golpeaba, activamente, en las arterias quemantes... La infeliz quería continuar prestando atención a lo que se conversaba en la pieza vecina; pero no pudo: ¿sería que Fernando i Luísa (a quienes habían ido dejando solos los viejos) hablaban demasiado cautamente, o sería que a ella la calentura le estaría turbando los oídos?... Tenía el cuerpo adolorido; i sintió inaplazable necesidad de acostarse, dejando la posición incómoda en que tanto tiempo había estado. Hízolo así, i se quedó quieta, carleando penosamente i sin reparar en que las sábanas, escurridas hacia los piés, dejaban descubiertos sus miembros calorosos... Se sentía sin fuerzas i puede afirmarse

que la recrudescencia febril amotinaba ligeramente sus sentidos... La pobre, así suspirosa, permaneció largos momentos, enteramente absorta en ver surgir de los rincones más oscuros del aposento unas como vagas brillantes lucecitas. ¿Qué serían?... Primero eran poco numerosas i semejaban errabundas luciérnagas; mas, después i poco a poco, se multiplicaron asombrosamente, i Virginia creyó verlas unirse de súbito, aquí i allá, con veloz movimiento, formando letras; letras que inmediatamente, se ponían en fila, componiendo, radiosas, el nombre de Fernando. Luego, estos caracteres se reprodujeron fantásticamente; i Virginia, arrobada, vió, en breve, llenarse el cuarto de aquellos deslumbradores nombres, que tan presto aparecían fulgentes, como se extinguían rápidos: *Fernando, Fernando, Fernando...*

VI

Si: la enfermedad de Virginia Cirera debió ser dolencia de poca entidad; puesto que, tres días después, ya se encontraba libre de ella, de todo en todo.

Cuando se levantó de la cama, convaleciente, se echó de ver el bajón que había dado; todas las bellezas i excelencias que su cuerpecito había venido ostentando, desde algunos meses atrás, se habían ido, acaso para no tornar. Maganta, trasojada i palideciente, era ya otra vez la muchachilla fea de otros tiempos; pero, con el rostro marcado de una tristeza que, de cierto, era más honda e invencible que nunca... i, en verdad, eso era lo único que, por entonces sentía... Lo único; pues ni siquiera pensó en mirar a su alrededor, para darse exacta cuenta de su situación, o para saber a quien odiar; i en su corazoncito, repleto de una pena cuyo origen no podría precisar, se creyera que ya no cabían emociones ni afectos... Sin embargo, es de advertir

que mui luego, este estado de su ánimo se agravó, desde el punto en que de los propios labios de Fernando oyera la nueva de su enlace con Luísa. El primo se la dijo de modo exabrupto, bien que entre festivas chanzonetas i entre expresiones de vivo cariño hacia ella. ¡Ah! ¿con que Virginia había querido que le regalaran el oído, con la noticia? El lo habría comprendido; i por lo mismo, había estado callando; pero plenamente seguro de que la mui pícara sabía todo el asunto, de la cruz a la fecha. Virginia le respondía: *Sí, sí; — Haces bien; — Deja, no más; — Bueno, bueno...* I le era imposible a la desvalida hija de D. Julián contestar más elocuentemente; i le era imposible, porque toda su atención la tenía concentrada en ahogar en su interior el inmenso deseo que de llorar sentía...

I transcurrieron unas semanas...

Jamás Virginia había tenido inclinación, ni chica ni grande, a las cosas de iglesia; no por sistemática repugnancia, pero, meramente, por haber sido criada en medio de una completa indiferencia religiosa. Mas, por esa época, el afán que tenía de soledad i olvido, insensiblemente la fué aficionando al silencio i misteriosa sombra de los templos; haciendo de ella, en mui pocos meses, una devota entusiasta, misera infatigable, que no dejaba pasar día, sin ir a *San Francisco* o a *San José*.

Metida en estos troles, hacía lo posible por consagrar la mayor parte del día, con inusitado fervor a todo género de prácticas religiosas; a

andar novenas, como a enfrascarse en la lectura del *Año Cristiano*, i así de varios otros libros de mística... Su brillante imaginación dada, desde la infancia, a vivir más de lo ideal que de las especulaciones positivas, se enardecía, soñadora, con los edificantes episodios, de índole extraordinaria, de que llenas están las vidas de los Santos. I el hermitaño venerable alimentado, en la soledad de ignorada espesura, por milagrosa disposición del Cielo; i el garzón bizarro, que avallora su corazón i abandona sus padres, al sentirse llamado por Dios al seno de la santa vida monástica; i el anciano, extenuado por la aspereza de largos años de ruda penitencia, que agoniza, sin prorrumpir en ayes ni quejas, entre torturas inenarrables; i la tierna virgen que, antes que renunciar a la fé de Cristo i que ceder a los brutales deseos de su verdugos, marcha al suplicio, sonriente i con la límpida mirada perdida en la profundidad de lo alto, haciendo de la palma del martirio heróico símbolo, al propio tiempo, de su pureza i de su triunfo; i todos aquellos lances, en fin, en que lo patético, en juuta con lo sobrenatural, aparece como el elemento más importante de la narración, despertaban en su alma sensibilísima una emulación rara, una fe sin restricciones i un fogoso amor divino...

Del modo referido, daba, pues, pasto a su espíritu, i procuraba aquietarlo, i procuraba acallar las incesantes voces de su llagado corazón, donde parecía que no querían extinguirse los ecos de las ágrias i rencorosas palabras, que oye-

ra, cuando estuvo últimamente enferma, a doña Conce... Lcía ya, de claro en claro, el reproche, la aversión en los ojos de todos; i viéndose, materialmente, expulsada del hogar paterno, pretendía sofocar, con prodigioso esfuerzo, la protesta de su amor propio resentido i sus bonísimos sentimientos vejados o desconocidos... Cual náufrago que, agonizante, busca, desesperado, un algo, cualquier cosa, de que asirse, ella, a su vez, clavaba anhelosa, la vista en su padre; mas, ¡ay!, si en él encontró, tal vez, una mirada que, en ella se fijaba i que cariñosamente angustiada, la escuchaba, tenía, allí mismo, que observar la infeliz, con dolor agudo, que esa mirada, al notarse buscada por la suya, desviábase a prisa, cobarde i temerosa...

Con el corazón cubierto, se halló presa de un cansancio, que tanto era moral como físico, i en el que no dejaba de haber algo semejante al despecho; pero de un despecho que, francamente, se reconocía a sí mismo inerte e impotente, en absoluto. I fué de manera que ya miró más que con indiferencia, más que con deprecio, las trivialidades de la vida diaria, los refinamientos del *confort* moderno, i hasta aquellas prolijidades, que a las personas de cierta educación, se imponen como leyes de decencia, de pulcritud, de buen tono... I sucedió que, si antes a menudo i a su pesar, anduvo desastradamente vestida i calzada, dentro de casa, ya, en adelante, no sólo no lo llevó a mal, sino que dió en salir a la calle, sin haberse, previamente ataviado, con aquel exquisito gusto, que

tan peculiar le había sido siempre...

Algún tiempo transcurrió de esta suerte; i su corazón, en el que comenzaba a penetrar esa placidez, esa paz — de vez en cuando egoistas — propias del misticismo, cuando se enseñorea de una alma femcnil i sensitiva, por ventura hallábase mui próximo a la tranquilidad perfecta, absoluta... Pero, quizás estaba de Dios que no alcanzase aquella deseada meta; la melancolía, apoderada para siempre de todo su ser, había momentos en que se convertía en raptos de desesperación casi delirante. Poníase, durante ellos, la desgraciada, como fuera de sí, i entonces sus labios no acertaban a pronunciar otra cosa que el nombre de Fernando... Este, si se ha de decir la verdad, veía con pena que se traslucía hasta en sus característicos chistes i vayas, la transformación que gradualmente, había venido sufriendo Virginia; inquietándose, mui mucho al ver que ésta se hacía la sorda a todos sus advertimientos i a cada una de sus pullas. Aconteció un día que, al venir ella de la iglesia, él, que quizás, había estado esperándola, se deslizó tras ella sin que lo notara, i la cogió a lo improviso por los brazos, dándole un susto indescriptible. Ella ensayó a deshacirse, llamando en su auxilio todas sus fuerzas; mas, fué infructuoso; i Fernando la condujo a la sala, i la obligó — riendo i apodándola pilla i callejera — a sentarse en un sofá; haciendo él lo propio i a su lado, al mismo tiempo. Ella habíase puesto agitadísima, i tenía los ojos preñados de lágrimas. Con cariñoso lenguaje

i con voz poca, pero clara, i entera, él empezó a echarle con los ojos i los nuevos, sobre su sorprendente devoción — al decir de él — feísima, exagerada por demás i de mui mal gusto. Ignórase hasta dónde hubiera llegado con sus razonamientos i amonestaciones; porque su prima le cortó la palabra, con inesperada fuga: se escabulló sin mirar atrás i tapándose con las manos los oídos... en el momento en que Fernando le principiaba a hablar de aquel encantador viaje a Lima, que tenía proyectado...

Luísa, mientras tanto, se altivaba cada día más; pero, soberbiosa i gestera, no tuvo para el ascetismo de su hermanastra ni vista ni lengua.

De igual desdén dieron pruebas, en un principio, así doña Conce como su marido; mas, a poco mudaron de hito; i el dicho ascetismo comenzó a servirles de motivo, en particular a la primera, para vociferar i echar a la cara de Virginia su desidia i descuido, en todo lo que a los quehaceres caseros se refería. La digna señora se había quitado la máscara, no necesitando ya, — cosa evidente — mostrarse afable i buena con su hijastra. Buscando el pelo al huevo, le declaró, pues, nuevamente la guerra, con más inquina que antes, si cabe, i poniéndola de lodo, con las bastardías i malcasos acostumbrados.

Virginia en la mayor desolación, se consideraba sin fuerzas para llevar sobre sus débiles hombros cruz tan pesada i tan llena de espinas. ¿Sería, en realidad positivo que nunca lograría satisfacer su deseo de vivir i morir en algún rincón

solitario, olvidada i en sosiego? Ella creía verlo: Dios le negaba tamaña felicidad!...

El chichisveo de Fernando a Luísa Domínguez andaba en coplas; i, si los indicios no mentían, la boda debía estar mui cercana. Virginia había cogido al vuelo retazos de conversaciones, por las que llegó a saber que ya Fernando había encontrado una casita apropiada, i que los muebles, pedidos a París, se aguardaban en un buque de vela, que hacía tres meses que viajaba.

En la mansión, pues, de don Julián Cirera, reinaba insólita actividad: muestras de toda clase de telas, de cintas, de zapatos i de flores de mano se veían sobre meses i sillas, donde quiera que se pusiera la vista. Margarita i Fidel estaban molidos, i eran insuficientes para las continuas idas i venidas que, a las tiendas i a las casas de las modistas les ordenaban doña Conce i la linda e impaciente novia...

Una mañana — ya habían dado las diez — i Virginia no regresaba de la iglesia, adonde se suponía que había ido. Se conjeturó que, acaso, alguna novena retrasada la detendría en el templo. Sentada ya a la mesa la familia i servido el *sancocho* en los platos, se oyeron las conocidas pisadas de la beatita, que subía la escalera; i que no tardó en hallarse en el comedor, sino lo preciso para entrar en su cuarto i dejar sobre la cama la *manta* de merino, con que venía cubierta. Por rápidamente que se le contemplase, se echaba de ver que estaba menos triste de lo que, desde hacía muchos meses, era habitual en ella. Cual-

quiera diría que estaba contenta i alegre; pues sus carrillos, un poco sumidos, estaban sonrosados; i sus ojitos movíanse mucho más alegres i radiosos, que de ordinario.

Al ocupar su asiento dijo:

—Vengo del *Hospital*...

Todos a úna, tacharon el gusto de semejante correría. Ella se abstuvo de replicarles que no era la primera ni la segunda vez que lo hacía, impulsada i acompañada por dos amiguitas, mui afectas al piadoso ejercicio de visitar a los enfermos. Sin poner, pues, mientes en lo que le decían, i como enterando una idea que hubiera empezado a emitir, añadió, seco i sin llover, con tono resuelto; suave, pero firme:

—Voi a hacerme *Hermana de la Caridad*.

Reparable silencio dominó, por unos segundos, en el comedor de D. Julián; pero, luego a luego, doña Conce, no queriendo dejar comprender que la nueva le quitaba mil canas, tendió el paño al púlpito, i su voz se hizo oír, ridiculizando la resolución de su hijastra; resolución que, por su parte, se tomaba la libertad de poner en duda, con mucho énfasis. Luísa y D. Julián ni pena ni gloria: no abrieron la boca... más que para comer; i como Virginia no volvió a soltar palabra, bien puede decirse que el almuerzo finalizó triste i calladamente; porque también la madrastra se aburrió presto de hablar, a tontas i a locas.

Virginia, desde el comedor, se dirigió a su aposento; i haría apenas un instante que en él se hallaba, cuando entró su padre: sus manos

temblaban, al tocar, con timidez, los hombros de su hija; i la joven pudo ver que sus ojos parpadaban vivamente, como luchando por reprimir el lloro, mientras le preguntaba, con apagado acento:

—De veras... te vás... al Hospital?

—... Sí, papá: sí.

Al pobre hombre se le cayeron dos lágrimas sobre el rostro de su hija. La oprimió contra su corazón, silenciosamente, i... salió, disparado, por la primera puerta que vió delante.

.....
 ¡Vamos al fin! Así como supo Fernando que su prima estaba de *postulante* en el Hospital Civil, manifestó admiración; reprochó a Círrera su dejadez, casi descompuesto por la ira, i declaró su resolución de ir a ver a Virginia en el acto, con la esperanza de disuadirla de su empeño.

—Tío, el sombrero i andando. Ud. tiene que venir conmigo; porque a mi solo no me dejarían las Hermanas ver a Virginia. ¡Qué muchacha, Señor; qué muchacha!...

I a la hora se les vió salir a los dos de la casa i tomar el tranvía. Iban tan ensimismados que, en todo el trayecto que tuvieron que recorrer, ni por soñación pensaron en despegar los labios. Fernando se retorció ahincadamente el bigote i taciturno, meditaba sobre las causas que habrían inducido a Virginia a consumir lo que, para él, no tenía más nombres que tontería i aberración. Dando i cavando, vagas sospechas de la verdad probablemente, le tocaron el alma; i no

serían acaso las primeras que se le presentaban, pero, como en otras ocasiones, desechólas al punto, prohibiéndose descubrir la realidad, por algo así como respeto caballeresco.

Llegaron... pero, antes de introducirse en el benéfico establecimiento municipal, Fernando tocó el brazo a su tío. i se expresó en estos términos:

—Ud. comprende que lo que interesa es que yo hable con Virginia, con la mayor libertad posible. Compóngase Ud., pues, de manera que me entretenga i distraiga i embohe a la Hermana que, indudablemente, acompañará a mi prima, durante nuestra visita.

—Pierde cuidado.

El buen viejo tuvo, en seguida, que vencer, estrechado i secundado eficazmente por su sobrino, los muchos obstáculos, i no flojos, que se presentaron; i en consideración a los cuales, hubo un momento en que tuvieron, el padre i el primo, por cosa casi absolutamente irrealizable la anhelada entrevista con Virginia. Pero — ¡loado sea Dios! — al fin consiguieron que les dejaran ver a la pobre...

Virginia, cuyos riquísimos cabellos ya se ocultaban bajo la gorra característica de novicia, al entrar se dejó caer en la silla más inmediata; i comenzó a llorar con precipitoso sollozar i acerbo ahogado, en tanto que su padre la abrazaba, sin poder hablar...

Fernando se aproximó a ella i se sentó a su lado. D. Julián se hizo cargo de la consabida

Hermana; gastando el calor natural en conversar a destajo; i sólo, de rato en rato, mirando a su hija, sesga i medrosamente... Fernando, en ese instante, hubiera dado lo que le hubieran pedido, por poder dar a las palabras que iba a dirigir a Virginia, la elocuencia más convincente, la acentuación más atractiva: sinceramente conmovido, le habló, pues, larga, mui largamente; discurriendo razones i conveniencias, para persuadirla de que debía renunciar a tan descabellada idea.

Ella puede decirse que nada contestaba; mas el joven tuvo, a la postre, mui de mal grado, que convencerse de la esterilidad de sus ruegos i razonamientos; sí: *¡tarde piache!... ¡tarde piache!...*

El, entonces, sintiendo a par de muerte la decisión de su prima, exhaló un suspiro, mitad despecho i mitad lástima, i

—Tío, vámonos — dijo, poniéndose en pié.

Cirera no se halló con valor, ciertamente, para despedirse de su hija: se levantó sin interrumpir su plática con la Hermana, i, haciéndose el olvidado o distraído, aceleradamente cogió la puerta; obligando así a la religiosa a salir con él.

Fernando Otero, en actitud de partir, todavía trató de enlabiar la firmeza de la triste niña, al mismo tiempo que la contemplaba con ternura, con fijeza, con asombro. Pero ¡nada!... ¡todo inútil! Se inclinó, pues, hacia ella, le alzó el rostro bañado en lágrimas, la besó en la frente i... se marchó, sin prisa.

Al verlo desaparecer, creyó Virginia que extraño fuego circulaba por sus venas: irguió el cuerpo i dió dos pasos... se dijera que para seguirlo. Por primera vez, veía claro, demasiado claro en lo íntimo de su pecho: ¡había estado amando a su primo, locamente... desde que iban juntos a la escuela, donde ella aprendía a leer!

Noviembre 1887.

AMOR MALHECHOR

Maruja a la persona que se había como detenido en la escalera, retrocedió de prisa, i entrando en la vecina estancia:

—¡Mamá, mamá! — exclamó — ahí está Rosa.

—¡Rosa! — repitió la señora Mercedes, poniéndose en pié, como movida por un resorte i dirigiéndose, aceleradamente, afuera, precedida por la chica.

Al ver Rosa aparecer a la señora, acabó de subir con rapidez, i, antes de que doña Mercedes pudiera darse cuenta de lo que pasaba, ni pronunciar palabra, vió a la joven caer a sus piés de rodillas i abrazarse a ella, gimiendo con entrecortado acento:

—¡Perdón, mamá linda, perdón!

—¿Qué es esto?... ¡Suelta!... — pudo articular apenas la señora Mercedes, que sentía convertirse en llanto la indignación que, en el primer momento, la turbara.

En esto, salió atropelladamente del interior de la casuca, el señor Ramón — marido de doña Mercedes i padre de Rosa i de Maruja—. A las claras denunciaba su aspecto, que el hombre había estado adormilado en la acostumbrada hamaca, quizás agobiado bajo el peso del coñac i del anisado, bebidos paulatinamente durante el día. Traía el pelo en peregrino desorden; su torax vigoroso — aunque un tanto encorvado — se cubría sólo con la camiseta; sus piés se arrastraban dentro de unas holgadas babuchas chinasas; i en su diestra ostentaba un palo, que igualmente podía tomarse por bastón o tranca. Repre-

sentaba unos cincuenta años, más bien más que menos.

—¿Conque se ha atrevido a presentarse aquí esa canalla? — prorrumpió con destempladas voces. —¿Qué se ha creído esta bandida? ¿Qué así no más puede entrar, como Pedro por su casa, después de burlarse i deshonrar a sus padres? ¡Atrevida, sinvergüenza, perra! ¿Dónde está el señorón ese tan rico, con quien diz que te fuiste? ¡Ni siquiera has sabido aprovechar!... ¡Ahora vas a ver!...

I lo que se vió fué que el furibundo padre separó, violentamente, a la hija de la madre, «i a fuerza de estrujones i golpes, arrojó a aquella al suelo; en donde ciego de cólera, comenzó a pegarle con el garrote, de que estaba armado. El brazo del hombre parecía incansable; i tan pronto levantaba el palo, como lo dejaba caer sobre el juvenil cuerpo de la hija infeliz; la cual, si al principio, ansiosamente, pidió compasión i perdón i quiso defenderse, mui luego enmudeció i quedó inmóvil, como muerta; no oyéndose allí por algunos instantes, que parecieron años, otro ruido que el del blandiente bastón, en su bárbaro siniestro vapuleo i la silbante trabajosa respiración de D. Ramón.

Esta había sido siempre su manera de castigar i hacerse respetar de esposa e hijas, sobre todo en los días en que los tragos de aguardiente resultaban haber sido más numerosos que de ordinario. Sus vecinos lo sabían: por eso, si escucharon la paliza cruel i tremebunda, que propinó

aquella noche, no le dieron a la cosa importancia alguna.

Por fin, la señora Mercedes i Maruja, que se habian puesto en cobro en la pieza inmediata, vieron entrar al desalmado hombre, jadeante i dando traspies, arrojar en un rincón la tranca famosa i dejar caer el pesado corpachón en la anchurosa hamaca, mientras, con trabajoso acento, dejaba oír estas palabras:

—¡Perra, bandida!... ¡Habrás visto atrevimiento semejante!... ¡Botada por el ladrón sinvergüenza!... ¡Cuerno! ¡Bien castigada queda... bien castigada, eso sí... Mañana, veremos!...

I así expresándose, empezaba ya el energúmeno a roncar solemnemente, ni más ni menos que un bendito...

En cuanto doña Mercedes i Marujilla observaron esto, salieron, anhelosas de saber qué había sido de la mísera Rosa; pero tomando mil precauciones, para no hacer ni el ruido más ligero. Tendida en el suelo estaba la pobrecilla: privada de conocimiento, parecía difunta: el vestido negro hecho girones; i el abundante obscuro cabello era una maraña, que le cubría el rostro ensangrentado. Con infinitos cuidados, madre e hija cargaron con el amado dolorido cuerpo i lo condujeron hasta depositarlo, acomodarlo en el viejo catrecillo, que de la misma Rosa había sido. Despojáronla de las rasgadas ropas i, atónitas, con ojos arrasados de llanto, pudieron contemplar la estupenda obra del gran D. Ramón; las muchas heridas i aun. fracturas, que se señalaban aquí i

allá, por todo el escultural cuerpo i agraciadísimo rostro de la infortunada mocita. Prodigáronle cuantas atenciones estaban a su alcance; i, poco a poco, después de haber perdido casi toda esperanza, viéronla volver en sí i abrir aquellos grandes ojos negros, tan vivos i risueños cuando Dios quería...

I he aquí que, tras un mes de ausencia, Rosa se encontraba otra vez, junto a su madre i a su hermana, en aquella su bien conocida camita, en que durmió desde niña. ¿Habrà sido un sueño no más, todo lo que en ese mes le había sucedido?...

II

¡Creyérase que el tiempo en ese mes había volado! I, sin embargo, a la pobre doña Mercedes parecióle que un siglo había transcurrido desde que Rosita, escotera i abandonándolo todo, se había fugado con no se sabía quien...

Hai que contar cómo acaeció aquello.

El señor Ramón tenía un comercio de chucherías i baratijas — peines, tijeras, botones, encajes, juguetes — en los portales de la *Gobernación*; pero como, muy a menudo, resolvía — sea que le viniera en ganas estirar las piernas, sea por exigencias del negocio — llenar una canasta de mercaderías i lanzarse a procurar su venta; recorriendo Guayaquil, desde *Ciudad-vieja* hasta las últimas casas del *Astillero*, evidentemente a alguien tenía que dejar encargado el puesto aquel del portal de la *Gobernación*. En efecto, tiempo atrás, iba a reemplazarlo doña Mercedes; mas, desde hacía quizá menos de un año, Rosita era la designada, en tales ocasiones, para hecerse

cargo del referido negocio; pues la madre, con los quehaceres domésticos i los quebrantos de salud, para nada tenía ni tiempo ni respiro. I, vamos — había que confesarlo — la chica se desempeñaba admirablemente. Cierto es que, de su natural, Rosa era inteligente i viva, como pocas; i que su aspecto juvenil, serio e ingenuo a la par, inspiraba profunda simpatía. Con lo que dicho se está, que cuando ella aparecía en el puesto, al trascendente aroma de su belleza graciosa i gentil, los parroquianos acudían que era un gusto. No obstante, para ella este gusto no era ni completo, ni sin tacha; puesto que, de rato en rato, hallábase obligada a hacerse respetar de tal o cual mozalbete, que se desmandaba con chanzonetas o chicoleos; esgrimiendo la vara de medir, como quien cñpuña el plumero para espantar moscas.

Pues por aquí vino la cosa; i lo que había de suceder, sucedió... Ya unos cuantos jovenzuelos i aun señorones de respeto, a la continua, habían asediado a la muchacha con reiteradas proposiciones amorosas; pero ella con encopetada dignidad, adusta i desabrida, había echado a todos con cajas destempladas... Mas, un día pasó él, i la cosa cambió. El la miró una i otra vez, con insistencia; i en el alma de Rosa se hizo la luz... i amó.

Mui poco, casi nada, podemos decir de este novelesco personaje; porque nunca se ha llegado a averiguar, con precisión, quien fué, ni Rosa jamás, en su vida, lo reveló. Únicamente, ate-

niéndonos a indistintos rumores, inferimos que se trataba de un joven perteneciente a la *crème*; elegante, bien parecido, rico. Nadie lo vió hablar con Rosa; i hai que conjeturar que se valió de algún medianero, o de hábil celestina, para entrar en relaciones con la muchacha, a quien — después se supo — enviaba incansable, los billetes amorosos más rendidos e insinuantes. Ello es que Rosa le correspondió desde luego, deslumbrada por el buen porte i rumbo del mozo, tanto, como porque — tortolilla inocente— los juramentos de amor i las promesas, de vario matiz i diversa índole, que releía en las perfumadas misivas, le trastornaban la cabeza i amotinaban los sentimientos de su tierno corazón; haciendo aparecer ante sus lindos ojos, absortos i pensativos, horizontes distantes que, aunque vagos i confusos, relugían a las veces, de repente, con róseos resplandores que, acaso, dejaban entrever dulzuras inefables para el porvenir; i se sentía poderosa, fatalmente atraída.

Así transcurrió algún tiempo: él dejándose ver a la deshilada mui raras veces, pero porfiando sin cesar por hacerla caer en sus brazos, seductor, bizarro, espléndido; i ella indecisa, aunque de día en día más fascinada; hoi rechazándolo con arrogancia, para mañana pedirle, sumisa, que la amara siempre i que no la engañase. Ella se resistía i se hacía la sorda a las dulces, pero también imperiosas, sugerencias que de él venían, instándola a abandonarlo todo i a seguirlo, para vivir eternamente con él, en perpetua dicha: se re-

sistía, sí; más no podía negar que, allá en sus adentros, se reconocía desarmada i vencida, i que su corazón ya estaba decidido, tiempo hacía, a acceder ciegamente a los deseos de él, tarde o temprano.

¿Qué, pues, la detenía? La timidez natural de la doncella honesta; i también el grandísimo cariño que profesaba a su madre, con quien había congeniado siempre. La amaba con veneración, como a una santa; pues le parecía que eso, i no otra cosa, era doña Mercedes — víctima toda su vida de las brutalidades de su marido, que jamás dejaba de hallar ocasión o pretexto, para hacer ostensibles entre los suyos su endiablado carácter i su propensión a enrabiarse desafortadamente—.

Diremos, de paso, que este D. Ramón era, eso sí — i siempre lo había sido — un hombre infatigable en el trabajo; modo de ser, sin duda heredado de su padre, genovés de humilde condición, que después de bregar muchos años en un miserable comercio de comestibles, regresó riquísimo a su país, sin acordarse nunca, ni para nada, del hijo que, acaso por mera casualidad, había tenido en Guayaquil. Esta afición al tráfico mercantil fué de seguro, lo que más influyó en su ánimo para tomar la determinación de matrimoniarse con la señora Mercedes, en quien, a las primeras de cambio, notaría con ojo certero hábitos de economía i amor al trabajo, que sin duda, con ella nacieron, pues habíase criado, igualmente, en el comercio — como hija que era de una paiteña, vendedora de encajes i cosas ta-

les. Pero — como ya lo indicamos, el hogar formado por ambos no fué asilo de paz; ni últimamente que los negocios marchaban bastante bien i permitían vivir con algún desahogo i un poco de tranquilidad. Quizá mucha parte en esto tenía el consabido abuso que el señor Ramón hacía de las bebidas alcohólicas; porque, aunque nunca se embriagaba por completo, la verdad era que, especialmente, desde que levantaba el trabajo por la tarde, hasta que se entregaba al sueño por la noche, no eran pocos los vasos que se echaba al colete. Con semejante combustible, por supuesto, se iba del seguro; su cerebro se acaloraba i su mal humor crecía de punto; irritándole, exaltándole, en primer lugar, la indiferente mansedumbre i fría resignación de su mujer, i después, cualquier trastada o travesura de sus hijas; dando, indefectiblemente, en el tema de querer, a todo trance, que se reconociesen su voluntad como santísima i su autoridad como suprema e incuestionable.

I este fué el caso... Como decíamos, Rosita dudaba, dudaba — indecisa, sobre todo por la querencia aquella a la madre; empero, llegó un día en que el padre, por quitame allá esas pajas, o, más verosímilmente, porque algo barrutara o algo le contaran del quebradero que a mal traer la traía, le sentó la mano duramente, i la muchacha ya no titubeó. De prisa, sollozando aun i sin más pensarlo, tomó su resolución; e hizo avisar a él que ya no tendría que esperar i que se iba con él.

Tan pronto pensado i dicho, como hecho. I desde la noche de aquel día, la joven no pareció más por su casa...

Sus padres nada hicieron por buscarla, ni entregaron el caso a la pesquisa oficial; pues como llegó a oídos de D. Ramón el runrún de que andaba en el asunto un caballerete rico, bien portado i pudiente, temió ir por lana i volver trasquilado. En consecuencia, determinó aguardar i estar a la expectativa i al husmo. I como asimismo, ocurrió asaltarle la idea de que bien pudiera venirle a la familia la fortuna por ese lado, hai motivo para suponer, que al caer, desengañado de su burro, castigó, pegó más reciamente que solía, esa noche, en que hemos presenciado la vuelta de Rosa, no sabemos si desilusionada i arrepentida; pero, a no dudarlo, miserable i abandonada...

III

Ciertamente, pareció que la desdichada revivía i se recobraba, a pesar de que la fiebre había hecho presa en ella i la abrasaba. Las heridas i contusiones eran atroces; i su cabecita manaba sangre, que a duras penas lográbase contener con los vendajes i mejunjes, que la pobre madre afañosamente le había aplicado.

A veces, se dijera que desvariaba, tal era el irresistible desorientado vehemente deseo de hablar que demostraba: como que tenía ansia voraz de confidencias, de quejarse, de contarle todo. I así, echándole los brazos al cuello, llorosa i conmovida, le decía a su madre:

—¡Perdóname, perdóname! Yo he venido a hacerete sufrir, con esto que ha sucedido esta noche... Pero ¡ai! mamacita, yo tenía que venir... ¿Qué había de hacer, si no?... Estaba solita: él hacía días que no volvía...

—¡Canalla! — murmuró doña Mercedes —
¿Te abandonó el malvado?

—Sí: es decir, nó... Creo... No sé... No sé...

—Pero ¿quién es ese bandido?

—¿Para qué quieres saberlo?... No; yo no quiero que lo vayan a buscar... a molestar... nó. Pero no estés creyendo que es un malvado... un bandido: nó, mamá: ¡si él me quiere mucho!... Lo que hai es que él no podía... ¿ves tú?... no podía, siendo un gran señor... ¡un gran señor!... vivir conmigo siempre... i por siempre...

—¿Eso te diría el sinvergüenza?

—No, no... Me lo dió a entender, tal vez. Además, yo comprendía... comprendía que esto tenía que venir... ¡Vaya! ¿Quién soi yo... qué encantos poseo... para poder retener a mi lado... a una persona... tan alta, tan única, como él?... Es claro: una muchacha cualquiera... tosca, grosca, como yo, tenía que aburrirle... I se fué, pues... se fué. Pero, él me ama; si, yo creo que él me ama... ¡Estoi segura! Porque... ¿cómo va ser posible, Dios mío, que me olvide?

Aquí comenzaron a trabucarse sus pensamientos, más i más; pues la fiebre hacía de las suyas en el excitado cerebro. A tiempos, por su cuerpo todo corría un temblor, un estremecimiento, que hacía pensar en el frío de los Polos; i, singularmente, en sus manitas se advertían movimientos nerviosos involuntarios.

Doña Mercedes lloraba; i una angustia mortal se pintaba en su semblante marchito, por los su-

frimientos del alma, i del cuerpo: no se ocupaba más que en echar mano, incesantemente de cuanto medicamento podía procurarse, adecuado a su entender para el caso; mas, la enferma casi todo lo rechazaba con enfado, bruscamente. El mayor cuidado de la señora era que no se hiciera ruido; pues se inmutaba con inmenso terror, sólo ante la idea de que su marido de pronto despertase, iracundo. Por eso, a cada momento, amonestaba a Maruja — que de aquí para allá, andaba, ayudándola i sirviéndola en lo que podía — i por eso, también, se afanaba por que la pobre Rosa no levantara mucho la enronquecida voz. La desgraciada mujer ansiaba ardientemente que el día viniera presto; porque se figuraba que, ahuyentadas las sombras de la noche, con sólo la vivificante claridad diurna, la enfermita se pondría mui otra, libre de toda dolencia. Verdaderamente, no se percataba del gravísimo estado de la muchacha: ¡había visto tantas veces que los castigos, los golpes prodigados por don Ramón no mataban!...

— Cuando él no volvió más — siguió Rosa hablando, como en confidencia — creí morirme... Cuando pasó un día... i ótro, i ótro... sin que sus pisadas, tan conocidas, resonaran en el portal... no sé cómo no me morí... no me maté... ¡Ai! ¡Qué pena... i qué vergüenza!... ¡Esas vecinas, mirándome a la cara... i riéndose!... ¡Ese prurito de compadecerme... de aconsejarme!... ¡Los consejos que me daban!... ¡Ai!

Mamá, mamá, yo tenía que venir donde tí... aunque cien veces... me matara papá...

—Pero, hijita — insistió la madre — dime quién ha sido el infame que te sacó de tu casa, que te ha engañado, que te ha botado. Dímelo; porque hai que castigarlo.

—Nunca. No puedo decirlo... Yo se lo ofrecí... Es mi amor i yo no quiero que le hagan daño.

Sus ideas repentinamente, tomaron otro giro: el encendido rostro se iluminó como por una llamarada de júbilo; i prorrumpió en frases vivas, truncadas:

—Yo sé que me quiere... i no me olvidará... Cuando entraba en la casa... ¡cómo me palpitaba el corazón!... Me figuraba que entraba... algo mui grande, mui poderoso... ¡El Sol mismamente! ¡El Sol!... ¡Ai! Yo, entre mil besos... le decía: *eres mi Dios... mi Dios!*... ¡Pero él me apagaba la voz, replicando... *¡loca, loca, fea!*—Fea!... Me lo decía de broma... por cariño. Al contrario... muchas veces se quedaba mirándome... hecho un lelo... i murmuraba bajito: *¡qué linda eres! ¡qué linda!*... *¡Qué bien te viene el nombre...* *¡Rosa! ¡Eres una flor... una flor!* I me hacía qué de cariños... qué de caricias!... I yo tan vergonzosa... que...

La fiebre había subido terriblemente; i la pobrecita enferma, en pleno delirio, entre dolorosos ayes, profería entrecortados conceptos, en que se traslucían hechos i dichos de un amor

loco; i ardorosa, sofocada, inquieta, separaba o rasgaba las ropas que la cubrían. La señora Mercedes, desolada, sin poder contener las lágrimas

—Calla, calla, hija, por Dios — repetía, mientras procuraba cubrir las desnudeces de la infeliz, i taparle la boca con la mano, para contener la inconveniente desenvuelta palabrería, que por ella se desbordaba.

—¡Qué dichosa soi! — exclamaba Rosita, imaginándose presentes momentos que pasaron para no volver—. Ha hecho traer del *Club*... un almuerzo... riquísimo... El mui pícaro... ¡Ja... ja... ja!... Me ha hecho tomar... Champaña... mucho Champaña... ¡Cuántas locuras estoi haciendo...! Es que... el vino... se me ha subido a la cabeza... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ai! I me está doliendo... ¡Dios mío... sí... cómo me duele la cabeza!...

I como si realmente, insufrible dolor en aquel instante quisiera rompérselas — cerrando los enrojecidos ojos — se oprimía las sienes con las manos; i, entre tanto, de sus temblorosos labios, casi balbucientes, salían, quejumbrosas, frases como estas:

—Es mi amor... es mi sol... es mi Dios... Por donde él pasa... parece que todo... se ilumina... se perfuma... ¡Ai! En los últimos días... si, si... yo te notaba algo... preocupado... En tus caricias... había algo... algo de triste... Ya no me amabas... como antes... Ya nó... ya nó... I te fuiste... te fuiste... para siempre... ¿Para qué ya la vida?...

Se desató en un llanto histérico, convulsivo, mezcla de risa i de lamento, que fué calmándose lentamente, hasta quedar sumida en un sopor intenso; dejando sólo escuchar su fatigosa respiración. No duró gran cosa esta fatídica tranquilidad: su boquita reseca i suspirante volvió a entreabrirse, para exhalar confusas expresiones:

—No tengas cuidado... querido mío... yo no diré nunca... a nadie... tu nombre. Si para mí misma... no te llamas sino... mi amor... mi sol... Tu nombre... no temas... conmigo... a la tumba...

Aquí Rosita, quejándose de agudos dolores en el pecho i en la espalda, visiblemente iba perdiendo vitalidad... El bronco alentar convertíase, a ojos vistas, en agónico estertor; i, poseída de una inquietud angustiosa, no cabía, materialmente, en la cama. De súbito, su cuerpo se vió acometido por espasmos nerviosos; i crispaturas i convulsiones presentáronse, como a querer despedazar tan bella obra maestra.

Ante el aterrador i lastimoso espectáculo, la madre perdió el tino; que entonces i de golpe, comprendió lo que aquello pronosticaba. Desesperada, loca de pesar, sus pensamientos se confundían i se embrollaban, no quedándole otra noción clara de lo que ocurría que la urgente necesidad de pedir auxilio. Espoleada por tal idea, se encaminó, precipitadamente, a la pieza en que su marido dormía, roncando con estrépito, tendido en la hamaca. Cogida de ésta i remeciéndola, trató de despertarlo:

- ¡Ramón!... ¡Ramón!...
- ¡Eh! ¿Qué es?... ¿Quién?...
- ¡Ramón! ¡Oye!... Rosa...
- ¿Rosa?... Como siga molestando... Cuidado! Cojo otra vez el palo i...
- ¡Levántate! Despierta: Rosa está mala.
- Mala... Rosa... Ya lo sé.
- ¡Ramón, por Dios!
- ¿Me dejarás dormir, cuerno? Lárgate, lárgate... mañana...

Fué imposible despertarlo del todo, i hacerle entender lo que pasaba. La señora, convencida de esto, tuvo que desistir; i ahí quedó el heroico D. Ramón, resoplando i gruñendo, como una bestia. Pensó entonces en un médico, en que acaso sería conveniente traer uno, sin demora; pero... ¿a quién enviaría a buscarlo? ¿A Maruja, tan lejos — porque por allí cerca, no había ninguno — en tan horrorosa noche de invierno? I ¿vendría el doctor?... No se decidió: además, hai que convenir en que la buena mujer jamás tuvo en los señores médicos mucha fe que digamos. Sin saber qué hacer, volvió al lado de su hija...

La mortecina bujía, colocada sobre la mesita pingosa, que había junto a la cama, alumbraba de lleno a ésta, dejando el resto del cuarto poco menos que en tinieblas — sin que pudiera casi distinguirse los baúles, arrimados a las desconchadas paredes, la camita de la pequeña en el opuesto lado, i las varias prendas de vestir, sucias i de uso diario, que por todas partes se veían tiradas... Maruja, rendida al cansancio i al sue-

ño, se había quedado dormida en el santo suelo...

La noche debía ir ya muy de vencida; pues los madrugadores gallos de la vecindad se transmitían, a través del absoluto silencio, las sonoras saluciones de costumbre; i por los resquicios de puertas i ventanas, a poco, se colaba un cefirillo sutil i tenue, que refrescaba un tanto la caliginosa atmósfera nocturna, i traía ya en sus invisibles alitas los murmullos del amanecer; los ecos de aquellos vagos i dispersos ruidos, que, como es sabido, preceden al despuntar del día...

Pues bien: cuando la señora Mercedes se aproximó otra vez al lecho de la enferma, ¿qué fué lo que se ofreció a sus espantados ojos?... ¡Ah! No había que hacerse ilusiones — Rosa, la linda Rosita estaba en las últimas: el *Amor malhechor* que la sedujo, la mataba; la noche la envolvía en su manto tenebroso, i se la llevaba. Su agonía fué terrible, cruel, se creyera que simbolizaba la temerosa lucha de la juventud con la muerte. Al quedar esta vencedora, junto con el postrer suspiro de la degradingada niña, todavía se desprendieron de sus labios — que aparecían ahora manchados de sangre— estas palabras, apenas perceptibles:

—Es el sol... el sol... el sol...

I cuando la pálida luz del naciente día, penetró en la pobre casita, aun la señora Mercedes, abrazada al cadáver de su hija, sollozaba amargamente; aun Maruja, dormida hecha un ovillo, sonreía acosada por infantiles visiones; i aún el señor Ramón se rebullía, preso en las redes de

pesado sueño, i quizás bajo la opresión de truculenta pesadilla, mascullaba:

—¡Hum!... Creo que la castigué de más...
Se me fué la mano...

Abril, 1903.

DE LAS SELVAS

DE LAS SELVAS

Reminiscencia

Soi adorador amorosísimo de la naturaleza. Los jardines, los bosques me embelesan.

¡Ver un jardín! Recorrerlo lentamente, ¡qué delicia! La floración policroma ostentándose copiosa i triunfadora, en los esbeltos arbustos i menudas plantas... Céfito i Flora que, en amorosos juegos, van agitando a su paso las espinosas flexibles ramas, dando motivo a los murmullos de protesta, que dejan oír las flores i las hojas... Los arpados *chagüices* ensayando sus gorjeos, al picotear las yerbecillas del suelo, i los misteriosos *brujitos* confundiendo su encarnado plumaje con los más encendidos capullos... Las pintadas mariposas surgiendo, de repente, por éste o el ótro lado; haciéndonos pensar por un instante, en flores que alzan el vuelo... I la canturía de la fuente, trenzando los plateados hilos de su líquido caudal! I el vientecillo, cargado de

aromas embriagadores, acariciándonos la frente i, tal vez, penetrando a poner paz en los encontrados i ardorosos pensamientos, que allí dentro batallan invencibles!...

Yo tengo oídos atentísimos para el caer de una hoja, para el romperse de una ramita seca, al posarse en ella un pajarillo retozón, para el súbito aleteo de una torcaz que huye. Yo tengo ojos siempre despiertos, para admirar los encantadores efectos de luz i sombra dentro de la mañana de la selva, para comparar los diversísimos verdes del exuberante follaje, para atisbar los movimientos, la actividad vital de las bestezuelas montaraces, de las aves i de los insectos...

La selva vive, palpita silenciosa: regalada blanda brisa la recorre toda, levantando tenues rumores i despertando distintas fragancias, desconocidas, innominadas, que de cierto dormían en las enramadas ocultas; i mis pulmones se ensanchan aspirando todo ello, por mi nariz ávida, por mi boca entreabierta; cuando es por la mañana, alegremente, con la mirada radiante; cuando es en el centro del día caluroso, pausadamente, en perezoso ensimismamiento, cuando es por la noche, con susto i fruición, en espera de lo maravilloso...

Sorprende que se haya llegado a afirmar que las bellísimas antiguas creencias de los griegos, sobre los dioses de los bosques, sólo fueron fábulas i embustes... Yo declaro — sin temor a la sonrisa burlona, con que ha de obsequiarme, al leerme, alguno de mis amigos — que los grie-

gos tenían razón i que yo creo como ellos: los bosques están habitados por seres misteriosos; i Diana los visita, a menudo, ganosa de entregarse, con las juguetonas ninfas, a rústicos esparcimientos...

Errando distraído por las selvas, de pronto, yo he oído tras mí el crugir de las hojas secas, bajo unas pisadas ligeras i rápidas; i hasta he sentido en mi nuca algo así como el roce del aliento de alguien, que viniera a mi alcance, sí, de alguien... aunque en verdad mis ojos, al volverse instantáneamente, a nadie hayan encontrado nunca. A la hora en que el sol acaba de ponerse, al tender la curiosa mirada, he sorprendido muchas veces, a la distancia, en medio de los tiernos arbolillos que crecen entre los robles i los *guachapelies* — recibiendo con trabajo i de peregrina manera, la opalina luz del crepúsculo — lánguidas siluetas de mujeres, arrastrando luengas túnicas verdinas o del color de la corteza de los árboles: me he lanzado a su encuentro, a través del bosque, con pasos táticos, recatándome, hiriéndome las manos al separar las ramas; pero, huían, huían al aproximarme. Por la mañana, en las húmedas cañadas, en los rincones sombreros i despejados, yo he podido descubrir, formados de mustias hojas, de yerbas i de ramas secas, verdaderos mullidos lechos, que se dijera aun tibios i recién abandonados, por quién?... Por todas partes, alienta i suspira, ríe i solloza la vida potente i fecunda; ostentándose en la lujurante i pomposa vegetación i, a no dudarlo, en los habitantes so-

brehumanos de la selva umbría, llámense ninfas o espíritus. ¿No habéis oído hacia la soñolienta hora de la siesta, la legendaria flauta del dios Pan, interrumpiendo el nemoroso silencio i resonando lejana en ceos de dulce, inefable tristeza?...

Cierto día penetré en el bosque con el propósito de recorrerlo, por lado diverso del que solía. La mañana se presentaba un tanto nublada; pero, fresca i olorosa, convidaba a caminar. Tomé una senda angosta i medio perdida, sin duda porque casi nadie transitaba por allí; toda ella festoneada de tiernas i endebles plantas, aljofaradas de rocío, serpenteando hasta perderse de vista, bajo la apacible sombra del ramaje de grandes árboles. Era una senda primitiva, rudimentaria, pintoresca e irregular, llena de curvas, desvíos i zigzags: a veces, estrechándose con incomodidad extrema, como de pronto ensanchándose con generosa amplitud; con lenta suavidad, a trechos, descendiendo a antiguos areniscos cauces de riachuelos, profundos, fríos, entrecruzados por las negras raíces de los árboles que, desde arriba, los envolvían en adusta opacidad; e inesperadamente, de cuando en cuando, dividiéndose en dos o tres caminos, aún más confusos i olvidados...

¡Qué calma! ¡Qué tranquilidad! Tan sólo de rato en rato, algún aislado arpegio de hurraños pajarillos; el repentino rumor del vuelo de asustadas palomas; el mosconeo zumbador de algún abejorro, negro i bigotudo que, de un lado a otro, iba chupando los jugos de las escasas florecillas

amarillejas i azulinas, que aquí i acullá, sonreían en las enredaderas que entrelazaban, a cada paso, los troncos rugosos i agrietados de las vicjas matas... Mis pisadas, en el terreno compacto, se destacaban con sonido seco i firme; en la hojarasca muerta i rojiza, con estruendo inusual: en ambos casos, despertando ecos inquietantes, en la arcana lejanía del bosque....

Había caminado largo tiempo, cuando mis ojos, ansiosos de observarlo i escudriñarlo todo, descubrieron, a un lado del sendero, a bastante distancia, un gran claro, en medio de la selva. Era tan extraña, tan atrayente aquella claridad, en la casi uniforme verdosa penumbra, que, al punto dirigí hacia ella mis pasos, con no poco trabajo i casi a gatas, por entre los enmarañados arbustos de punzantes ramas. Quedé sorprendido, suspenso, al llegar: era un ancho, abierto espacio circular, en cuyo centro, completa, intacta todavía, blanqueaba la osamenta de una bestia cornífera — quizás un toro, quizás una vaca — que, o se extravió en la espesura, o, ya muy enferma, vino a buscar este sitio ignorado, para morir, tranquilamente i sin testigos, acaso crueles o indiscretos. ¡Peregrino i singular caso! ¡, después de todo, ¡qué sepulcro tan envidiable! ¡qué magnificencia, qué paz!... El suelo tapizado de hojas secas i de enana vegetación verdequeante; en lo alto, las espesas copas oscuras e inmóviles de corpulentos robles i morales; en torno, el bosque laberíntico i fragoso, lleno de misterio i de esos leves susurros, que parecen la voz del silen-

cio, i donde, de los ardientes i deslumbrantes rayos que el sol a tal hora despedía, tan sólo úno que ótro lograbán llegar adentro; i tan difícilmente que en el retorcido ramaje enredándose, se hacían pedazos, de los que unos quedaban por allá arriba rienlando i otros, los menos, venían a dar en tierra, temblantes, desparramándose graclosamente, como monedas de oro... Era, pues, una espléndida i suntuosa tumba; i un lugar admirablemente elegido, para desprenderse, en sosiego i dulcemente, de la vida: en plena naturaleza próvida, sobre el haz de la madre tierra, disolverse rápidamente, devolviendo todo a sus primeros orígenes; todo, porque en breve, al andar de los días, esos huesos que aun quedaban, también se desharían... El sitio era tan bello, tan plácido, tan melancólico, que, sugestionado, cedí al cansancio i me tiré al suelo a reposar, meditando; i así permanecí un buen rato, invadido por somnolencia gratísima, mientras alígeras libélulas cruzaban inquietas ante mi vista i una ave amorosa me regalaba el odio con sus trinos...

A poco, oí un murmullo insólito en derredor; era que lloviznaba; i todo se vió allí mismo envuelto como en una transparente i vaporosa neblina. El ruido contiunado i uniforme de la lluvia, cayendo sobre el follaje, se percibía limpio i argentino, i era un ruido cadencioso, musical. El bosque tomó inmediatamente mui otro aspecto; sus colores brillantes se esfumaron o confundieron en un conjunto impreciso, borroso; i el peculiar olor de tierra humedecida se difun-

dió, prenetante. No duró gran cosa la llovizna; i era un hechizo oír cómo fué, paulatinamente, extinguiéndose el sordo murmurio, i cómo, por fin, cuando el resplandor del sol tornó a dejarse ver, sólo se escuchó, por algún tiempo, el rodar i caer de gruesas gotas de agua, detenidas momentáneamente entre las relucientes hojas i que algún rayo de luz irisaba aquí i allá. Abandoné el sitio con pena, prometiéndome visitarle otra vez; i volví a tomar el camino, metiéndome más i más en la selva, que se iba haciendo verdaderamente densa i agreste, como compuesta de más nutrida arboleda, añosa i gigantesca... Anduve así bastante espacio, abstraído, casi sin darme cuenta de que el día se deslizaba aceleradamente, cuando me trajo a la realidad la imprevista aparición de dos o tres gentiles gamos o ciervos que, antes de bien mirados, imaginé, por el ruido del follaje, fueran Silvanos o Faunos de esos bosques; y desalados, pasaron saltando velozmente, a corto trecho, delante de mí. ¡Me figuré que tras ellos, como una exhalación, corría blanca, jubilosa bandada de ninfas, cuyas sonoras risadas el eco repitió en la enramada umbría!... Los ariscos gamos, de medrosía i selvaticuez proverbiales, habían acudido a apagar la sed en una escondida laguna cercana, que, avanzando, a través del intrincado monte, pude bien pronto contemplar con gran contento; haciendo mi irrupción inopinada levantar el vuelo a numerosas aves, que sin duda se estarían bañando en las estancadas aguas. El lagunajo, ro-

deado de desbordante i bravía maraña selvosa, tenía la superficie, en su mayor parte, cubierta de verdín, de ovas i de otros muchos matojos acuáticos, que ostentaban frágiles i enhiestos tallos rematados por hermosas flores bermejas i violáceas, de delicados pétalos i pistillos: exóticas plantas todas que llegaban a invadir las orillas fangosas... I continué caminando, pensativo...

La tarde se avecinaba; i ya las canoras aves iban, poco a poco, entre graciosos brincos i gorjeos, acercándose a sus nidos, que se columpiaban gráciles i atractivos en los arbustos próximos, o que tal vez se escondían en las recónditas lobregueses del arbolado. Resolví, pues, dar la vuelta; mas, he aquí que, de repente, se dejó oír, no muy lejos al parecer i causándome tanto gusto como extrañeza, el retador canto de un gallo. Comprendí que por allí se encontraba la casuca de algún labrador, i seguí adelante, deseoso de dar con ella; pues necesitaba tomar algún refrigerio, antes de lanzarme a la caminata de regreso. El bosque, a poco andar, se aclaró alegremente i apareció ante mis ojos un extenso terreno, ocupado por un yucal i unos cuantos *guabos* i naranjos en flor, que embalsamaban la brisa, que corría reidora. Me aventuré por en medio de estos árboles, cuidando de hacer el menor ruido posible, por temor de que, si se daban cuenta de mi presencia los canes que, de seguro, habría en la casa, se me echasen a la cara, en seguida. No bien dí unos cuantos pasos, resguardado i oculto

por las frondosas matas, cuando pude tener a la vista i examinar, a mi sabor, la miserable choza, suspendida sobre unos cuantos palos, construída de cañas i de pajizo ahumado techo; en ella un vejarrón flacucho i moreno, de blancas greñas, arrellenado en una hamaca deshilachada, tan vetusta como él, punteaba una vihuela, entonando, o gangueando, un canticio triste i monótono: debajo de la casa, una muchachota despechugada i en pleno desarrollo femenino, veíase rodeada de gran número de gallinas, patos i pollos, a quienes parecía que acababa de dar de comer; a su lado, un mocetón le tenía cogida una mano i, mientras le hablaba, ella con los ojos bajos, hacía hoyos en el suelo con la punta del pié desnudo. Esta visión tranquila i de égloga — sobre la que proyectaba la tarde vivos destellos carmíneos — fué para mí rapidísima; pues, acto continuo, la rapaza, inesperada i rudamente, retiró la mano que el ótro le apretujaba, i soltando regocijada, resonante carcajada, dióle al mocete un formidable empujón. El se rehizo sin demora i volvió hacia ella, ansiando asirla; mas la chica hurtó el cuerpo i corrió, riendo sin cesar, a todo trapo: él corrió también, persiguiéndola; pero en esto el averío se alborotó, cacareando ruidosamente i revoloteando despavorido; los perros salieron de no sé donde, ladrando por manía o costumbre; i el vejete del guitarro, sacando la testa por un agujero o ventanuco, comenzó a dar voces roncadas e incoherentes. I aquí entré yo en escena; pues fuí visto por los esqueléticos sabuesos primero, i luego por los muchachos que, al punto, quedaron

mui serios i hasta ceñudos, con buen espacio entre úno i ótro. Se me recibió con buenos modos i se me obsequió con agua fresca, alguna fruta i un rato de descanso... La noche se daba prisa a difundir sus sombras, i fuí a decir adiós a mis campesinos huéspedes, cuando el viejo, al saber a donde tenía que encaminarme, me observó que, a tales horas, a pié i con noche oscura, era lo que me proponía penoso i aun arriesgado. Torció el gesto cuando, entonces, le pedí que me prestara su caballo, que por allí cerca pafaba (no por brioso, más para sacudirse las moscas); pero, luego a luego, tragó saliva i, generosa i diligentemente — pensando acaso en la cuenta que le tenía — púsose a ensillar él mismo el cuartago, i ordenó al mozállón — el cual resultó ser su sobrino i por más señas novio de su hija, allí presente — que, alistando el jumento, que se columbraba echado no lejos del rocinante, me acompañara como guía. Agradecí de veras al vejancón su colicitud, así como a la moza, que ayudaba, entre risueña y hosca, al primo a aprestar las monturas. Despedíme de ambos; i en breve nos encontramos, mi guía y yo, internándonos en la selva, con noche cerrada i lóbrega.

Yo iba rendido de cansancio; i a duras penas lograba triunfar del sueño, que pretendía cerrarme los párpados... El aspecto extraño de las frondas, mudas i ensombrecidas, me impresionó... Era un silencio, atormentado por el incesante estridor, producido por infinitos i agudísimos chirridos de innúmeros i no vistos insectos.

tos; era un silencio, en medio del cual, resonaba como a gran distancia el trote de mi cabalgadura; era un silencio temeroso, que desasosegaba el anhelante pecho; era un silencio, en que parecían cosa arcana i remota el canto de alguna ave-cilla vigilante, el revuelo de los murciélagos i el crugir de una rama, al posarse en ella la agorera lechuza... I era una obscuridad tan absoluta i completa, que hacía el efecto del acabamiento total de todo; parecía insondable i espesa, incommensurable i tangible; infundía pavor i delirio. Yo me la imaginé henchida, de alimañas monstruosas, cuyas pupilas fosforescentes brillaban por instantes, en distintos puntos a la vez, como luciérnagas; poblada de sabandijas disformes i viscosas, que pululaban a mi alrededor i que, de minuto en minuto, me cercaban más i más estrechamente como si quisieran oprimirme, estrujarme, asfixiarme... Me figuré que montaba fabuloso, alado cuadrúpedo que, presa del vértigo i en galope tendido, me llevaba a precipitarme en agrio i tenebroso despeñadero; i hubo un momento en que me creí lanzado a ese abismo, — cuando mi caballo, jadeante, resopló una i otra vez, bajando de improviso la cabeza, a tiempo que tropezó con algún tronco o rama, que hubiérase atravesado en el camino: me sentí sacudido bruscamente, i quedé trémulo i sin aliento... A medida que avanzaba, en la hórrida negrura circundante, antojábaseme que bullía creciente, prodigiosa muchedumbre de seres ultraterrenos, de

espantosos fantasmas noctívagos; que mis asombrados ojos veían pasar i repasar, en sorprendentes e indescriptibles formas, con largas i sombrías vestes, salpicadas de fulgurantes pedrerías...

Iba a llegar el fin del viaje, cuando la lobreguez empezó a aclararse, como si viniera el día, i mi ánimo también a serenarse, a la par. Era la luna amiga, que pretendía hacer su aparición en el cielo i pugnaba por abrirse paso, entre los negruzcos nubarrones, que llenaban el firmamento... I todo cambió: una claridad lechosa i diáfana se esparció por doquiera, i el bosque tomó en el acto una apariencia fantástica, apacible, soñolienta: en tal instante, sí parecía dormir de veras i tranquilamente... Cuando salí a campo abierto i divisé mi modesta residencia, la luna brilló súbito, intensamente; i ante mi vista se destacó un escenario bellissimo; pues el Satélite, derramando su alba luz sobre la casa, el estanque, el jardín, el suelo limpio i blanco i los vecinos alcores, componía un paisaje encantador, como de invierno, en alguna comarca septentrional.

Junio 1911.

EL ENIGMA DE LA FELICIDAD

EL ENIGMA DE LA FELICIDAD

Cuento

Voi a relatar una conseja, fábula o leyenda, que me contó no recuerdo quién, que por ventura diera con ella en alguna de esas estupendas quiméricas narraciones de los primeros historiadores de Indias, cuya lectura maravilla por el presuntuoso imperturbable aplomo i hace sonreír por la transparente gentil candidez.

La historia es ésta. Parece ser que en tiempos mui remotos, tal vez en el reinado del scyri Carán, existía a orillas del hermosísimo lago, que los españoles llamaron de *San Pablo*, en las comarcas de Imbabura, del reino de Quito, un cacique o toparca mui renombrado, más por su sabiduría que por su poderío, aunque señoreaba mui vasto territorio. Era fama que poseía todos los saberes del mundo, es decir, que era un *amauta*, en el lenguaje de origen caribe de los caras; que vaticinaba el porvenir i que leía en el

corazón de los hombres; que era, en resumen, un santo i a la vez un sabio, con sus ribetes de brujo. Había tenido varias esposas i en ellas numerosos hijos, que andaban diseminados por lejanas tierras. La última mujer que compartió su lecho i la más amada de todas, falleció al dar a luz los gemelos Huallpa i Quispíntac, a quienes el padre desde el punto en que vinieron al mundo, miró con entrañable predilección. Hízolos criar bajo su incansable vigilancia, con particular esmero, i educólos luego él mismo, haciéndolos objeto de amplia i diversa enseñanza, en todo género de artes i ciencias. Conforme los bizarros mancebos lozaneaban más i mejor i se hacían hombres, el gran curaca, a ojos vistas, decaía físicamente. Ya ellos contarían unos veinticinco años de edad, cuando él fluctuaba entre los ochenta i los noventa años. Llegó entonces, un día en que antevió el advenimiento preciso de su última hora; i su voz resonó, aun alta i fuerte, en la gran casa señorial, llamando a sus queridos Huallpa i Quispíntac. "Conozco que voi a morir — les dijo —. Llevadme fuera; quiero, por la postrera vez, que mis ojos vean el sol i los campos". Robada la color i atónitos, los jóvenes alzaron en brazos al anciano i lo sacaron de la casa a la pequeña planicie, frontera de aquélla; acomodándolo, a indicación del mismo cacique, en un gran poyo rústico de muelle pajizo asiento, que allí había. Hizo el viejo que se quedaran a su vera; oponiéndose tenazmente a que avisaran a ninguna otra persona; i permaneció un buen rato inmóvil, silencioso.

El sol se acercaba a su ocaso; i, atravesando con sus ofuscantes rayos de oro plateadas nubes, teñidas de añil i de púrpura, embellecía al par la campiña, los lejanos azulencos bosques i selvosos collados con esos como postreros luminosos toques de su divino pincel. Rizaba la verdosa tranquila superficie del lago un céfiro bastante vivo i acariciador, que perfumaba sus alas sonoras en las flores silvestres de sus márgenes. Una vez i otra, rauda pasó, casi a ras del suelo, bullanguera bandada de verdinegras avecillas. A cierta distancia, al pié de empinada colina, columbrábase, envuelto en flavo resplandor solar, un numeroso abigarrado grupo de labradores, que a la sazón daban fin a la cansada faena del día. I se escuchaba la monótona cadencia del brioso remar de una piragua en el lago soñoliento...

El cacique, suspenso, embelesado, parecía no hartarse de mirarlo i remirarlo todo con atención profunda. Suspiró, por fin, hondamente, dolorosamente, i exclamó: "¡Oh qué tristeza dar el último adiós a tanta hermosura". Hizo un ademán, un gesto de displicencia, de conformidad, i pesando sus manos temblorosas en los brazos de sus hijos, que sentados se hallaban a uno i otro lado de él, añadió a sovoz, entornando los ojos i echando hacia atrás la testa, ornada de espesos cabellos blancos: "Mi mayor dicha hubiera sido, al abandonarme la vida, dejaros firmemente asegurados bienestar i ventura; mas, dado no me ha sido; i os desamparo en medio de la inestabilidad de las cosas, del vaivén de la fortuna. El por-

venir se extiende claro i distinto ante la penetrante mirada de mi intelecto; pero los poderes invisibles me vedan comunicaros nada. ¡Ai, de mí, mis hijos! ¡Ai de mí!... Lo único, pues, que me es posible deciros es que no echéis en olvido mis amonestaciones i consejos, mis advertencias i lecciones. Buscad la bienaventuranza por el sendero debido i propio; ella ha de encontrarse aquí en la tierra; i el que sepa buscar, no será defraudado i la hallará de cierto. Quiero que este mi cacicazgo sea de vosotros, exclusivamente; he cuidado de que vuestros hermanos estén bien compensados i por allá se andan olvidados, contentos i satisfechos. Dividid exactamente este gran territorio entre vosotros dos i labrad vuestras porciones, al par que vuestras vidas, como os esté mejor para vuestra felicidad, que es lo que importa. Pero, eso sí, este vetusto caserón dejadlo aparte; no ha de durar ya mucho; dejad que el tiempo lo derribe i lo deshaga; i sírvaos, mientras tanto, para recordarme, para pensar en este viejezuelo que tanto os quiso, viniendo i permaneciendo aquí juntos un día como éste, cada año. I escuchad lo que os advierto: acaso, acaso en este mismo lugar sabréis algún día lo que más os sea de interés: tenedlo presente. ¡I bien! ¡oh, mis hijos! He aquí el gran momento; ya el sueño de los sueños cae blandamente sobre mí i sella mis labios". I, en efecto, el anciano sabidor en ese mismo instante quedó muerto. Los hijos besaron su frente i sus manos, entre grandes alaridos i sollozos; i congregados los deudos i servidores todos de ambos sexos, hicieron extraordinario duelo, como

era de esperarse, dada la profunda cariñosa veneración, con que el curaca se había mirado siempre. Transcurrido el término de costumbre, se le sepultó en el propio sitio en que exhaló el último aliento, reuniendo en torno del cadáver innumerables objetos de más o menos valía i cubriendo, por último, todo con la alzada tola, montículo o túmulo de no escasas proporciones...

Huallpa i Quispíntac cumplieron las finales disposiciones del padre; i cada cual se posesionó de la mitad del dilatado cacicazgo, excepción hecha, por supuesto, de la antigua casa solariega, que a poco quedó deshabitada, sumida en el silencio i la soledad. Ambos se dedicaron a labrar su porvenir, ansiosos de ir al encuentro de la bienhechora felicidad, que les hiciera gozar, vivir la vida, como mejor i más conveniente fuera.

Huallpa, como era de fantasía inquieta i ardorosísima, prestamente se imaginó que lo que cumplía era hacerse los días sabrosos; yendo en pos del placer i del deleite, entre mozas i mozos festivos i alocados, ora en banquetes sin término, ora en libérrimos complicados bailes, ya en bulliciosas jiras bajo sombreros frutales, ya en cacerías emocionantes i peligrosas. Mas, alguna vez desprendiéndose de los brazos de encantadora favorita, alejábase de ella aceleradamente i, moviendo de modo significativo la hermosa cabeza, musitaba: "No, no es esto". I en más de una ocasión, después de lucidísima cacería, acaeció quedarse rezagado, rechazar toda compañía i tornar a casa ya noche cerrada, torvo i áspero. Uno

tras otro, los años corrían i más i más en Huallpa se iban echando de ver i haciéndose sentir la acritud, el hastío, el mal humor; por lo que huíanle ya así las hechiceras amigas, como los risueños amigos; i las músicas i canciones fueron callando en la mansión jubilosa, al igual que, por fin, no se oyeron más ni resonante banquete, ni regocijada danza.

Tras esto, ocurriósele a Huallpa que la dicha perfecta, sin duda, debería consistir en descollar, en sobresalir en el mundo invadiendo ajenas comarcas, guerreando a sangre i fuego, sometiendo belicosas gentes i ensanchando sus propias tierras. I apenas pensado, púsolo por obra: organizó tropas, que si al principio, hubieron de ser poco numerosas, después al paso que las conquistas i las victorias se multiplicaban, vinieron a aumentarse i a formar ejército considerable i aguerrido. Huallpa llegó a ser dueño de extensísimo territorio i su suntuoso palacio murado vió pronto levantarse alrededor gran número de edificios i construcciones, en primer lugar, de sus tenientes, luego de los allegados i amigos de éstos, i por último, de quien quiso venirse a morar en un pueblo que tanta celebridad adquiriría por momentos. Formóse, pues, allí una verdadera ciudad, cuyas dimensiones acrecentábanse de día en día; i Huallpa, señor de todo, saboreó las dulzuras del poder, se adormió con las lisonjas de la adulación i se desvaneció con los vértigos de la soberbia. En medio del fausto aparato i de los placeres seductores, él se dijo: "Ahora sí que

debo ser dichoso". Pero, esta vanidosa afirmación desmintióla en seguida el corazón leal que, al compás de sus latidos, gimió: "No, no, no". Era cierto; en breve, Huallpa tuvo que confesarse que era infeliz, que estaba despechado; que doquier dirigiese la vista o extendiera las manos, no encontraba más que falsía, traición, engaño, abyección; i al sentirse presa de un tedio abrumador, se aborrecía con todos cuantos lo rodeaban i asediaban con halagos i festejos. Deseó, pues, cambiar de rumbo; llamó a su lado a algunas personas que gozaban de nombradía, que pasaban por sabios i con ellas tuvo largas conversaciones. Créese que eran sacerdotes de cierta religión i parece aseguraron a Huallpa que, para ser venturoso, había primero que contar con las divinidades; i el joven caudillo, dócil a sus insinuaciones i enseñanzas, sin pérdida de momento, prodigó sus tesoros, para que se levantaran templos, oratorios i casas de clausura; consagrando él la mayor parte de su tiempo a ostentosas prácticas religiosas, de extraños peregrinos significados; señalándose las teorías deslumbradoras i los grandiosos cuentos sacrificios. Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que Huallpa otra vez se llamara a engaño. El lo veía: en vano impetraba el favor de las deidades; la soñada felicidad no acudía al señuelo de su devoción afanosa, i se sentía miserable i malhadado: los dioses o no existían, ó eran sordos. Su espíritu versátil, aguijado por impacencias i ansiedades, anheló consultar a otros sabios, a otros hombres, en fin, que supieran encaminarlo hacia la dicha

verdadera, que tanto ambicionaba gustar, para su regocijo i descanso. I ahora a únos i tras éstos a ótros, recorrió, de consulta en consulta, sinnúmero de credos religiosos, adoctrinándose en ellos con el más vehemente fervor i la más decidida contracción. Nunca sus ansias se vieron colmadas, ni satisfechas; pero, como había adquirido el convencimiento de que la bienaventuranza no podía ser habida en la tierra; desde el Anahuac hasta el Uruguay hacía, de continuo, venir ministros de las más diversas, raras i supersticiosas religiones. I en la ciudad i sus cercanías era incesante el erigirse templos, altares i conventos de tan diferentes arquitecturas, como diferentes eran los cultos i objetos a que se destinaban, surgiendo ne sucesión interminable i sorprendente. Entretanto, él andaba ya con la paciencia i la ecuanimidad totalmente perdidas, i la vivísima imaginación en tal estado de desorden i exaltación que se diría rayano en la locura.

Ultimamente dió con un individuo extravagante i singular, que bien pronto llegó a tener avasallador ascendiente sobre él, i que, de la noche a la mañana, lo metamorfoseó en otro hombre. Ahora era como un loco complacido de su insania. I por tal lo tuvieron todos cuando, repentinamente; el día menos pensado, convoca a sus servidores i amigos, para ante ellos, con extraño énfasis, declarar que abdica el poder supremo, de que está investido, en su teniente predilecto; pues, él se marcha lejos, a trabajar por la obtención de la real efectiva bienaventuranza, que ya, con certeza, bien sabe que no es de este mundo abo-

minable, al que obligados estamos a detestar, puesto que no es más que un valle de lágrimas i una sentina de vicios i maldades; que, por eso, al cuerpo que procede de la tierra, hai que humillar, i mortificarlo hasta vencerlo, hasta anularlo, hasta hacerlo desaparecer, a fin de que libre i puro quede el espíritu i así logre acogerse al Ser Supremo, en cuya celestial mansión hallará, al cabo, la única felicidad merecedora de este nombre. Dice, i al punto, para significar que se desposee de cuanto tiene, despréndese de las áureas insignias i más arreos distintivos del poder; desoye súplicas i amonestaciones; i cogiendo del brazo al misterioso amigo i maestro, cuyas doctrinas habíanlo sin duda seducido, parte sin detenerse, con rapidez, hacia las afueras i, a campo traviesa, se interna en los distantes inmensos bosques; i, entonces, vióse que el funesto incógnito extranjero era quien guiaba i quien de la mano conducía al infortunado Huallpa...

Mientras tanto, ¿qué era del hermano? ¿Cómo se gobernaba i procedía Quispíntac?— Este era de índole tranquila, de carácter abierto; pero era también tenaz i determinado. Lo mismo que su hermano, quiso, como es justo, ser dichoso; i le pareció racional buscar despacio i concienzudamente la manera de serlo. En el lugar que se le antojó más pintoresco i de más placenteras vistas, construyó una casa más que regular, amplia i con todas las comodidades que se le ocurrieron. En tanto la fabricaba, entró en relaciones con una pacífica tribu, que poblaba una aldehuela no mui

Iejos de sus posesiones, con la intensión de elegir para esposa a alguna de las lozanas garbosas doncellas, que en tal tribu se criaban i lucían como flores. De forma que, concluída la construcción i observados puntualmente los trámites rituales i ceremonias de estilo, llevó a la elegida compañera a estrenar la hermosa flamante vivienda. I, entonces, comenzó Quispíntac realmente su vida. Fuera de las muchas horas que invertía en dirigir las labores campestres, úna que ótra todos los días ocupaba en pensar, en raciocinar, abstraído profundamente, ensimismado hondamente. Hacía memoria de las lecciones de su buen pádre, recordaba su amor, su admiración por la naturaleza, por la vasta tierra toda, i se decía: "La felicidad ha de hallarsé aquí; pero ha de haber que fabricarla". I, haciendo corazón i sereno rostro a los trabajos, empeñadamente labraba, embellecía sus ubérrimos dilatados terrenos; así cultivando plantas útiles i provechosas, como formando jardines caprichosos i multicolores.

En esto, llegó a su noticia que, por los vecinos lugares, habíase visto vagar a cierto forastero, que con seguridad no se sabía quién era ni de dónde procedía, pero que por su seriedad, circunspección i buen talle, creyérasele hombre de superior estofa. Deseó Quispíntac avistarse con él, en su anhelo de aprender, de conocer algo nuevo que eficaz fuera, para el adelanto de sus cosas; i, acto seguido, envió un mensajero, con el encargo de invitarlo a venir. Vino; i puede decirse que, luego al punto, simpatizaron; i que, tras breve estada en casa de Quispíntac, a éste i

al desconocido vióseles agradablemente unidos por estrecho vínculo de amistad. Sin duda, por los consejos i advertencias del extranjero, que hai que presumir hombre era que mucho sabía, al cabo de pocos años, estaba casi totalmente transformado el enorme fundo: los extensísimos sembríos de granos, de raíces, de legumbres; las diversas hermosas arboledas frutecientes; los parques, prados i pensiles todo hallábase maravillosamente cultivado, todo industriosamente cruzado por canales de limpias agua, que fecundaban la tierra i refrescaban el ambiente. Era un asombro cómo habíase también atendido con perseverantes desvelos i fatigas, a desterrar de la región entera las enfermedades de cierta índole por el prolijo saneamiento i con ahuyentar o hacer desaparecer malignas alimañas i ponzoñosos insectos. Al mismo tiempo, en la casa señorial se habían verificado reformas i se habían instalado muebles i enseres, que la tornaban cien veces más elegante i mil veces más comoda, con ingeniosos servicios de agua, conducida por algo así como cañerías de rojizo barro. I por este orden, todo en el gran territorio de Quispintac respiraba inteligencia; i pues se echaba de ver, además, por dondequiera limpieza, abundancia, orden, brillantez, no había quien no se figurara encontrarse allí en el verdadero sin par reino de la dicha.

Por ese entonces, el misterioso forastero desapareció, de manera subitánea; sin que pudiera ser habido, por más diligencias que se pusieron

en práctica; pero, como se recordó que más de una vez había enunciado verse en necesidad ineludible de proseguir su interrumpido viaje hacia mui remotos países, estimóse infructuosa toda ulterior averiguación... Quispíntac continuó la incansable porfía con la naturaleza i con la vida, siempre mejorando, acrecentando, hermosando su porfícuo valiosa posesión; i así llegó a punto en que forzosamente había que considerarlo como hombre en extremo feliz: su esposa había venido a convertirse realmente en inteligente compañera, asociada a todas las labores que él comprendía; sus siete hijos, sanos i fuertes, se confiaban i se educaban mui cuerda i prudentemente; su casa, según se ha ya expresado, encerraba cuantas cosas pueden hacer más plácida, gustosa i fácil la existencia; vivían siempre que les era dable, al aire libre, en contacto con la naturaleza, fortaleciendo sus cuerpos con ejercicios de vario linaje, tanto en la tierra como en el agua, con lo que bien podía decirse que tenían aseguradas la salud i la vida por mui dilatado tiempo; i por último, se veían amados i respetados de los humildes numerosísimos labradores i siervos que empleados tenían en el ingente predio. Agréguese que los placeres de la caza, los del baile, los de la mesa eran también allí estimados i gozados, hasta donde no fueran contra la salud i el buen gusto. Quispíntac indudablemente era mui dichoso: recorría sus exuberantes fértiles tierras, se embebecía ante la multiforme naturaleza, descansaba regaladamente en su hogar, junto a su mujer, i, recordando músicas i poesías, recreábase

jovialmente con sus deudos i vecinos. Era, en fin, bueno, talentoso, rico; i, sin embargo, tenía que confesarse que no se sentía de todo en todo feliz; comprendía que algo faltaba a su bienaventuranza, para ser completa; pero no daba con ello, ni se le alcanzaba qué sería.

El reflexionaba de esta suerte: "El hombre es hijo de la tierra i cumple su destino, viviendo su efímera existencia de forma i manera que mejor guste i pueda, sin perjuicio o daño de sus semejantes; i haciendo uso de su inteligencia, para saber gozar de todo lo bueno i deleitable que el mundo le brinde, en la debida i justa medida, cuidadoso siempre de que no se descarríen, amotinen o estraguen sus pasiones e instintos, cayendo en vicios i en abusos; hasta que lo visite la muerte i él la reciba sereno i resignado, sin meterse a conjeturar si ella es definitivo fin o simple transformación, porque no le es dado descifrar lo indescifrado. Yo pienso que me he comportado tan correctamente como debía i que he cumplido mi destino, acatando los preceptos de la razón i de la conciencia; i puesto que también me he procurado cuanto me imaginé que requería para mi ventura, ¿por qué no me tengo por del todo dichoso? ¿qué es lo que me falta?" I terminaba por melancolizarse, pensativo i silencioso: en ciertos momentos, caía sobre el apacible rostro una mansa taciturnidad; i aun hallándose en medio de juegos i deportes, a las veces apartábase, como atraído por una idea fija enojosa, que lo substrajera al contento i a la expansión.

Por esta época, se avecinaba el día en que estaba obligado a ir a la casi derruida casa paterna, en conformidad con lo que a él i a su hermano habíales pedido el moribundo padre; i era ésta ya la vigésima visita anual que realizaba. En las primeras, nunca dejó de ocurrir el encuentro con Huallpa; i como, por cierto i por verdad, se anaban entrañablemente, complaciáanse mucho de verse i pasar unidos un día; haciendo memoria del venerado inolvidable cacique, contándose sus propias vidas, sus propósitos i aun discutiendo sus pareceres, pues bien se comprende que disientían en todo i por todo; mas, nunca hasta deshermanarse, ni reñir o agriarse los ánimos. Después, aconteció que Huallpa no asistía con regularidad; algunos años iba, otros nó; i por fin, hacía ahora cuatro o cinco que Quispíntac se había sentido mui apenado, por la falta de concurrencia de su hermano. Bastante enterado estaba de la desatentada existencia de éste i compadeciéndolo mui de veras, había tratado con frecuencia de atraerlo a un vivir más conveniente, más sensato, según su manera de pensar; pero el hermano jamás se dió a partido. Así, pues, cuando en esta vigésima visita llegó a la ruinosa casa del viejo cacique i, transcurrida la mitad del día, hubo de perder la esperanza de ver a Huallpa, se contristó sobremanera i se angustió, sospechoso de que algo por ventura mui serio i grave pudiera haberle sucedido, en las remotas inextricables selvas, por donde andaría, engañado, enloquecido, desbaratado i expuesto a ser víctima de insidias i traiciones. I Quispíntac se sintió desalen-

tado, con el corazón oprimido, porque al emprender ese viaje — conocedor de la abdicación i huida de su hermano — dando i cavando en el riguroso caso, vino haciéndose la ilusión de que lo hallaría, quizá despechado i lastimoso, pero acaso arrepentido i con ansias de paz i de olvido.

En esto, la noche extendió su manto, sembrado profusamente de estrellas, por los ámbitos del cielo. No había luna; no había nubes; era una noche tranquila i serena, cuya obscuridad atenúa-ban maravillosamente los clarísimos fulgores de los luceros innumerables. Las auras venían esta vez de los lejanos bosques i soplaban mui suaves, aromatizadas de agrestes húmedos efluvios; i de rato en rato, rompía el silencio, desde los alcores grises, casi negruzcos, el insistente piar de una pareja en vela de amartelados pajarillos... De cierto, la noche bellísima era una de aquellas que, al parecer, difunden un ambiente tan extraño i singular de misterio, que se dijera atraen, auspician la aparición de algo insólito o sobrenatural...

Quispíntac paseó largo espacio delante de la casa, por la corta planicie donde se alzaba el fúnebre túmulo del gran curaca. Sentíase nervioso, imaginativo, desolado: pensaba en Huallpa, recordando lo desdichado que había sido; pensaba en lo enteramente diversas que habían corrido las vidas de ambos; i pensaba en sí mismo i en lo venturoso que era, sin duda alguna; pero, al presentársele esta idea, volvió, lo mismo que otras veces, a experimentar le sensación de algo

así como un vacío dentro el pecho; i en verdad, se acogió profundamente.

Al cabo, resuelto a entregarse al sueño, dirigió sus pasos a la casa; mas, al ir a salvar el umbral de la entrada, la vetusta desvencijada fábrica vino a tierra, con estridente resonante estruendo; que, a no dudarlo, no pudo ya, bajo el peso de los años, sostenerse en pié ni un minuto más, ó acaso porque ya había cumplido la arcaica misión que le encomendara el destino, como a veces se creyera de las cosas inanimadas. El estrépito despertó largos desapacibles ecos en las opacas lejanías; un buho agorero levantó el vuelo subito; graznando; i Quispíntac quedó trémulo i como amedrentado, sin saber qué hacer, ni qué partido tomar. Mas, sin demora, rehízose; determinó cumplir como bueno i pasar allí la noche, que tal vez ya mediaba. Rindióse, pues, por último, al cansancio; i arreglando en la densa copiose hojarasca, algo a modo de rústico lecho, al pié del altozano sepulcral, quedóse mui luego profundamente dormido; i soñó...

Soñó que en la parte más alta, en la cima de la gran tola, veía a su anciano padre, tan a lo vivo, que un punto no dudó ser él mismo; i atónito, asombrado, creyó en seguida oír su voz lenta i cascada, que profería distintamente estas sorprendentes expresiones: "Quispíntac... Quispíntac! eres un buen hijo. Se ha cumplido el tiempo; i ya hoy me es dado hablarte con relativa claridad. Ante todo, lo más urgente: salvar a tu hermano Huallpa: estás obligado a hacerlo, i

no cejes hasta llevarlo a morar contigo, a fin de que despierte del falaz angustioso ensueño que lo tiene opreso, se regenere, i se arrepienta i duela, especialmente de su última inaudita locura: ¡abominar del mundo de que es hijo! ¡Que abomine de ficciones i de idealismos imposibles e inútiles! Por tus labios, la voz de la razón haga de nuevo luz en su entendimiento nebuloso i ofuscado por alucinaciones i espectros, provenientes de mil creencias religiosas. Enséñale en qué consiste la bienaventuranza i guíalo por el sendero recto i único, que tú has sabido recorrer; porque en verdad te digo que te has conducido como debe hacerlo todo aquel que tenga conciencia lúcida de su deber i su destino. Tú vas derechamente hacia la dicha genuína i sola, que consiste en vivir plácida i avisadamente, mejorando i embelleciendo la tierra i mejorándose i embelleciéndose uno mismo. Ya sé, ya sé que, a pesar de todo no te encuentras siempre i completamente satisfecho, que se te antoja que alguna cosa te falta todavía. I es cierto, muy cierto. No sé cómo no has caído en la cuenta de que te es imposible pretender ser dichoso del todo, si en tu corazón no anida, no canta la alegría, la verdadera, la pura, la sana alegría. Eres venturoso sí, pero tu venturanza es egoísta; i no puedes poseerla total i perfecta, mientras ante tus ojos, a la continua, cotidianamente, aparezca el ingrato conmovedor espectáculo del infortunio, de la miseria de tus semejantes, de gran número de seres humanos. Es que no te basta serlo tú; i por eso inexcusable, inevitable es que trabajes, que te esfuerces i

te empeñes por que la especie humana, por entero, adquiera un nivel más o menos igual de bienestar. Cuando esto consigas, verás cómo la alegría ilumina tu rostro i ensancha tu pecho; i es que — entiéndelo bien — la felicidad de uno tan sólo es perfecta i se completa con la felicidad de los demás”.

Quispíntac no oyó más; i la visión o ensueño se deshizo en el viento.

Julio, 1921.

ASTUCIA TRÁGICA

ASTUCIA TRAGICA

Cuento

Mi viejo amigo, el maestro de escuela del pueblecito que sabéis, siempre que me alojaba en su casa, solía entretenerme la velada con la curiosa relación de algún suceso del tiempo viejo... Cierta vez, metidos en sabrosa charla, llegó a decirme:

— Los hacendados de ahora, en este litoral ecuatoriano, no se parecen a los de antaño. ¡Qué hombres aquellos! Abusivos sin duda; pero es que eran como pequeños señores feudales.

I, a propósito de esto, contóme lo que, en forma más o menos literaria, se narra en estas páginas.

D. Pedro Casilari, poseía a orillas de uno de los afluentes del abundoso Guayas algunas magníficas haciendas, en las que, señaladamente, criábase toda suerte de ganado mayor i cultivábase el cacao, sin contar la pasmosa numerosidad de fructíferas arboledas, que aquí i allá ostentaban incesable fecundidad.

Con su bien amada esposa, Doña Ignacia de Azpeitia, residía en la más importante de sus fincas, largas temporadas. I entonces eran las alegres jiras, las pintorescas *jierras*, i los interminables suculentos pipiripaos con los amigotes vecinos, que en unión de sus pomposas señoras, acudían, caballeros en magníficos briosos corceles, ricamente enjaezados.

Pero Doña Ignacia, con no poca frecuencia, veíase en trance de próximo alumbramiento, i obligada estaba a irse a Guayaquil, para ser atendida como cumplía. D. Pedro, entonces, hacía arreglar, alistar la enorme canoa de piezas i designaba para tripularla piloto i remeros mui experimentados i de gran confianza. Hecho lo cual i conducido a bordo el copiosísimo equipaje, embarcábase la dama, con su menuda prole i su nada escasa servidumbre; i la anchurosa canoa partía, hendiendo blandamente las transparentes aguas del hermoso río, impulsada, casi sin esfuerzo, por el acompasado moverse de los pesados remos.

D. Pedro Casilari quedábase solo, cuidado i atendido por una o dos mujeres, ya entradas en años, que se entendían en la cocina i en el arreglo de la casa. Desde que se había casado, mui rara vez bajaba a Guayaquil; se excusaba con no poder, ni un punto, dar de mano a lo mucho que tenía que hacer en sus fundos. La verdad era que cada día se encontraba menos a gusto en la ciudad, con sus etiquetas i exigencias sociles, i que le placía profundamente campar por sus respe-

tos en las haciendas, solo, o, a cencerros tapados, en compañía de unos cuantos amigos i compadres, en diversiones libérrimas, con mozas alegres i bailadoras insignes del *amor-fino*, del *cielo gaucho* i del *alza-que-te-han visto*.

Fama bien ganada tenía el Casilari, de tiempo atrás, de atrevido i afortunado burlador; mas, dijérase que ahora, con su aspecto fuerte i sano i bien llevados los cuarenta i cinco años, la afición aquella habíase recrudecido, inquietándolo de modo alarmante, como sin titubear podían testimoniarlo el pueblo vecino i aun las mezquinas casucas diseminadas en los contornos. Así i todo, era querido i respetado, por punto general, i mui particularmente, de los mayordomos i de las numerosas peonadas que servían sus extensos predios rústicos; porque, al fin i al postre, si de un tanto jaranero podía tachársele, era sobre todo eso bueno i generoso, al par que singularmente duro i recio de puños, gran castigador de insolencias i justiciero a su modo.

Bueno será decir que la hacienda, residencia especial de la familia, llamábase *Santa Ignacia*; i que, lindando con ésta, ora por el río, ora por las llanuras interiores poseía D. Pedro tres grandes fincas más, que se conocían con los nombres de *El Rincón*, *Loma vieja* i *San Pedro*. Como acertadamente se supondrá, *Santa Ignacia* era la más importante, tras ésta acaso la mejor, por más productiva *San Pedro*, la predilecta del patrón, pero, sin duda alguna, *El Rincón*, aun bastante selvosa, como escasamente cultivada todavía, era la más pintoresca.

I sucedió una vez que, recorriendo a caballo *El Rincón*, el señor don Pedro acompañado del mayordomo, se internó por unos parajes agrestes, que acaso nunca antes conociera. Se le había apagado el cigarro, i como, según costumbre, no tuviera consigo con que encenderlo, avanzó hasta una casucha medio desvencijada que no mui lejos columbrábase, en un como repuesto vallecito, a la sombra de copudos árboles, mientras inquiría del viejo mayordomo:

—¿Quién vive aquí?

—Aquí vive la viuda.

—¿Qué viuda?

—La Rosario, la viuda de Alvarao.

—¿De Bartolo Alvarado?

—Sí, patrón.

—¡A ver! ¡Rosario, una candela! ¡Dame una candela!

I así gritando, llegóse D. Pedro, siempre a caballo, hasta la misma primitiva escalerilla de la rústica vivienda.

—Buenos días, señor — se oyó exclamar a la vieja —. Anda, María, baja candela al señor don Pedro.

Al proviso, una chicuela, como de unos doce años, se apresuró a bajar, llevando en la diestra un pedazo de leña casi hecho ascua: no tuvo que descender más de dos travesaños; pues a esa al-

tura, pudo fácilmente arrimarse D. Pedro i dar fuego al cigarro en el crepitante tizón, que la rapaza le presentó, conservándolo siempre en su mano.

—¡Muchas gracias, vieja! — con gran voz dijo D. Pedro, mientras daba unas chupadas al tabaco i fijaba, vivamente sorprendido inquiridora mirada en la muchacha, a quien, luego a la hora, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—María.

—¡Oye, Rosario! ¿Esta muchacha es hija tuya?

—No, señor. ¡Qué ha de ser! Es ñeta. Me la dejó Trinidad, cuando se murió. El señor ya sabe, Trinidad, la que estuvo en Guayaquir, en casa de un míster i trajo esta hija.

—¡Ajá! Bueno; pues, sabes, vieja, que esta chiquilla me ha caído en gracia i creo que merece que no se le deje perder, abandonada, porque tú no puedes cuidarla: estás hecha ya un vejestorio. Es preciso que aprenda a leer, que aprenda la doctrina. Ve: Ignacia está necesitando una muchacha más o menos como ésta; me la vas pues, a dar, para la señora.

—No sé si ella quiera...

—¡Ya lo creo que ha de querer! Nada: mañana mando a éste — por el mayordomo — por la chica, para que la lleve a casa. Allí estará mui

contenta, contentísima, yo sé lo que te digo; i será un gran bien para ella i para tí.

—Sí, señor: si ella quiere...

—Ya lo sabes: no hai más que hablar. Buenos días.

Espoleó al bravo overo, que sudoroso piafaba, i seguido del discreto mayordomo, a buen paso; se alejaron aceleradamente.

Ese mismo día, al finalizar el almuerzo, el gran Casilari decía, mui sencilla i naturalmente, a su mui amada esposa:

—Una infeliz vieja de *El Rincón* se ha empeñado en que te hable i te haga coger, para tu servicio, a una nieta que tiene.

—¡Si yo no necesito!... — arguyó la señora.

—Es una caridad, hija. Mañana te la traerá Pablo Villamar. Son cosas que no se pueden negar. I, en fin, si no sirve, se devuelve.

—¿Es chica?

—Sí: una chiquilla.

Dicho i hecho: al siguiente día, el mentado Pablo Villamar condujo a María a casa de la patrona; logrando, de tal guisa, el buen D. Pedro tener al alcance de su vigilante mirada la garrida rapaza que, al parecer, tanto le había interesado, desde el primer momento; que, acaso, acaso presumió el gallardísimo ejemplar de mujer que sería en

su día i por eso quiso que se guardase i cuidase, contra posibles codicias i tentaciones de... quién sabe quienes.

La chiquilla era en verdad atrayente, graciosa; el rostro bonito, el cuerpecillo gentil: parecía que sangre extranjera hubiese aclarado o disimulado suavemente lo moreno de su raza; i así se echaba de ver en el cutis, tirando a ambarino amarillecer, en el pelo como queriendo dorarse i en los grandes ojos claros, griseos, reluciendo a la sombra de largas pestañas medio rizas. Lo sensible para D. Pedro fué que la muchachuela no se avino a su nueva vida; no fué dable acostumarla, por más que se hizo: no dejó de llorar i gemir ni un momento, i viósele siempre hosca, enfurruñada, rebelde. Esta insólita conducta sacó de quicio a doña Ignacia i la enrabió de forma que, ida del seguro, infligió, zurriago en mano, duro castigo a la obstinada díscola chicuela. Mas, ni por esas: erre que erre, la tal Mariquilla siguió impertérrita en sus trece, sin darse a partido ni por malas o por buenas. Aburrida, fastidiada la buena de doña Ignacia declaró a su marido de modo terminante i perentorio, que en el acto i sin demora había que devolver la estúpida muchacha, que — tras un mes de prueba — podíase asegurar que nunca serviría para maldita la cosa, i que era un engorro atroz, una molestia intolerable. Nada contra esto podía alegar Casilari; i la indomable rapaza fué devuelta a la abuela.

Tres o cuatro años pasaron; i en ellos María, como bien se colegirá, al ir haciéndose más mujer, fué transformándose en una jovenzuela mui

bien parecida i garbosa, con la añadidura de cierta ingénita airosidad, que por ventura, la distinguía con singular encanto, en medio de su pobre desvalida existencia. No es posible dejar de consignar que en aquellos años a que nos referimos, más de dos veces D. Pedro Casilari puso por obra apremiantes asedios de seducción; mas, siempre se vieron frustrados sus intentos, porque — hai que decirlo — la mocita por ninguna vía se ablandó, antes en toda ocasión resistióse, de manera tan rotunda i terca que había que echarse atrás; pues hasta llegó a amenazar al patrón donjuanesco con ir con el cuento donde la señora Ignacia.

En esto, alguien repentinamente acercóse a D. Pedro con el soplo de que a María le había salido un novio, i que este era Daniel Cantos, mozuelo de no mal talle, peón bien reputado de *El Rincón*. Por supuesto, bramó de ira D. Pedro; pero como la señora Ignacia se hallaba en la hacienda, de la que no había tenido necesidad de moverse hacía largo tiempo, hubo de reprimirse, i pensó, a la par, que había que ir cautelosamente i con piés de plomo; aunque mui sobre aviso i ojo avizor. Así decidido, hizo llamar al mayordomo Villamar, que era hombre en quien plenamente confiaba, i le ordenó que, sin pérdida de instante, se avistara con el Cantos i le aconsejara mui claro, de la mejor manera, que, mirando a su interés i sosiego, no siguiera en la pretensión de poner los ojos donde no debía. Que Villamar cumplió en seguida i como pudo su comisión, hai que suponerlo; mas, parece que el muchacho aquel se dió

por sorprendido i porfiadamente afirmó que no había nada, que todo ello era invención, embuste.

I he aquí que, por estos mismos días, el señor don Pedro — que por lo visto, memorioso fué siempre de sus deberes de padre de familia — cayó en la cuenta de que algunos de sus hijos requerían ya educación más amplia, más seria, de la que allí en el campo enseñábase el maestrillo que tenía asalariado; i convenció instantemente a su digna esposa de que, sin más diferirlo, tenía que trasladarse a la ciudad i, según conviniera, poner en los mejores colegios a los vástagos de uno y otro sexo; i, en consecuencia, allá permanecer indefinidamente al cuidado de la prole. El, el esposo i el padre, bien quisiera acompañarlos, tal vez era su deber; pero, cómo dejar las haciendas abandonadas, ahora justamente que había tanto que hacer: imposible... imposible...

Partió, pues, toda la familia i quedó solo Casilari en la inmensa casa, apenas acompañado de una negra vieja que le cosinaba. Era ya tiempo; pues D. Pedro a punto estaba de no poder dominar la impaciencia i la cólera en que ardía, como que el día antes, Villamar le había noticiado que, según se cchaba de ver Daniel i María, en cuanto llegaron a enterarse de que la señora preparaba viaje a Guayaquil, se estaban dando prisa, para que la ausencia de la patrona sobreviniera estando ya casados; i que, fijamente, el matrimonio se realizaría de ahí a dos días, más bien antes que después.

Así, pues, apenas despedida la familia, D. Pe-

dro, por medio de Villamar, impúsose circunstanciadamente del caso; i dando, en el suelo repetidos recios golpes con el pié, exclamó airadísimo:

—¡Pero ese imbécil se figura que se puede burlar de mí? Pablo, nos vamos a divertir! ¿Dices que mañana temprano van al pueblo a cásarse?

—Sí, patrón; me creo que quedarán estar de güerta para almorzar.

—Eso es. Bueno. Tienes, pues, que venirte mañana en cuanto quiera amanecer, i contigo te traes a Tiburcio Quijije, i a Lucas Pillasaguas. Los tres en buenos caballos, con su palo o su bejuco i, por si acaso, su cuchillo también.

—Está mui bien, señor: pierda cuidado.

Según lo dispuesto, antes de que roseara la aurora, apeábanse de sus cabalgaduras, frente a la vetusta casa de Santa Ignacia, Pablo Villamar i sus consabidos acompañantes, cubiertos con sendos ponchos, que no permitían ver los grandes cuchillos que sin duda al cinto llevarían; los piés desnudos calzaban toscas espuelas de cobre i en las diestras empuñaban largos duros palos o bejucos, tan flexibles como irrompibles.

A la sazón, saltaba del lecho el señor don Pedro: abrió puertas i ventanas; e hizo pasar a los tres recién venidos hasta la misma cocina, para que tomaran café con leche, dirigiendo él apresuradamente sus pasos al comedor, a hacer lo propio — envuelto como estaba en su gran poncho de seda, con los piés descalzos i el espeso cabello gris en alborotado desorden. Estaba ceñudo, caviloso i de cuando en cuando mascullaba tre-

mebundos ternos, entre conatos de burlesca risi-lla. I ahora que lo tenemos delante mui justo i de molde será advertir aquí que nuestro hombre sin ser ni con mucho de aventajada estatura, ni ser grueso, aunque regularmente acompañado de carnes, era de aspecto gallardo, arrogante; i que tan briosamente llevaba sus cincuenta navidades, que en su rostro blanco, sanguíneo, quemado por el sol, no aparecía ni la arruga más leve.

A gritos ordenó que le ensillaran su caballo favorito, el fogosísimo overo de largas crines i vertiginoso andar. I mientras se encaminaba a los aposentos interiores, llamó a Villamar, con el que habló — sin dejar de lavotearse, calzarse i vestirse, al mismo tiempo — de cuanto era preciso hacer i de la manera i forma en que habíase de proceder, concluyendo por recomendarle instruyera él, a su vez, a los compañeros.

A poco, los cuatro estuvieron montados i pusiéronse en camino, sin mucha prisa, que enterado estaba Casilari de que los novios, tras de quienes iban, no se encaminarían al pueblo antes de las siete. Siguiéron, pues, así lentamente, hasta llegar a un bosque, que se hallaba al lado de la senda que indefectiblemente tendrían que tomar, i metiéndose entre el espeso arbolado, insidiosos, quedarónse quietos, cautamente al asecho.

Era una apacible, lindísima mañana de Julio, sin sol, de ambiente mui puro, mui fresco, incessablemente acariciada por auras reidoras, por céfiros embalsamados: los alegres trinos de los pájaros se escuchaban límpidos, argentinos, através

de la diaphanidad del aire; i de la soledad circundante se exhalaba suavemente un encanto peculiar, inexplicable...

No habría transcurrido mucho tiempo, cuando, de súbito, el silencio reinante se vió roto por enérgicos rasgueos de vihuela y por tal o cual resonante risotada; i, casi al mismo tiempo, saliendo de un recodo del sendero, apareció — instantáneamente iluminado por repentino resplandor solar i semejando mui al vivo primorosa acuarela — el alborozado pintoresco grupo del esperado cortejo nupcial, que en realidad de verdad resultaba bien poca cosa. Sin contar los novios, no vendrían arriba de diez personas entre mujeres i hombres, todos en traje domingero i todos a pié, excepción hecha de la novia, que venía montada en una jaquilla cebruna de pobrísima estampa. Risueña i contenta, se mostraba María i, ciertamente, mui bonita con su vestidito blanco i sus muchas flores. Como iba rodeada de amigas, llevaba la mísera jaca mui paso a paso, para mejor canturrear i parlotear.

Tan luego como los que en acecho estaban divisaron a los que se aproximaban, se lanzaron rápidamente al camino; i sabiendo a punto fijo i de memoria a lo que iban, espolearon fieramente los caballos que, puestos al galope, bien pronto llegaron i metiéronse en medio del grupo, con atropello inaudito, deshaciéndolo i desparramándolo; mientras a diestro i siniestro daban furibundos varapalos, entre los agudos chillidos de las mujeres i las imprecaciones de los hombres. Aunque brusca violentamente sorprendida, al ins-

tante María dióse cuenta del caso, i su primer movimiento fué para tratar de escapar, arreando, fustigando con frenesí su mustia yegüezuela; pero, por desgracia, todo quedó casi en mero intento; porque D. Pedro atravezóse de presto, paralizándolo en el sitio al animal: con vigoroso hercúleo esfuerzo, cogió por el talle a María, tan aceleradamente que no le dejó espacio para desaturdirse, la asentó en su propia silla i la aseguró con su brazo izquierdo contra su robusto pecho. Picó sin compasión al brioso overo; i a tiempo que a todo andar se alejaba, ordenó a Villamar, voceando roncamente:

—¡A ese insolente me lo traes bien trincado! ¡ya lo sabes!

Llegado a su casa, echó pié a tierra con su gentil presa; i sin preocuparse del caballo, que dejaba suelto, jadeante, cubierto de espuma, subió las escaleras, llevando a la joven medio en vilo por la cintura, hasta las piezas interiores, donde la dejó; mas no sin antes acariciarle la barbilla i decirle, entre meloso i despótico:

—Esto tenía que suceder i no hai remedio; pero yo soi quien soi, i ya verás lo bien que en esta casa vas a estar. De nadie tienes que temer nada.

En seguida, pasó a buscar a la vejancona cocinera i le encargó que atendiera i cuidara a la muchacha — que permanecía de pié, inmóvil, densamente pálida, con el entrecejo fruncido i los ojos bajos.

Tras esto, D. Pedro, impaciente con la tardanza de Villamar i sus compinches, bajó al soportal i comenzaba a pasearse a grandes zancadas, cuan-

do se presentaron los tres jinetes; uno de los cuales traía en su mismo caballo i amarrado de brazos a Daniel — quien, a buen seguro, no se dejaría aprehender fácilmente, porque si bien en él manifiestas estaban las cárdenas señales de unos cuantos terribles bejucazos, el Quijije i el Pilla-saguas ostentaban estampados en los negruzcos rostros mui bravos puñetazos.

— ¡A ver! — exclamó Casilari —. ¡Tráiganme a ese canalla al cepo!

I abrió una gran puerta que en el mismo soportal existía i que daba acceso a una vasta pieza, del piso bajo de la casa, a modo de bodega inmensa i tenebrosa, donde se guardaban diversos enseres agrícolas, en arbitraria unión de muchas cosas inútiles: hacia el fondo de este como antro o cueva, se veía el cepo de gruesas pesadas maderas, con sus agujeros para aprisionar los piés. Allí quedaron sujetos los del mísero Daniel, a quien — mientras esto se llevaba a cabo — el señor don Pedro acriminó de mal arte i mui desabridamente:

— ¡El patrón es el patrón! ¿Entiendes? Has querido hacer una grandísima tontera; i has faltado al respeto que me debes. ¡Tengo pues, que castigarte, estúpido, insolente!...

I transcurrió una semana, en la que Daniel Cantos permaneció en prisión, en el cepo, de donde se le sacaba para que descansara, a la vez que libremente devoraba los alimentos, que con gran puntualidad le llevaban: semana en la que María, haciendo de arisca tórtola amansada por ena-

morado gavilán, lució garridamente en el noble caserón sus penetrantes juveniles encantos. Es lo cierto que la muchacha parecía haberse avenida, gustosamente, a desempeñar su papel de favorita; i a vueltas de esto, creyérasele deseosa de mostrarse al señor, no sólo agradecida i complaciente, sino acariciadora i mimosa. De más estará, sin duda, afirmar que Casilari se sentía dichoso, contento, satisfecho; pero, a continuación, habrá que advertir, que en él estas embriagueces, estos apasionamientos eran de inteluctable efimeridad i de cierto no duraban mucho; pues, prestamente, su robusto fuerte organismo buscaba la libertad, el equilibrio; se llegaba a fastidiar, se sentía incómodo, i... hasta otra.

Fué lo que entonces aconteció. No bien pasó la semana, hallábase el patrón i María en el soportal, cuando, inopinadamente, aquel llamó al peón que estaba de servicio en la casa i, como obedeciendo a improvisa idea, se dirigió a abrir la puerta de la gran bodega, cogiendo a la joven de la mano i exclamando con viveza:

—¡Ven! Vamos a sacar a este pillastre; bastante castigado está ya.

—No; yo no entro — profirió María, que se puso a temblar como azogada.

—¡Bah! No seas boba; ven, no más. Ya verás lo que quiero hacer.

—¡No, por Diosito! — suplicó ella, pugnando por no romper a llorar—. Déjeme; aquí afuera aguardo.

—¡Si quiero que me acompañes! Vamos; no seas cándida. Nada malo va a haber.

Dijo así D. Pedro; i extendió la mano al peón que había llamado antes, agregó:

—Toma la llave i abre el cepo.

Avanzó el peón con brevedad hacia el interior, a ejecutar lo que se le ordenaba, i tras él siguió el patrón, llevando a María poco menos que a la fuerza. Cuando Daniel, libres ya los piés, quiso levantarse, sólo pudo hacerlo sostenido, ayudado por el peón. I quizás, en tal momento, pudiera observarse que las miradas de los que un día fueron novios se cruzaron de soslayo, expresivas, rápidas...

D. Pedro se aproximó entonces i en tono manso, casi paternal, creyó del caso amonestar al infeliz i decirle:

—Bueno, bueno. Ya terminó todo muchacho; i ahora hai que arreglar las cosas. Yo sé que eres bueno i formal. Quiero, por eso, protegerte, hacerte gente: I lo vas a ver, desde ahora mismo. Te nombro mayordomo de San Pedro. ¡De San Pedro! De seguro bien sabes lo que eso vale. Puedes irte ya mismo allá, i ¡oye! llévate también a tu mujer; aquí la tienes, ¡ea! Que todo acabe como debe!

I expresándose de esta suerte, empujó con presteza a María hacia Daniel. Al pronto, la muchacha, sorprendida, quedó desemblantada; mas, en el mismo instante, dijérase que velozmente, las miradas de los jóvenes se habían encontrado otra vez, fúlgidas, inteligentes... I María, con brusquedad, hurtó el cuerpo, apartándose; i llorosa, suplicante, con las manos juntas:

—¡No, patroncito! — prorrumpió, en el mayor desconsuelo—. ¡No me bote, por Dios! Yo quiero quedarme aquí, yo quiero quedarme con usted!

—¡Pero, mujer!... — comenzó a observar D. Pedro. Mas, la pobre María no lo dejó proseguir; pues, tenazmente, sin respirar, pedía i rogaba una i otra vez:

—¡No me bote! ¡Déjeme seguir sirviéndole! ¡Yo quiero estar con usted!

D. Pedro Casilari, en realidad, no alcanzaba a salir del asombro que le producía la actitud de la muchacha; i un punto quedóse perplejo, amostazado, viendo malograrse intempestivamente el remate de la señorada que ejecutando se hallaba. Al cabo, se encogió de hombros, se rascó la cabeza i, como resignándose a su pesar, habló así:

—¡Phiss!... Bueno, pues. Ya ves tú, muchacho, ya ves. Esto no es lo que yo deseaba, pero... ¡qué hacer! Andate, pues, donde te parezca; i, ya sabes, mañana a *San Pedro*, que, como te he dicho, su mayordomo eres. En cuanto a ésta (por María) ten, hombre, un poco de paciencia: mi culpa no es.

—Está mui bien, patrón — fué todo lo que contestó Cantos; que de seguida tomó la puerta con paso vacilante, sin volver el pálido rostro inexpressivo, imperturbable; yéndose, verosímilmente, a casa de algún amigo o pariente, a pasar la noche.

Acto continuo, D. Pedro i la joven subieron a la casa; cruzándose entre ellos, al ascender las escaleras, estas o parecidas palabras:

D. PEDRO:—¡Vaya, vaya! ¿Conque de veras, Mariquita, que te has encariñado conmigo?

ELLA:—Ya lo vé; yo quiero quedarme aquí con usted.

D. PEDRO:—Está bien; está bien. ¡Cómo has cambiado! Ya estás mansita. Vamos: ¿así es que me quieres?

ELLA:—Pues ya lo vé.

¡Rodaron las horas tranquilas, monótonas. La noche, dulcemente fresca i soberbiamente estrellada, se enseñoreó de todo; difundiendo doquier su profundo abrumador silencio, que tan sólo a ratos era interrumpido por algún lebrelo que lejos ladraba o por alguno de los gallos de la casa que echaba al aire sus cantos resonantes. Bastante tiempo hacía que en la vieja mansión todo el mundo, al parecer, se había entregado al sueño, cuando María, abriendo la puerta de la sala, apareció en la meseta de donde partía la escalera i se dirigió al balcón que daba al campo, por detrás de la casa. Debe saberse que estaba sin zapatos — como mui a menudo andaba — i apenas con una falda sobre la camisa. Asomada al balcón aquel, lanzó un silbido, tan engañoso que cualquiera hubiéralo tomado por el tenue gorjeo de un pajarillo en la vecina espesura. Luego al punto, un hombre se hizo visible en el corral que existía anexo a la casa; el cual hombre, trepando con prontitud por uno de los pilares de madera, llamados vulgarmente *estantes*, acercóse a María i pretendió abrazarla; mas ella lo contuvo, diciéndole:

—No, aquí no. Oye, primero.

I en voz sumisa i rápida, temblorosa i anhelante, se expresaron uno i otra en estos términos:

—Yo debía quedarme aquí — susurró la rapaza — porque esto no puede quedar sin castigo. ¡Por Dios i la Virgen, Daniel, hai que matarlo! Yo te acompañaré, yo te ayudaré. Ve: he traído su mismo cuchillo. Cógelo.

—¿Yo? — balbuceó el mozo—. No, yo no hago eso.

—¿Qué dices? ¿Que tú no...?

—¡No! ¡Cristo padre...! ¡Es el patrón!

—Pero te ha robado lo que era tuyo. ¿Entiendes? ¡Lo que era tuyo, Daniel! ¿O es que nunca me has querido?

—Eso es otra cosa — replicó Cantos —. De eso no me hables. Lo mejor es que te vengas conmigo, no más.

—No, no: yo no puedo ser tuya mientras Don Pedro respire. Tenemos que hacer lo que te digo; es preciso; es la justicia. Ven, el tiempo se pasa, hai que apurarse, hai que apurarse. Toma; coge el cuchillo, está bien afilado; yo te ayudo. ¡Por Dios y los santos! Ven, Daniel; después juntos, felices; te juro que voi a quererte más i más cada día.

—Para quien te crea! Ya te tuvo el patrón...

—¡No me mientes eso! — exclamó la moza, casi fuera de sí—. ¡Sí es por eso que quiero que muera! Por la canallada, por la cochinateda, que ha hecho i que ha querido hacer conmigo, contigo. No sé; no seré como tantas otras; pero, esto me quema la sangre, i no lo aguanto, nó. Daniel, vamos.

—Ya te he dicho que yo no lo mato. ¡Por nada! Es el patrón: puede mucho, María.

—¿Que nó? Está bien. No hai más remedio: ¡lo mataré yo! Pero ven conmigo, sígueme; eres un flojonazo, un marica. Ya verás cómo lo hago, ya verás.

I así diciendo, entróse María por la puerta de la sala, seguida de Daniel; caminando cautelosamente, sin que sus pisadas, por la descalcez de entrambos, levantaran el rumor más leve. Penetraron en el dormitorio que, por lo espacioso, a duras penas, lograba malalumbrar un gran velón encendido dentro de una guardabrisa antigua. Anhelosamente, se cercioró la muchacha de que Casilari no se había movido, de que seguía durmiendo. Comprendió que había llegado el momento único, que no admitía espera ni dilación; i, de golpe, se sintió como agarrada toda entera por un solo pensamiento, por una sola idea, poderosísima, avasalladora, que la aislaba por completo de todo, que la sumía en instantáneo absoluto olvido del mundo entero i de sí misma: ¡había que matar! Espantoso zumbido ensordeció sus oídos i sus ojos acaso perdieron la vista, entonces que más escrutadores parecían i más abiertos que nunca. Fué todo rapidísimo. Abrió el anchuroso mosquitero que cubría el lecho; i armada la diestra del cuchillo, arrojóse fieramente sobre D. Pedro... Mas, a causa de la posición en que el dormido se hallaba i del nervioso aturdimiento de la joven, el cuchillo resbaló, llegando a herir sólo un brazo. Súbitamente despertado Ca-

silari, sintióse herido, al par que sujeto por alguien que, jadeante, murmuraba:

—¡No lo hice bien! ¡Daniel, Daniel!

Con la celeridad del pensamiento, D. Pedro percatóse de lo que ocurría, retiró el cuerpo, al mismo tiempo que su férrea mano hacía presa en el cuello de la infeliz María i la dejaba al punto exánime, sin vida. En seguida, sin pérdida de instante, se echó fuera de la cama — no sin antes coger el revólver, que, bajo la almohada siempre al acostarse guardaba — i encarándose con Daniel, que permanecía como alelado, a cierta distancia del trágico lecho i que al ver al patrón, quizás pretendió agazaparse, escurrirse:

—¡Quieto! — gritóle—. ¡Oye tú, canalla, sinvergüenza, no te mato a tí porque has venido a asesinarme!...

—¡Patrón, si antes yo!...

—¡Silencio! Te mato por cobarde. ¿Entiendes? ¡Porque has sido tan cobarde que me has dejado matarla!

El revólver detonó i Daniel Cantos cayó muerto.

Luego D. Pedro Casilari llegóse a la cama, trémulo, besó dos veces el rostro de la mocita i, entre lloroso i colérico, exclamó en voz alta:

—¡Carai! ¡Valías mucho más que yo!

Setiembre 1922.

DEL MODERNISMO LITERARIO

DEL MODERNISMO LITERARIO

A nuestros jóvenes poetas

Nó; nó por vida mía. No es esa poesía morbosa, como de invernadero, la que yo quisiera. Es una poesía verdad, juventud, alegría, fuerza, buen gusto, sentimiento; poesía americana de ahora, en cuyas rimas numerosas i brillantes trasciende, vivificadora, la sana, la animosa, la penetrante filosofía de Rodó.

Lo de imitar a los decadentistas franceses — creéanmelo, señores — es deplorable, clamoroso, abominable. ¿Qué tenemos nosotros que ver con ellos? En su París babilónico — desbordante de singulares encantos i sugestivos embelecocos — los maestros de la lira decadente se rebullen muy a gusto, a maravilla, como que en su centro están. Cantan lo que sus ojos atisban i lo que les agita el ánimo, en el especialísimo medio, en que escriben i trasnochan. Pero, vuestras mercedes?... ¿Qué saben de todo aquello? Es ridículo; es absurdo. I así sale ello.

Pena da veros — satisfechos de vuestro gorjeo

DEL MODERNISMO LITERARIO

A nuestros jóvenes poetas

Nó; nó por vida mía. No es esa poesía morbosa, como de invernadero, la que yo quisiera. Es una poesía verdad, juventud, alegría, fuerza, buen gusto, sentimiento; poesía americana de ahora, en cuyas rimas numerosas i brillantes trasciende, vivificadora, la sana, la animosa, la penetrante filosofía de Rodó.

Lo de imitar a los decadentistas franceses — creéanmelo, señores — es deplorable, clamoroso, abominable. ¿Qué tenemos nosotros que ver con ellos? En su París babilónico — desbordante de singulares encantos i sugestivos embelccos — los maestros de la lira decadente se rebullen muy a gusto, a maravilla, como que en su centro están. Cantan lo que sus ojos atisban i lo que les agita el ánimo, en el especialísimo medio, en que escriben i trasnochan. Pero, vuestras mercedes?... ¿Qué saben de todo aquello? Es ridículo; es absurdo. I así sale ello.

Pena da veros — satisfechos de vuestro gorjeo

i prosodia — con gemebundo, opaco, sumiso acento, recitar enigmáticas estrofas, declamar lacrimosos discursos. Lástima da oíros, obstinados en convencernos de que la vida es puro tedio, pesada aborrecible carga; que sois infortunados incurables i que vuestra infelicidad os es querida, os es gratisima. Luego, hacéis alarde i gala de extravagancias insólitas i detestables... I entonáis canciones al otoño, que nunca por nuestros prados i jardines asomó su amarillenta brumosa faz; i habláis de apasionadas blondas princesas, que jamás existieron en estas calientes democráticas tierras; i celebráis los ponzoñosos deliquios i enajenaciones del opio i del éter, de la morfina i del ajenjo; i preferís el afeite a la lozanía, i el palor de la silenciosa tristeza al rosicler de la parlera alegría...

No os quiero dar en rostro con aspavientos i esguinces; mas, persuádome que la senda que seguís no conduce a la gloria, i que las obras que hoi salen de vuestras noveles plumas no conocerán la inmortalidad... Es particular: antes, hasta no hace muchos años, los poetas de nota se erguían sobre la multitud, i sus personalidades se destacaban igualmente grandes, pero de todo en todo distintas: tales se contemplan floreciendo a la par, a Wordsworth, Keats i Tennyson en la Gran Bretaña, a Lamartine, Hugo i Musset en Francia, a Manzoni, Leopardi i Carudcci en Italia, a Zorrilla, Bécquer i Campoamor en España, i aun en nuestra América a Llona, Matta, Spano, Palma, Gutiérrez González, Acuña, Peza, Zorrilla de San Martín, etc... Pues eso, al presen-

te, en nuestros días, ni remotamente acontece; ya que, por extraño i peregrino que parezca, lo cierto es que los trovadores hogaño, puestos en coitejo, todos se asemejan i casi están a un nivel. No lo aduzco por desopinarlos; mas, demasiadamente sábese cómo unos a otros se copian, imitan i plagian; i cómo cultivan los mismos asuntos, i emplean los mismos calificativos, i hacen uso i abuso de los mismos símiles. I últimamente: idénticos galicismos; idénticos malos gustos, idéntico desprecio de la forma, idéntica ignorancia de los recursos sin número del idioma, idéntica afición a exornar sus composiciones con palabrejas francesas, entremetidas tan desatinada i petulantemente, que se despegan solas.

I en este punto, ocúrreseme haceros una pregunta. ¿Me concederán vuestras mercedes que, en poesía, la mujer es juez de importancia extrema, de competencia incontestable, cuyos pareceres, opiniones i fallos siempre se han solicitado, requerido i tenido mui en cuenta? Seguramente; i es lógico, puesto que si el tema predilecto i principal de trovas i poemas es el amor, ¿cómo no ha de ser la mujer árbitro i juez, en superlativo grado, de trovas i poemas? Pues bien, señores, prométoos que vais a perder acaso vuestras más preciadas ilusiones; porque, si va a decir verdad, debo haceros saber que las mujeres, grandes i chicas, damas i damiselas, confiesan entre desdeñosos melindres que no les agradan vuestros versos, que les causan fastidio, que les tienen horror, que los encuentran abstrusos, insuaves, mezquinos de graciosidad i plenos de vocablos i

aun de frases incomprensibles: no hacen, no, que se dibuje la sonrisa de la complacencia en sus inquietos menudos labios, ni que brille la furtiva lágrima sentimental en sus temibles adorables ojos. ¿Desconsolador? De cierto lo es; i con ello dicho se está que vuestra poesía no podrá ser nunca nacional, no podrá jamás llevarse tras sí el entusiasmo, la admiración i el elogio de las gentes cultas, por la mayor parte. No logrará, pues, salir fuera de vuestros estrechos circulitos, ya que a su favor no tendrá otros votos que los únicos de vuestras mercedes mismas. Pero que con esto contáis i que resabido i sobrentendido lo tenéis, afirmárase viendo que formáis algo así como una suerte de hermandad o francmasonería, dentro de la cual — señeros i olvidados del mundo circundante — os prodigáis a porrillo, mutuales tufaradas de incienso, estupendos ditirambos, estruendosos epítetos, todo por supuesto, según vuestra consagrada forma; de la cual habéis hecho uno como rito convencional: *muy cariñosamente, cordialmente, afectuosamente, fraternalmente*... I el público, en tanto, indiferente, os verá pasar, encogiéndose de hombros. I en verdad pasaréis; pasaréis raudamente, casi inadvertidos, en medio de un humillador glacial desconocimiento. Porque, amigos, por ahí van allá.

I es que — en medio de todo — tenéis la avasalladora obsesión de Rubén Darío; i es que, en pos de quiméricos, ilusivos, relampagueantes ideales, encandilados i ciegos, andáis descaminadamente. Porque bien está que haya habido un gran Rubén Darío, con su preciosismo exquisito, con

su amancramiento peculiar, pero, decidme por mi amor, cómo se podría vivir tranquila i plácidamente, si, por instantes, hubiéramos de tropezarnos con cientos i cientos de frenéticos, contrahechos, abreviados Daríos; de Daríos de pura chafalonía!

Nó, por Dios. De veras os lo digo, dejaos de eso. Tened conciencia de que no sois de una sociedad exhausta, que agoniza; sino de un pueblo vigoroso, en el umbral de la juventud. No os perdáis pues de ánimo i sed de vuestro país i de vuestro tiempo. Girad, con sagaz aviso, la mirada en torno; i escudriñad, i meditad; que con el don poético que arde tras de vuestras frentes, en seguida cantaréis briosamente lo que vuestros ojos descubrieron i lo que luego conmovió vuestro enfevorigado corazón. I como sois jóvenes, en el verdor de la edad, vuestros versos serán fuertes i jubilosos, altivos i francos, llenos de vida i de esperanza; sabrán contar muchas cosas del amor i del dolor, pero con el tono inconfundible de la verdad; i gustarán de la naturaleza i de sus innúmeros sorprendentes secretos, i de la ciencia i de sus atrevidas insaciables curiosidades. I ahí de la frase atildada i elegante, del abundoso i pintoresco léxico castellano, de las imágenes bellas i atractivas, de los pensamientos originales i de acendrado gusto, de los aticismos eternamente nuevos i siempre seductores...

I esto era lo que tenía que deciros. Nó en busca de altercación, no a modo de parénesis, ni si-

quiera como consejo, de que no os creo menesterosos; sino ingenuamente, como amistosa i mera disertación, que os dedica quien bien os ama.

Marzo, 1919.

DEL GENERAL VILLAMIL

DEL GENERAL VILLAMIL

Recuerdos familiares

I

El General Villamil era de ideas avanzadas i, como la mayoría de los jefes de la *Magna Guerra*, era volteriano i discípulo de la Enciclopedia. Era mui instruído para su tiempo i poseía varios idiomas. Ardiente sostenedor de sus opiniones, fué aquí uno de los más tenaces propagandistas de los nuevos ideales filosóficos i políticos.

Cuando vino a Guayaquil, era un apuesto i simpático joven. Casó mui pronto con la bellissima Ana Garaicoa, perteneciente a la distinguida i entonces numerosísima familia de este apellido; contándose entre los hermanos de la citada Ana, al doctor Francisco Javier, obispo que fué de Guayaquil, de donde, en sus últimos años, pasó a regir la Arquidiócesis de Quito.

Es tan cierto lo afecto que era Villamil a hacer propaganda de sus ideas, que cuéntase de una vez que se atrevió nada menos que con su cuñado el

Obispo; pues se hace memoria de un diálogo que tuvieron, a este tenor — mientras se sentaban i arreglaban la consabida mesita, para jugar ajedrez:

—Mi querido Panchito — insinuó Villamil — como sé lo inteligente que es usted, yo quisiera que me permitiese prestarle unos cuantos libros mui buenos, que tengo.

—¿De qué tratan esos libros? — inquirió el prelado.

—De cosas mui importantes, que sin duda le interesarán, pues por su ministerio mismo, yo creo es conveniente que conozca usted lo que opinan grandes pensadores...

—Bien, bien; pero ¿de qué tratan esos libros? — volvió a preguntar el doctor Garaicoa.

—De problemas, de verdades importantes; asuntos de filosofía i religión — contestó el prócer.

—Mi querido Villamil, ¿sabe...? Yo, con verdadera vocación, me hice sacerdote cristiano; ya tengo alguna edad; vivo creyente i tranquilo; déjeme, pues, en paz, i no me traiga sus libros, que, acaso, acaso, de leerlos, lo único que sacaríamos sería agriarnos los ánimos, en discusiones sin término. No, no quiero conocer esas novedades que se escriben. ¿Para qué? Déjeme con mi conciencia en la ignorancia, pero sin inquietudes.

—Pero, mi querido Obispo, bueno es saber...

—No quiero saber más que lo que sé. No hablemos de eso; i sigamos queriéndonos como cariñosos hermanos, pero sin ocuparnos de filosofías.

—Bueno — dijo Villamil, un poco contrariado—. No hai más que decir. I, sin embargo, es lástima que libros tan instructivos no quiera usted...

—Cierto; pero ya basta, ¿no le parece? Vamos ahora a jugar; i sepa usted que lo que es hoi no me vence.

Villamil tuvo que resignarse a no insistir; i no insistió nunca más, pues conocida se tenía la notable firmeza de carácter del buen prelado. Pero, eso sí, la tarde aquella lo derrotó en el juego, contra lo augurado por el Obispo, que parecía un sí es no es preocupado.

II

Era el General Villamil exageradamente puntilloso; i en asuntos de honor i dignidad intransigente como nadie; por lo cual i siendo, como era, mui aficionado a la esgrima i en ella habilísimo, tuvo unos cuantos encuentros de florete en mano.

De estos lances vamos a contar úno mui particular i no menos curioso. Villamil ejercía el comercio; compraba y vendía frutos del país. Habiéndole llegado una balsa con cargamento de tagua, tuvo cierto día que encaminarse a la orilla del río, mui de madrugada. Se proponía vender la balsa; i en los afanes de la busca de compradores, dió con un forastero, viajante español o francés, que en la discusión de precio, llegó a lanzarle en pleno rostro un *¡Ud miente!* que oído por el prócer, correspondiólo con una bofetada de las que dejan memoria. Tras esto, planteóse el lance. Era tan temprano todavía, que juzgóse impracticable dar al asunto las formalidades de estilo; i, además, estaban tan airados i fuera de sí, que no

pensaban sino en matar o morir, pronto i sin dilación. Villamil dijo:

—Tengo en casa un par de espadas de desafío. Venga usted; las examina; i si las encuentra sin tacha, allí mismo podemos batirnos.

El francés o español — cuyo nombre no ha llegado a nosotros — convino en seguida; i allá se fueron.

Ya hemos dicho que era aun mui temprano. La esposa de Villamil se hallaba todavía en el lecho, cuando súbitamente tuvo que saltar de él, despertada por el insólito golpear de los aceros, en el gran salón contiguo. Más que de prisa, se echó encima una bata i abrió la mampara; quedando en el umbral sin aliento, petrificada; siguiendo empavorecida, con ojos espantados, los azares del terrible asalto, i afanosa cuidando de contener grito o sollozo que pudiera turbar la serenidad del marido, en tan crítico instante. Los minutos transcurrían lentamente; i los combatientes reñían con verdadera furia. De pronto, el estoque del forastero rasguñó la frente del luisianés. Doña Ana tuvo que triturar entre los dientes el alarido trágico, que casi llegó a crisar sus labios. Mas, acto seguido, sin saber cómo ni darse cuenta, se halló, convulsa i sollozante, en brazos del esposo. I fué que Villamil, al sentirse tocado, dió urgente violento impulso al brazo i tirándose a fondo briosamente, desarmó al extranjero, cuya tizona cayó con estrépito al suelo i cuya diestra manaba sangre copiosamente.

Como por ensalmo, toda cólera i todo encono

desaparecieron. Prestamente, Villamil hizo venir a su excelente amigo el renombrado médico francés doctor Juan B. Destruge, para que atendiera a los dos heridos; pues no quiso el gran hombre, por nada del mundo, que su contendor se marchase; i como este señor era transeunte i sin familia, se empeñó en darle hospedaje, hasta que la mano enferma estuvo sana i buena, aunque inevitablemente afeada de por vida, con tremenda cicatriz.

III

Villamil conocía mui bien la importancia del *Archipiélago de Galápagos* y estimaba en lo que valía el grandioso obsequio — por así llamarlo — que había hecho a la República del Ecuador, al empeñarse ahincadamente en que se llevara a cabo la toma de posesión. I como siempre hablaba de las excelencias de las Islas, dícese que un día, en que con vivo entusiasmo ponderaba esas excelencias ante varios amigos, uno de ellos se arrojó a hacerle esta observación:

— Lo que de veras admira, General, es que siendo el Archipiélago tan valioso como usted afirma, no se le ocuriera ir a ofrecérselo a su país, a los Estados Unidos; pues de seguro que así, en todo sentido, le hubiera a usted ido mucho mejor.

Villamil le respondió sencillamente con estas palabras:

— Puede ser; pero eso no hubiera estado bien.

Lo que hice, hecho está i no me pesa; porque vea usted: mi *madre* es mui poderosa i no ha menester aumento de riqueza; *mi hija*, en cambio, necesita de todo i yo estoi obligado a darle cuanto pueda i tenga.

I aludía, como bien se comprende, al así expresarse, a la gran República de Wáshington, donde vino él al mundo i a la joven Nación Ecuatoriana, que ayudó a libertar i a constituir.

IV

Don José Villamil al venir al Ecuador, trajo ya una considerable fortuna, que invirtió en negocios agrícolas, industriales i navieros; i es constante también que fué uno de los que más gastó, en la transformación política de 1820; pues no se ha de imaginar que la Independencia nuestra no costó bastante dinero. Pero murió pobre i desengañado. Los Gobiernos se apoderaron de dos o tres goletas que poseía, sin que jamás se le abonara el valor. Había invertido cuanto tenía propio i cuanto administraba de su hija mayor doña Ana, viuda del coronel Alarcón (el íntimo amigo de Sucre) en la famosa empresa de la isla *Floreana*, empresa que, por los cambios de Gobierno i dificultades inherentes a tales transtornos políticos, como por los achaques de la vejez que ya le acometían, hubo de paralizarse i descuidarse, casi del todo, en plena prosperidad. El, pues, que durante muchos años, no quiso recibir del Fisco el sueldo que le correspondía, por no ser ni en eso gravoso a la República, se encontraba, al ter-

minar la carrera de la vida, empobrecido, arruinado. Vivía en casa de su hija Ana, en un cuarto entresuelo — pues, de ningún modo se avino nunca a privar a sus hijas de comodidades en los altos de la casa. Padecía terriblemente de asma i se hallaba postrado, ahogándose. La víspera de su muerte, estando, como hacía muchos días, sus hijas en torno del lecho, llamó a su nieta Anita Luz, entonces de mui pocos años, i a quien idolatraba. Le pasó repetidas veces la mano por la cabecita i exclamó, con amargura i honda tristeza:

—¡La ingratitud de los hombres me ha condenado a morir en este como calabozo...! Toma, querida: este es todo mi caudal.

I puso en manos de la niña... una libra esterlina!

Octubre, 1920.

LA FAMILIA CALDERON

LA FAMILIA CALDERON

Carta a un ilustre historiador

Guayaquil, Agosto 31 de 1921.

Señor doctor don Octavio Cordero Palacios.

Cuenca.

Mui distinguido señor, de toda mi consideración:

Con verdadera complacencia, he leído su bellísimamente escrita *Vida de Abdón Calderón*, dada a la publicidad en la magnífica *Revista del Centro de Estudios Históricos*, de Cuenca.

No tengo el gusto de conocerlo personalmente; pero como tenía vivos deseos de felicitarlo por ese hermoso trabajo histórico, Ud. dispensará que, para hacerlo — como en efecto lo hago — me tome la libertad de escribirle.

Mi esposa — que es una nieta de doña Ana Garaicoa de Villamil — leyó conmigo la bella obra de Ud.; i como recuerda muchas particula-

ridades, en referencia con sus antepasados, me ha contado algunas, como viniendo al caso, que quiero hacer conocer de Ud.; pues, por ventura, las encontrará de relativo interés quien tan grande lo ha mostrado, por todo cuanto al gran Abdón Calderón concierne.

Los abuelos maternos del héroe fueron Don Francisco Garaicoa i Doña Eufemia Llaguno, quienes tuvieron veintiún hijos, todos los cuales, menos dos — diez i seis mujeres i tres varones — llegaron a pasar de la adolescencia; viniendo un día a darse el caso, en tan numerosa familia, de haber—a causa de los matrimonios de las hijas mayores — sobrinos de más edad que algunos de los tíos. De los nombres de los 21 o 19 hijos, sólo se hace memoria de Manuela, Francisca, Ana, Gertrudis, Francisco Javier, Joaquina, Jerónima, Lorenzo, José, Josefa e Inés.

Once de las mujeres se sabe que se casaron; pero sólo se recuerda que una de las mayores (cuyo nombre no puede precisarse) se unió con el español señor Camba, que Doña Manuela lo hizo con Don Francisco García Calderón, así como Doña Francisca con Don Luis Fernando Vivero i Doña Ana con el General Don José Villamil. Entre las que permanecieron célibes, hai que citar a Doña Jerónima — siempre llamada familiarmente *Chombita* — que fué mui celebrada por su belleza i que parece fué protagonista de un suceso dramático, como leyenda medioeval, en el que dió pruebas de singulares dotes de carácter.

Puede usted estar seguro enteramente, de que el héroe vino al mundo el día de San Abdón (30

de Julio de 1804.) Eran costumbre i deseo constantes en el padre, que sus hijos llevaran, precisamente, por nombre el del Santo del día en que nacían. Solo dos veces, en ausencia del marido, la mujer se atrevió a contrariar la voluntad de aquél, con sus hijos Mercedes i Francisco. Los otros tres — pues cinco fueron los Calderón-Garaicoa — llevaron los nombres de sus Santos respectivos: Baltasara, Abdón i la lindísima Carmen, de quien el *Libertador* — como es sabido — fué devoto admirador i que permaneció siempre soltera. Lo curioso es que doña Mercedes había nacido el día de Reyes, lo mismo que, uno o dos años después, Doña Baltasara; peregrina coincidencia que dió lugar, más de una vez, a que, siendo ya ancianas estas señoras, las jovenzuelas de la familia, tomando pié de las ideas de Don Francisco, dijéranle a Doña Baltasara:

—Bueno, Baltita: bien se ve que de los nombres de los Reyes Magos, su papá prefería el de Baltasar, puesto que se lo hizo poner a Ud. Sin duda, pues, *Baltasara*, se llamaría Mamá Mercedes, si él hubiera estado presente cuando se bautizó. Entonces U. ¿qué nombre tendría? ¿Se llamaría Melchorita o Gasparita?

—Como tú quieras, mi vida — respondía indefectiblemente Doña Balta, con la ingénita dulzura que le caracterizaba.

Doña Mercedes celebró nupcias con un señor Ailuardo, de cuyo matrimonio nacieron cuatro hijos, tres varones, i Simona, dama de gran inteligencia i singular intrepidez, a quien García Mo-

reno hizo salir del país, por tenacísima conspiradora.

Los Calderones se criaron i crecieron oyendo narrar, de continuo, las atrocidades cometidas por los españoles con su padre; i se tuvo siempre en su familia como mui verídico que Abdón i Francisco, en cuanto tuvieron uso de razón, se juraron ir contra el enemigo común de entonces. I así, Abdón se fué a unir a las tropas republicanas, al mismo tiempo que Francisco ingresaba en la Marina Libertadora, en la que hizo toda la campaña de aquellos tiempos heróicos; pasados los cuales siguió en el mar, consagrado a la marina mercante.

I he aquí un episodio o anécdota que ocurrió por entonces, i que da idea de los tiempos i de las personas. Los Calderones fueron avisados de que un pariente en Cuba, les había dejado cierta herencia o legado. Don Francisco, que debía ir a recoger esos valores, hízoles a sus hermanas la siguiente reflexión:

—Este dinero es tan poca cosa que, si nos lo repartimos, será una insignificancia lo que corresponderá a cada uno. Les propongo, pues, que dejen en mi poder toda la cantidad, para negociar con ella, mediante mi compromiso de repartir con ustedes cuanto se gane, en los viajes que emprendo, durante dos años.

Sin formalidades de ninguna clase, las tres hermanas aceptaron el trato; i es fama que el hermano tan bien cumplió que, al plazo estipulado, entregó a cada una de ellas mui importante suma de dinero, delatando así el halagador éxito que

habían tenido sus navegaciones comerciales, en el remoto Oriente asiático. Después de no pocos años de esto, casado ya con una dama de origen francés, vino a establecerse en Lima, donde al cabo falleció, dejando una cuantiosa fortuna.

De Abdón Calderón han circulado i se han reproducido retratos que nada tienen de tales; hasta con bonitísimos arriscados bigotillos, lo han litografiado. I la verdad es que auténtico retrato no ha habido más que uno, que poseyó la hermana Doña Mercedes i del que al presente, nada se sabe. (*) Era una pintura al óleo como de media vara de alto, que la familia estimaba como muy parecida al original: fué ejecutada en Quito, después de la grandiosa memorable batalla, por cariñoso acuerdo de la señora en cuya casa expiró el héroe; la cual señora se lo envió a la madre; manifestándole que, en previsión de que no existiera retrato de su glorioso hijo, había querido obtener ése para ella. Debe ser conocido el nombre de la familia en cuyo hogar pasó Calderón sus postreros dolorosos días; pero yo no lo recuerdo, o acaso no lo he sabido nunca.

(*) Como todos los bienes de la Sra. de Ailuardo, por disposición testamentaria, este retrato pasó a poder de la Junta de Beneficencia Municipal i en su salón de sesiones fué presa de las llamas, en el gran incendio de 1896, según se ha llegado a comprobar últimamente.

Esto es todo, i basta i sobrá. Sea Ud. tan bondadoso que mire con indulgencia el fárrago de nimiedades i naderías que me atrevo a hacer llegar a sus manos; i sírvase disculparme, aunque no sea más que por tratarse del inmortal héroe, que usted i yo tanto amamos i admiramos.

Quedo a su mandato, como un obsecuente S. S.

J. I.

OTRAS IDEAS I OTROS IDEALES

OTRAS IDEAS Y OTROS IDEALES

Alocución a los jóvenes

He aquí que los jóvenes hoy andan distraídos, fuera de camino; i sus ambiciones i afanes van, por decirlo así, por senderos vedados, de seguro extravió. Los jóvenes han llegado a olvidar lo que son; no se creen hombres que empiezan a serlo; nó: acaso movidos, ciegos del fervor de la edad, se juzgan ya tan poseedores de toda ciencia i de toda verdad, que yéndose están, encendidos i descubiertamente, contra los hombres pro- vectos, contra los viejos, a echarlos de sus butacas en los gobiernos i en las cátedras, bajo del color de que son ignorantes rutinarios, de que ya no sirven ni para mandar ni para instruir... Como si lo que esos muchachos saben o pretenden saber no lo hubieran aprendido de los labios i en los libros de esos viejos; como si lo que pregonan haber sorprendido o desentrañado, sea lo que fuere la aludida novedad, no se derivara, no se desprendiera de las enseñanzas de profesores i autores, cuya experiencia han venido enri-

queciendo los años, con diarias, difíciles, ásperas lecciones, tal vez dolorosas lecciones, de donde les ha venido la preciosa excelsa virtud de la serenidad; fuente del bien ver, del bien juzgar i del bien obrar. La experiencia... la serenidad... esas que, ciertamente, no son flores que de ordinario broten en la alta temperatura juvenil.

Mas, ¿por qué será que los jóvenes de nuestros días inciden, tenazmente, en esa ojeriza a los ancianos, tan extravagante, tan peregrina, tan enconada? A decir verdad, a mí se me hace extraño i no lo comprendo, quizá porque, personalmente, nada tengo yo que ver con ello; pero es lo cierto que, manifiestamente arrójanse a desconocer las nutridas brillantes hojas de servicio de unos i a desestimar las inmarcesibles inmaculadas aureolas de otros. I así olvidan, que, en todo tiempo, se ha acudido, en reinos i en repúblicas, a los entrados en años, al heberse de ventilar algo de momento, de autoridad, de discurso, de sabiduría.

Yo tengo por nuestros jóvenes mui alta, mui cordial afición, porque son ellos el porvenir de la Patria i, consiguientemente, según ellos sean i se descubran, puédesse prenuñciar del futuro grandioso o misérrimo del amado nativo terruño. Me son queridos los jóvenes, como se ama la esperanza; i por eso les digo, con sincero encarecimiento: no hai nada más hermoso que la juventud; pero, por lo mismo, no hai cosa más desdeñable, más odiosa que la juventud consumiéndose

en prematuros ineficaces esfuerzos, por hombrear-se con la madurez, con la ancianidad.

Sí, a mi juicio, los jóvenes andan hoy, por ahí i por acá, descarriados enteramente. La flor de la edad, la juventud, esa bellísima coloreada mañana de la vida, no la estiman ni avaloran en realidad de verdad, i sus breves horas lucentísimas malgastan, viviéndolas absurdamente. A menudo, véseles ahilados, macilentos, dados a lecturas enervantes de autores depravados o medio locos; i sábese de muchos baldíos, trasnochadores, consumidores de alcaloides, parroquianos de tabernas i mancebías, cuyo mayor anhelo dijérase consiste i estriba en agotar, a toda prisa, aceleradamente, la prometidora copiosa existencia que en ellos apenas ha comenzado a bullir; ingiriendo en su organismo cuantos venenos se exhalan de las vergonzosas corrupciones sociales. De ahí, pues, que se dé el caso, por desgracia con frecuencia ineluctable, de jóvenes talentosos, llegando agostizos hasta el suicidio, sin ocasión ni causa dignas de apreciarse, ni buenas para asidero de justificación.

Necesítase, pues, cambiar i prestamente, sin diferirlo un punto. Menester es contemplar, conocer las cosas tales como exacta i realmente son, aborreciendo el incertísimo quimerizar i fantasear, alucinadamente i a tontas i a locas. Los jóvenes, pues, a serlo digna y entusiastamente, con voluntad dura i firme de arribar a la meta, de llegar a hombres de mérito genuino, inconcuso. Atiendan a ilustrarse, a instruirse; amen las dulzuras de las artes i las crudezas de las ciencias;

preocúpense de vigorizar, robustecer sus cuerpos, i cuiden de ser sobrios i pulcros i sanos: que de cierto, tanto hai que mirar a lo espiritual como a lo corporal; puesto que bien claro está que el hombre debe ser artifice de sí mismo; cincelando, puliendo, hermoseando empeñadamente cuerpo i alma, a la par. Que retoce i rebulla la alegría i la plenitud de vida en sus pechos fuertes i que, al igual, irradien en sus ojos de mirar ingenuo i perspicaz. Desbordante así de salud en ellos la complicada naturaleza humana, concurren asiduos, con premura i alborozo, a las Universidades, a los gimnasios, a los museos, a las bibliotecas, a los conservatorios...

¿Os acordáis de los juegos olímpicos, de esas espléndidas fiestas de la antigua Grecia? Cuarenta mil, cincuenta mil espectadores, llenando el estadio i el hipódromo... En prominente lugar, los *helanódicos* — los jueces — simbólicamente vestidos de escarlata... Los bizarros concursantes, ostentando los juveniles gallardos ungidos cuerpos i lanzándose a los varoniles ejercicios de las carreras i de las luchas varias del pugilato i del pancracio, en hermosísima briosa disputa por los difíciles codiciados premios, que apenas consistían tal vez en una rama de palma, tal otra en una corona de olivo silvestre... I el heraldo gritando los nombres de los vencedores; i a la vez, resonando los himnos, los vitores, la trompetería... Luego, a las últimas lumbres del divo Sol poniente, el numeroso ensordecedor desfile, el pomposo cortejo triunfal, llevando los ja-

deantes trémulos corceles proclamados en el hipódromo, i conduciendo a los arrogantes arriscados *olimpiónicos* noveles, ya deslumbrantemente ataviados, a los altares de los milagrosos dioses, en bulliciosa patética acción de gracias...

¿Recordáis, quizá, los renombrados *juegos florales* de la Provenza de los trovadores, allá por el siglo XIV o XV?... Eran torneos de ingenio, que bien se llamaron *tribunales* o *cortes de amor* i que instituyó i presidió, largos años, la mui noble i celebradísima Clemencia Isaura, cuyo nombre sólo es toda una evocación de días de luces, flores, músicas i poesías... Eran brillantes reuniones, donde los apuestos puntillosos caballeros, las gentiles bellísimas damas, los inspirados amadores poetas pululaban, en medio de las lozanías i floreos de la mocedad, entre gozosas risadas i francos aplausos i galantes discreteos... I el certamen se abría; i úno tras ótro, los bardos declamaban sus prosas i sus serventesios, ya por el tribunal examinados i juzgados con exquisita maestría; i, según su leal saber i entender, en seguida galardonados los victoriosos con mui dignas envidiadas recompensas, que no eran otra cosa que flores; pero en verdad, flores preciosísimas; áurcos amarantos; i violentas, caléndulas i zarzarras argéneas...

Pues bien; mucho por este orden i estilo puede i debe emprender, con brevedad, sin dilación, nuestra noble inteligente juventud. Para la educación, estos grandiosos alardes de júbilo, ingenio, fuerza, destreza i vida tienen enorme trascendencia; porque su amplio i perfecto estableci-

miento ha de requerir, como es preciso para su desarrollo i ensanche, el viajar de los interesados, entre provincias i aun acaso de una nación a otra; i sabido es de sobra que los viajes son el complemento i remate verdadero de la bien entendida educación. I nada digo de los concursos científicos, históricos, artísticos, que convendría fundar, con breves periodicidades; pues actuaciones de este jaez quién no reconoce el importantísimo papel, que desempeñan en los modernos sistemas i métodos de enseñanza.

Se quiere, pues, que los jóvenes se preparen en todo sentido, para después, hombres hechos i derechos, ser útiles a su Patria; para su lustre, para su progreso, para su defensa, para su respetabilidad.

Se tendrá, pues, que inculcarles la idea, simple i precisa, como verdad sin réplica, de que se encuentran, de positivo, en una edad inestable, rápida, indecisa, que tienen el imperioso ineludible deber de consagrar en absoluto a los aprendizajes de todo género — por duros que se experimenten — que habrá de requerir el ser humano para no hallarse desapercibido, al entrar en la verdadera vida, cuando deba despedirse de los vergeles perfumados i laberínticos de la aturdida encantadora Hebe.

¡La verdadera vida!... Eso es; la nueva vida, ancha i fecunda, de los ideales modernos, de las orientaciones novísimas. Ideales, aspiraciones que han brotado, que han madurado en los cerebros de los hombres provecetos, de los viejos. Las ciencias, las exégesis históricas, el refinamiento de las

artes, el subido nivel de la cultura general habían, a no dudarlo, venido despertando en los espíritus lentamente, pero con firmeza i sin desmayo, el acusioso sentido de la crítica i del análisis; después, las temederas explosiones i proyecciones de la truculenta guerra reciente casi llegaron ya a completar la obra; rasgando muchos velos, despejando muchos horizontes i dando consistencia i vida a muchos i diversos anhelos i ambiciones... Sí; hai que reconocerlo: se creyera que, al presente, se ve de modo distinto que hasta hace poco; i es porque, efectivamente, la humanidad lleva ya en su seno esos otros inquietantes anhelos i ambiciones; algunos de los cuales, en realidad, no sabe aun cómo expresar, hasta dónde limitar, i revisten por eso apariencia rebelde, agria, irreductible. Pero, la hora llegará; i se exprimirán, se limitarán...

De forma, que aunque todavía las cosas se echan de ver trastornadas i fuera de quicio, para el atento avisado observador, innegable es que en la Civilización, conmovida, golpeada, sacudida, ha nacido un avasallador deseo inmenso, universal, de reposo, de paz, de paz segura i sin término. I por más que lo contrario parezca, — puesto que de odios i rencores se percibe aun el rugir mortífero — en el linaje humano ha germinado afán mui vivo, impulso incontenible incontrastable de tenderse manos i brazos, en señal de recíproco fraternal amor, de amistosa, de abnegada ayuda... I se ansía la mansa serenidad, la risueña alegría... I como se quiere vivir largo, lo más posible, se mira ahincadamente en tor-

no i surge el propósito vehemente de hacer del globo en que rodamos una tierra sana i bella, exenta de enfermedades, dolores i vicios, que venga a ser digna atractiva afortunada habitación del hombre... I sé ambiciona estudiar, profundizar, adelantar las ciencias, porque por ellas se espera llegar a descifrar algún día los misteriosos secretos del universo; i, mientras tanto, con ellas i con las artes en perseverante progreso, unidamente, procurarse en el mundo el deseable bienestar, modesto, igual, decente... I se aspira a cimentar, a fundar, sólido incommovible, el definitivo perennal reinado de la Justicia, de la Libertad, de la Fraternidad, de la Ciencia, de la Salud; porque se abriga la certidumbre i sábese perfectamente que sólo con el advenimiento de ese reinado, el fatal maridaje del Trabajo i la Necesidad rendirá frutos de bendición i podrá ser posible aquella felicidad razonable i honrada, que afanosa incesablemente se codicia... I, por fin, anhélase que estas ideas se fijen i se graben indelebles en todas las almas; i hagan percibir, comprender, clarísima i distintamente, que el hombre, sin duda alguna, debe ser justo, bueno, sano e ilustrado, si no en consideración i acatamiento de más altos elevados ideales, pues por comodidad, por conveniencia, por buen gusto...

Pero, bien: los hombres de edad, los viejos, que han pensado con desvelo, que han ideado con diligencia i estudio las cosas que se acaban de expresar, saben que, de seguro, *por falta de tiempo*, no lograrán verlas obtenidas i efectuadas... I he ahí por qué vuelven los ojos, ansiadamente, a los

que están en la mañana de la vida, i por qué se desviven por su instrucción i por su educación cuidadosas, correctas, adecuadas, i por qué se duelen de que anden descarriados alucinados, i por qué los quieren i necesitan buenos, fuertes, sanos, disciplinados i ganosos de aprender...

I ahora: ¡Oh, jóvenes! ¡oh, dueños del Porvenir! ¿Se os alcanza la tremenda inexcusable responsabilidad que está pesando sobre vosotros?

Julio, 1919.

REYERTA DE AMOR

REYERTA DE AMOR

Cuento rústico

I

Era Nicolás Plúas peón de la hacienda. Contaría unos treinta años i, desde hacía no muchos, estaba casado con Juana Romero, algo menor que él; tenían dos hijos i hasta entonces su existencia se había deslizado tranquila i aun feliz. De repente i sin motivo que se supiera, comenzó Nicolás a cambiar, a manifestar azpereza, frialdad, desapego, i aun llegó a no parecer por la casa ora un día, ora otro día, después ótro i ótro, hasta que no regresó más por allí. Hai que saber que Nicolás, antes de su matrimonio, fama tuvo bien merecida de revoltoso i bravucón, mujeriego i tornadizo; i he aquí que mui luego llegó a sabiduría de la mujer que el Nicolás de antaño había renacido i que lo que ocurría era que el apuesto garzón, mui campante i con rara frescura, habíase ido a vivir con la Dominga Montoya, una muchachuela que habitaba con su padre en una casucha no muy lejana.

La pobre Juana lloró i rabió muchos días; pen-

só presentarse a la Dominga i castigarla duramente, matarla a golpes; pero se contuvo, la amentaron posibles complicaciones que hicieran más difícil su situación, i, en fin, temió al marido. Hubo, pues, de resignarse a esperar, a ver en qué paraba la cosa. Ocioso es decir que, en completo desabrigo, quedó sola i casi sin recursos; pues era insignificante lo que empezaba a ganar Ruperto, el hijo mayor, de pocos años todavía i lo que a ella le pagaban los patrones por lavado de ropas.

Habrían transcurrido unos cuantos meses, cuando una mañana la pobre mujer fué sorprendida por alguien que daba voces, llamándola. Asomóse a un ventano; i no es posible explicar cómo no estalló de ira i cómo pudo contener los denuestos i maldiciones que se le venían a los labios, al cerciorarse de que quien estaba allí buscándola, al pié de la escalera, era nada menos que Dominga, la propia Dominga.

—Yo soi, señora Juana, yo mesma; no se alimire — profirió la tal, al ver aparecer a la mujer de Nicolás.

—¡No sé cómo te atreves!...

—Cierto, que es atrevimiento; ya lo sé; pero es que...

—Cállate, i anda, vete — la interrumpió Juana—. No tengo nada que hablar contigo—. I se retiró al instante de la ventanita.

—¡Oiga, señora Juana! — volvió a decir Dominga, alzando la voz — yo sólo hei venío por hablarle de Nicolás.

—¡Tú, a hablarme a mí de ese hombre! — pro-

rrumpió atónita Juana, a un tiempo colérica i extrañada, mientras descendía por la escalerilla de la casa i se plantaba enfrente de la otra, en actitud nada tranquilizadora.

—Estése quieta; no hai por qué ponerse brava— advirtió Dominga.

—Es que yo no aguanto que vengas a faltarme a mi casa.

—Vea: lo que venía a contarle le interesa. Oígame i se convencerá.

—Bueno. ¿Qué tienes que decirme? — interrogó Juana, un tanto calmada por la curiosidad.

—¡La cosa es para morir de rabia! — gimió la moza, medio sollozante—. Señora Juana, es que Nicolás es un canalla.

—I qué tienes tú que contarme a mí eso; anda diceselo a él — con avinagrado gesto, repuso Juana.

—Es que hai ésto —. I Dominga dió aquí a su voz un tono manso, confidencial, si bien a veces parecía que gimoteaba, irridadísima.

—¡A ver! — demandó la ótra con viveza i mui impaciente.

—Es que lo mismo que hizo con usté, quiere ahora ese sinvergüenza hacerlo conmigo; i lo que es yo...

—¡Qué estás vos diciendo! — gritó Juana —. ¿Lo mesmo que conmigo? Nada puede haber igual entre tú i yo, que soi su mujer por casamiento; bien lo sabes.

—Bueno, bueno; pero ¿es o nó verdá que Nicolás se juyó de su lao, por venirse a vivi conmigo?

—Vos lo sabrás.

—Pues ese faltamiento de canalla que hizo con usted — continuó vehementemente Dominga — lo quiere el mui bandido repetir conmigo.

—¿I a mí qué me cuentas?

—Es que se ha enamoriscao de la chica de ña Paula Mota; i ya estoi viendo, señora Juana, que el rato menos pensao se me va i no vuelve.

—¿I a mí qué me importa?

—¿Que no le importa? ¿I usted ha querío alguna vez a Nico? — inquirió Dominga con sorna i con gran fiereza a la vez.

—¡Qué sabes tú? Lo quise i lo quiero hasta ahora. Pero, tienes razón de almirarte; pues viendo estás cómo te tengo delante i cómo te aguanto, sin hacerte nada.

—Ya sé que usted es mui buena. Pero vea, señora Juana — agregó la muchacha, aproximándose aun más i cogiendo a la ótra de un brazo — a ese hombre no se puede dejar así burlarse de cuanta mujer cae por su lao; nó, lo que es de mi no se ríe. ¡Yo no podría verlo con otra! Sólo usted me lo puede disputar con justicia; pero otra nó, i nó. ¡Antes que eso!...

—Pero, en fin, ¿qué quieres, a qué has venido? — preguntó la mujer de Nicolás, perdida ya la calma i en plena irritación.

—No sé si se lo diga: es que viendo cómo es usted, me parece que me he equivocado; yo pensé que sería más brava — aventuró la moza, realmente irresuelta.

—¡Hombre! — exclamó Juana, disimulando,

ganosa de saberlo todo — dí no más lo que sea; una es según dispongan las cosas.

Dominga se acercó estrechamente a su interlocutora i, como era de menor talla, obligó a la ótra a que inclinase la cabeza i escuchara lo que le dijo al oído. La enronquecida voz de Dominga susurró, con gran energía, las siguientes palabras:

—¡Lo que hai que hacer es matar a Nicolás!...

En esto, al perro *Sultán*, al zanquilargo guardián de la casa, antojósele ladrar, dando brincos i más brincos en torno de las mujeres, las que, con semejante alboroto, no podían entenderse. Juana, pues, tuvo que gritar:

—¡Ruperto! Ven a agarrá a Sultán; tenlo sujeto.

I luego, ansiosamente, preguntó a Dominga, bajando la voz i casi segura de haber oído mal:

—¿Qué decías vos?

—Decía que lo que hai que hacer es matar a Nicolás.

—¡Pero, mujer, estás loca?

—Al malo hai que castigarlo i ese es bien malo. A usted, señora Juana, la abandonó con los hijos, para que se mueran de hambre. A mí ya me quiere dar er puntapié i, *si te vide, no me acuerdo*, para irse a divertir con la feróstica chicuela de ña Mota; i, mientras tanto, usted i yo botadas, despreciadas. Nó, nó, por la Santa Virgen, esto no ha de ser. Vea, yo por eso hei venío; porque pensé: ella ha de tener tanta rabia como yo, i ella, seguro, segurísimo, ha de ayudarme en esto que, caray, a las dos nos toca.

—¿Que yo he de ayudarte? — saltó Juana, con verdadero espanto — No hables disparates: ¡yo matar!...

—¡Pero no grite!... Bueno. Dice que no quiere... Me voi. Vea: le confesaré que si vine fué porque de veras no me creo con las fuerzas que han de necesitarse; pero yo soi como soi, i le juro que cuando una quiere hacer argo así mesmamente tan grande, ar fin i ar cabo se hace de tripas corazón i... ¡ya veremos!

—Pero, mujer, dime ¿es verdad que vos quieres hacer eso que dices con Nicolás?

—¡Pues ya lo creo! — replicó Dominga con altanería — yo no me deajo, no me deajo despreciá. Le voi a esplicá mi plan. Mañana domingo — como tiene acostumbrao — se va mi taita al pueblo a las peleas de gallos, i quedo yo sola con Nico. Yo tengo guardáas unas botellas de *puro*; i como a él bien que le gusta, no me costará trabajo hacerle trincar de lo lindo, hasta ponerlo chuinao como er solo, mesmamente inutilizao. Entonces, es lo que pensé, viene la señora Juana i entre ella i yo ¡carai! hacemos del diablo ese, sinvergüenza, lo que tiene más que mereció...

I como el perrazo *Sultán* volviera a molestar con ruidosa ladra i continuos saltos, cortó de golpe su confidencia, para decir a la ótra, que la escuchaba estupefacta:

—¡Caramba! Haga amarrar a este mardito animal, que ya no más me muerde—. Así fué hecho.

Bien se comprenderá que las temederas palabras de Dominga tenían demudada, aturdida, ate-

rrada a la mísera esposa de Nicolás; mas, como a la par ardía de indignación, por un momento, se le ocurrió despedir a la moza violentamente, luego de pegarle un par de furiosos sopapos. Dominóse, sin embargo, i se quedó meditando, mientras Dominga pegaba la hebra i proseguía, hablando a media voz:

—¿Ha oído usted en estos días a la *vardivia*? —* (*) preguntó.

—No me hei fijao — respondió Juana, distraídamente.

—Pues yo sí. Ayer, a la oración, cantaba muy triste su *ya acabó*, desde er monte de arriba; i usted sabe que diz que cuando este pájaro canta...

—Sí, ya sé; quiere decir que arguien ha muerto o va a morir.

—Mi taita dice que es la pura verdá. ¡Hum!... Lo que yo veo señora Juana, por mejor decir, ¡hum!... lo que una ha de creer es que va a pasar quién sabe qué; hai muerte i muerte hasta en el aire. ¡Vea! — hizo una breve pansa i con acento apagado i trémulo, añadió—. Mi taita me contaba ayer que había estao en casa del patrón i que allí los peones que trabajan de noche, en er trapiche, le habían asegurado que una de esas últimas noches se había apareció el Generá viejo — el padre del señor, como usted sabe — en su buen

(*) *Valdivia*; ave silvestre, en nuestros campos muy conocida y en cuyo canto créese percibir, con bastante claridad, las palabras que se mencionan.

caballo blanco, con riendas i estribos i espuelas de plata... que, a buen paso, dió una gran vuelta, yéndose der lao der rio, i que antes de desaparecer, el caballo blanco, con las orejas paradas, dió un relincho bien largo, bien triste... (*)

Juana, tan supersticiosa como Dominga, escuchó el relato con gran atención, casi sin respirar, i cuando se terminó:

—¡Caramba! — exclamó suspirando—. Eso sí que da miedo.

—A mí muchísimo. I dice mi taita que cuando se aparece así el difunto Generá, siempre ha sido para avisar que algo malo va a suceder en la hacienda, o que hai que castigar a alguno.

—Yo también hei oído eso.

—Ya ve, pues, señora Juana, que estas cosas quieren decí mucho; i si avisan er castigo i muerte de alguna presona ¿por qué no ha de ser de Nicolás, de ese bandido que más merece, mucho más por sus mardades? Yo me creo que es la voluntad de Dios, i no hai que hablar más... ¿Qué me dice, pues? ¿Me acompañará? Sí o nó.

Mientras había estado charlando Dominga, imposible le fué a Juana darse cuenta del caso; pero, considerando el violento arrebatado modo de ser de la muchacha i el peligro que corría el marido, sin saber todavía bien qué resolvería, cortó célere

(*) La verdad es que las gentes de la hacienda tenían como mui cierta la aparición a que se alude.

por lo sano, con estas palabras pronunciadas con bastante firmeza:

—Claro, que te acompañaré mañana.

—Así me gusta! ¡Déme esa mano! Ya sabe: por la tardecita, temprano.

—Estaré, sin falta.

II

Es de saber que la infeliz mujer de Nicolás Plúas, efectivamente, va a ir a la lúgubre medrosa cita; va a ir, pues, a la casa de Dominga Montoya. ¿A qué? Pues a impedir la comisión de una atrocidad, a desayudar a la mocita, como fuere preciso. Esta desea que vaya, porque no es osada a ejecutar sola la cosa. Sí, sí... pero también — ¡la mui ladina! — acaso para hacerla a ella, a Juana, autora única de... si todo se cumpliera a medida de sus arrojados deseos. ¡Bueno! Sea como fuere, hai que ir, porque la tal Dominga mui capaz es de perpetrar ella sola la barbaridad esa, en cuanto las circunstancias la pusieran en el caso. I hai que evitar, hai que impedir, en defensión del hombre malo, ingrato, pero ¡ai! mui querido todavía.

I fué de suerte que, cuando vino la tarde, a eso de las cuatro, Juana, sin más pensarlo, emprendió la marcha, no sin dejar a los hijos bien amonestados i metidos dentro de la casa. En el rostro, sereno por lo regular, advertíanse ahora

adusto ceño i sería preocupación; era gallarda, de buen ver, trigüeña de cutis bastante claro... Allá va, con su pobre traje plumizo de percal, por el viejo camino lleno de carriles, que solían recorrer las enormes carretas, cargadas de cañas de azúcar i tiradas por tardos pacienzudos bueyes... I si, de cierto, mucho había dudado de ir, si mui indeterminada anduvo al principio — conociendo lo dada a embustear que era Dominga — antojabásele ahora con terror que podría llegar tarde, para precaver, para estorbar quién sabe qué... Iba, pues, con alguna prisa, seguida del fiel *Sultán*, que siempre a todas partes quería acompañarla.

La tarde no se presentaba plácida, serena: pardos cenicientos nubarrones se veían ascendiendo desde los confines del horizonte i enturbiando la claridad del día. De pronto, sintió Juana que suave exquisita frescura la envolvía; era que, dejado el ancho camino, andaba ahora por angosta senda que atravesaba frondosísima arboleda de acopados frutales, a cuyo término se hallaba la casita de Dominga. Presto, pues, encontróse en el abierto espacio, en medio del cual se levantaba la tal casita i desde donde se podía contemplar una extensa vega, sembrada de tabaco, i luego la argéntea cinta del río, en cuya margen opuesta se asentaba el caserío de la aldea. Al punto, sonó la voz de Dominga:

—Aguárdeme, que ya bajo.

En efecto, bajó. Vestía una falda cualquiera, de percal también, con exceso usada, i llevaba el busto cubierto nada más que por la camisa;

pero hai que confesar que su garrideza era nota-aunque su estatura dijérase menos que mediana; la tez era morena de veras; la cara mui graciosa, de finas menudas facciones, con grandes ojos negros, singularmente lumbrosos. Acto seguido, lanzó estas voces:

—Oiga, oiga a la *vardivia*... ¡Ya acabó! ¡ya acabó!

Era que, inopinadamente, el siniestro pájaro dejaba oír en ese instante, en la lejanía, su lamentoso cantar... En seguida, comenzó a contarle a Juana todo lo que había hecho; i, por último, que había logrado hacer beber aguardiente a Nicolás, como nunca; pero que tendrían que esperar, porque aun no se aquietaba, no se dormía, andando de un lado a otro dando tumbos. ¿No oía, Juana?... Era mui cierto: en la casucha, arriba, resonaban, casi sin intermisión, las brutales patadas, los roncros gritos, el necio barbotar del insigne Nicolás, que sin duda bregaba con la aplastante beodez que se le echaba encima. Dominga, pues, hacía presente que mejor era esperar un poco, que, a buen seguro, ya no más lo tendrían tumbado, bien dormido. I cuando así se explicaba, claro se veía que la muchacha habíase visto obligada a echarse al coletto también unos cuantos tragos de aguardiente, en su afán de conseguir su maléfico intento.

—¡Vea, señora Juana! — dijo mirando a lo zaino i, con cierto misterio, mostrando un gran cuchillo que tenía en la mano — Con este en un santiamén...

—Déjalo ver — pidió Juana con naturalidad.

Mas una vez que se vió dueña del arma, con celeridad se plantó al pié de la escalerilla, cubriéndola con su cuerpo. Gozosa de no tener que fingir más, desenmascarándose — pues ya era tiempo — dió rienda suelta a su cólera, a sus rencores, con indescriptible pasmo de Dominga, a quien no permitió réplicar, en tanto se expresó, sañuda, en estos términos:

— ¡Quieta ahí! ¿Conque te creíste que yo había de venir mui mansita, mui obediente a tus deseos, para entre las dos matar a ese desgraciao Nicolás? ¿Para después echarme a mí la culpa de todo? — ¡Silencio! — ¿Cómo pudiste creerlo? ¿Acaso yo soi como tú — ¡Calla, te digo! — Yo he querido venir para no dejarte que cometas ese gran crime; porque por más que ese hombre se ha portao cochinemente conmigo, no olvido que mi marido es i padre de mis hijos i no quiero que tu lo mates. — Oye, oye primero, después hablarás — Ya lo sabes; por eso vine, por eso me ves aquí i, entiéndelo, de aquí no me moveré hasta que tu taita venga i no puedas hacer nada.

Dominga, entretanto, enrabiada, pateaba, se mesaba el cabello; i, en cuanto pudo, gritó destempladamente:

— ¿Conque esas tenemos? Se conoce que no tiene usted palabra. ¡Carai! ¡Con su pan se lo coma! Pero sí le digo que no es usted quien viene a querer mandar en mi casa. ¡Váyase, pues, váyase!

— Ya te hei dicho que no me voi hasta que tu taita venga.

—Pa lo que me importa. ¡A ver, mi cuchillo! I quítese de ahí; déjeme subir.

—Lo que es por aquí no subes — declaró Juana con decisión.

Había comenzado a llover despacio, con bastante fuerza, i el cielo, densamente nuboso, veíase hacia el horizonte, de tiempo en tiempo, como incendiado por efímeros vivísimos relámpagos, oyéndose a la par el distante rimbombo de los truenos. Esto, unido a la furibunda grito de las dos rivales i a los incesantes ladridos de *Sultán*, tal vez fué la causa de que Nicolás se despabilase algo i se lanzara entontecido, desatentado, como un fardo, escalera abajo, por ventura, en casi inconsciente confuso deseo de saber qué pasaba. Mientras sin poder articular palabra, con inmenso trabajo se ponía en pié i, bamboleante, se arriaba a uno de los pilarcillos de la casita, las dos hembras enfurecidas se insultaban con palabrotas, con improprios de ínfimo jaez; se daban de cachetes i de patadas, se mordían i se tiraban del pelo. Como estaban debajo de la casa, la lluvia no las molestaba; i así, lidiaron largo tiempo: estaban jadeantes, sudorosas; alborotadas greñas medio cubrían los rostros encarnadinos i las rotas camisas permitían columbrar los pechos temblantes, estremecerse bruscamente al compás de la encorajada brega, en la que las enardecidas combatientes sin tregua se movían i se estrujaban, fijando con vigor en el térreo piso, a guisa de garras, los desnudos piés. Alguna vez la mocita llamó, increpó a Nicolás; mas éste por toda respuesta no hizo más que soltar sordas ininte-

ligiblez voces, a semejanza de rugidos. De pronto, gritó élla a Juana:

—¡No me mate! ¡Mardita, bote er cuchillo!

—¡Yo no quiero matarte! — aseveró la ótra — Si lo hubiera querido ya serías difunta. Yo no necesito cuchillo para probarte que te pego i te pateo. ¡Toma! ¿Quieres otro? ¡Toma! ¿Ya ves?

Realmente, Juana, al decir i hacer de ese modo, tiró al suelo el cuchillo; lo que advertido por Dominga, la hizo desviarse un poco con celeridad i al punto apoderarse del arma, exclamando con fiereza:

—¡Ahora sí vamos a ver! ¡Yo sí que te mato, vieja sucia! — I soberbiosa i entigrecida, con ímpetu inaudito se lanzó sobre Juana que, cansada como estaba, parecía que ya sólo milagrosamente pudiera frustrar o parar sus mortales atraidoradas acometidas.

Dijérase que Nicolás, de repente, como que sentía impulsos de intervenir en la terrible pendencia, pero no le era posible mover un pié, sin dar en tierra con su corpachón. Dominga a la descubierta, arremetía con ansia loca de matar; la ótra, ya con varias leves heridas, rehuía el cuerpo tanto como le era agible, viendo modo de desarmarla, cuando súbitamente, oyóse la voz áspera, provocante de Dominga:

—¡De esta no te libras, flojonaza! —. I se fué a fondo, deseosa de concluir de una vez, con Juana exánime tirada al suelo; mas ésta pudo aun parar, desviar la cuchillada, recibéndola únicamente en un antebrazo, que al instante cubrió

la rojez de la sangre. Esto airó a Juana hasta lo indecible.

—¡Asesina, bandida! — prifirió a voz en cuello; i como *Sultán* continuaba, incansable, ladrando i brincando en derredor, anhelosa, frenética, lo llamó por su nombre i, sin pensarlo un punto, ciega de odio i de cólera, azuzólo rápida i fiera contra Dominga, que no tuvo tiempo de precaverse o defenderse, pues el robusto can con presteza saltó sobre ella i la derribó, haciendo presa de un muslo... I en este mismo momento, un repentino relámpago deslumbrador abrió de par en par el firmamento i ensordeció el espacio el horrisono retumbar del trueno...

La muchacha echaba verbos i a un tiempo lanzaba alaridos i gritos de dolor; arrastrándose desesperadamente, sin poder levantarse. Juana, entretanto, aproximóse a su marido i, trágica, con llanto en los ojos i entrecortado acento, le habló de esta suerte:

—Nicolás... Nicolás... Vé lo que ha pasao por tu curpa. Oye. ¿Me enticendes?... Esa mujer te quería matar; yo vine a impedirlo, a salvarte. Vé, Nicolás; yo, por los hijos, me olvidaré de todo; perdonaré todo, porque te quiero siempre. Vente conmigo. Vamos—. I así diciendo, cogió al hombre de un brazo, con el propósito de llevarlo donde debía estar, a su casa. Pero, observado esto por Dominga, púsose a dar gritos querellosamente, entre gemido i gemido:

—¡Nicolás!... ¡Nico!... ¡Cuidado conmigo!
¡Ven acá, cholito querido!... Esa mujer casi me
ha matao... ¡No me dejes solita!

Apenas habría dado Juana unos pocos pasos, cuando el hombre, al oír el lastimero llamamiento, libértó con presteza i poco esfuerzo el brazo, i tropicando torpemente volvióse, viniendo a dejarse caer, deshecho, mui cerca de la moza, cuyo nombre mascullaba repetidamente:

—Dominga... Dominga...

La cuitada esposa se inmutó, empalideció intensamente, dirigió a los otros una mirada profunda—que presto se enturbió con las dos lágrimas, que calladamente surcaron sus mejillas — i, desesperanzada ya del todo, precedida por el fiel sabueso, iba a alejarse; mas en seguida paróse, al escuchar a la furente moza vocear, a grito herido:

—¡Oiga, ña Juana! ¡Vea! A mi lao lo tengo: él mesmo se ha venío. ¿Lo mato o no lo mato?— I Juana pudo ver cómo la otra, sin dejar de ayear, procuraba, arrastrándose, aproximarse a Nicolás, i cómo blandía en la diestra el cuchillo temible. ¿Qué pasó después? La pobre mujer no quiso ver más; apartó prontamente la vista i, con el corazón opreso, apresuróse a alejarse, ansiosa de verse ya en el soledoso camino viejo, que a su casucha la conducía...

La lluvia, la tempestad habían desaparecido; i el cielo, derrochando oro i plata, se arrebolaba con primor hacia poniente, en anuncio de la majestuosa despedida del luminar del día. Del lado opuesto empezaba a enseñorearse la penumbra; i de las selvosas colinas que no muy lejos se divisaban, en ese preciso instante, venía el monótono agorero canto del ave fatídica:

—*¡Ya acabó!... ¡Ya acabó!*

Agosto, 1923.

EL DOCTOR CESAR BORJA

EL Dr. CESAR BORJA

Necrología

Hai que compadecer, ciertamente, a esta pobre Patria. Desde hace algunos años, sus mejores hijos — los de más prometedoras esperanzas — han venido rindiéndose, como con prematuro cansancio, al sueño eterno. — ¡Cuando eran, cuando son tan pocos! ¡Cuando eran, cuando son tan necesarios! — I la Patria, esta asendereada Patria, más i más triste i sola, más i más huérfana de prestigios i de valedores dignos... Los ecuatorianos de corazón entero i magnánimo, de cerebro pensador i lleno de luz, se fueron ayer, se van hoi, se irán mañana. I para pasado-mañana ¿qué tenemos?... ¡Pocas cosas tan obscuras como el porvenir de este país, Patria nuestra desventurada!...

Estas dolorosas reflexiones nos han sugerido nuestra pena i nuestro escepticismo, al recibir la noticia de que el Doctor César Borja había expirado. Nada más lógico que esos pensamientos desapacibles acudieran a nuestra mente, en tal mo-

mento: el Doctor Borja pertenecía al corto número de los grandes ecuatorianos.

... La Intrusa logró, al cabo, poner su grave helada diestra invisible sobre ese corazón altivo i apasionado; i ese corazón al punto, como ave que enmudece al caer dormida, cesó de latir...

Al apagarse esa vida, ¿nos damos verdadera cuenta de la magnitud de la pérdida?

El Doctor Borja era todo un carácter, todo una voluntad. Era de poderosa inteligencia, i aprendió cuanto quiso. Sin recursos i en país extraño, se propuso ser médico, i lo fué eminentísimo. Era ambicioso; pero, porque tenía conciencia de su valer. Tuvo el don de alcanzar a comprender los secretos de las almas i de las cosas, i fué poeta; i ha dejado versos de tan rara belleza que, cuando hasta el polvo del excelso vate se haya confundido en el seno de la tierra, las estrofas gallardas, los poemas delicados que salieron de su pluma, harán conmoverse de emoción a los pechos nobles i sensibles.

Mas, esas generaciones futuras no podrán oír su voz; su voz fácil, sonora, bellamente timbrada, de orador elegante i nervioso. Porque era un orador de verdad: daba a los conceptos que emitía el tono propio i el colorido pasional conveniente; i en alguna ocasión llegó a probar, ante amigos i enemigos, que si de cierto su vehemencia característica tocaba, a veces, las lindes del apóstrofe

descomedido i violento, su tribunicia elocuencia, al mismo tiempo, avasallaba e imponía la admiración.

Hé ahí la magnitud de la pérdida. Hé ahí cómo i por qué el Doctor Borja significaba una legítima i grandiosa esperanza de la Patria. Bien hará, pues, ésta en cubrir su trágica macilenta faz con amplio velo negro; i, convulsa de dolor, entre sollozos i alaridos, dejar largamente correr sus lágrimas, a raudales!

Febrero, 1º de 1910.

NICOLÁS AUGUSTO GONZALEZ

NICOLAS A. GONZALEZ

Impromptu

*Al tener noticia de su muerte,
ocurrída en Buenos Aires, el 20
de Enero de 1918.*

Por todos se le reconocían genio, inspiración, fecundidad, saber, elocuencia, buen gusto, popularidad; i, sin embargo... él ya *no podía más* con la vida. Era el *Príncipe* de los poetas ecuatorianos vivientes... pero, al cabo, hubo de rendirse al Destino cruel, al implacable Destino...

El Poeta, doliente, desfallecido, ha dejado caer de sus manos trémulas la lira milagrosa de sus cantos. I, muerto de cansancio, agobiado con la carga enorme de sus glorias i de sus pesares, se ha entregado al sueño de que no se despierta...

¡Descanse el genio, al fin! La tierra es un regazo maternal.

Cuanto a nosotros, cultivemos el recuerdo i la admiración; evocando su sombra amiga, al aspirar el aroma inmortal de sus melodiosas sublimes estrofas, al deslumbrarnos con el centelleo multicolor de sus imágenes, de sus ideas, de sus mil i mil bellísimas creaciones poéticas!...

Febrero, 1918.

MEDARDO ANGEL SILVA

MEDARDO ANGEL SILVA

Esbozo

Era una primorosa avecilla, cuyo cadencioso peregrino gorjear consiguió tener suspensa i arrobada el ánimo del viandante. Era un mancebo extraño de inquietísima imaginación, tan soñador dormido como despierto, que pasó a nuestro lado, entre nosotros, cantando sus ensueños siempre tristes, sus visiones siempre pavorosas; pasó rehu-yendo, desdeñando la realidad clara i serena de la vida i del mundo, porque en ella raudamente se desvanecían los fantasmas i ficciones de su fantasía acalorada, de su mente enardecida. La juventud con sus jubilosas risas, con sus hermosas varoniles ambiciones, nada pudo con él; el mundo con sus estupendos perdurables atractivos, con sus enigmas por descifrar i sus penalidades por vencer, nada pudo con él. Quizás hubiera llegado a ser del número de los pocos genios que, por maravilla, en la tierra han sido; pero no quiso esperar, no quiso ver, no quiso aprender la verdad de las cosas. Soñó i pasó soñando; i can-

tando sus sueños, cierta noche aspiró a no despertar más, sin duda ansioso de un imposible, absoluto, perennal ensueño... I así la pintadaavecilla, de cadencioso i dulcísimo gorjear, fué tocada por el dedo frío inflexible del Destino; i el canto se heló en su medroso sensible corazón... Pero en las ciudades i en los campos quedaron resonando, para siempre, sus melodías poéticas, quejumbrosas...

Junio, 1922

FIN

-INDICE-

	Pág.
El dedo malo o Los rigores de la suerte ...	5
Amor malhechor	71
De las selvas	95
El enigma de la felicidad	109
Astucia trágica	129
Del modernismo literario	153
Del General Villamil	161
La familia Calderón	175
Otras ideas i otros ideales	183
Reyerta de amor	195
El Doctor César Borja	217
Nicolás Augusto González	223
Medardo Angel Silva	227